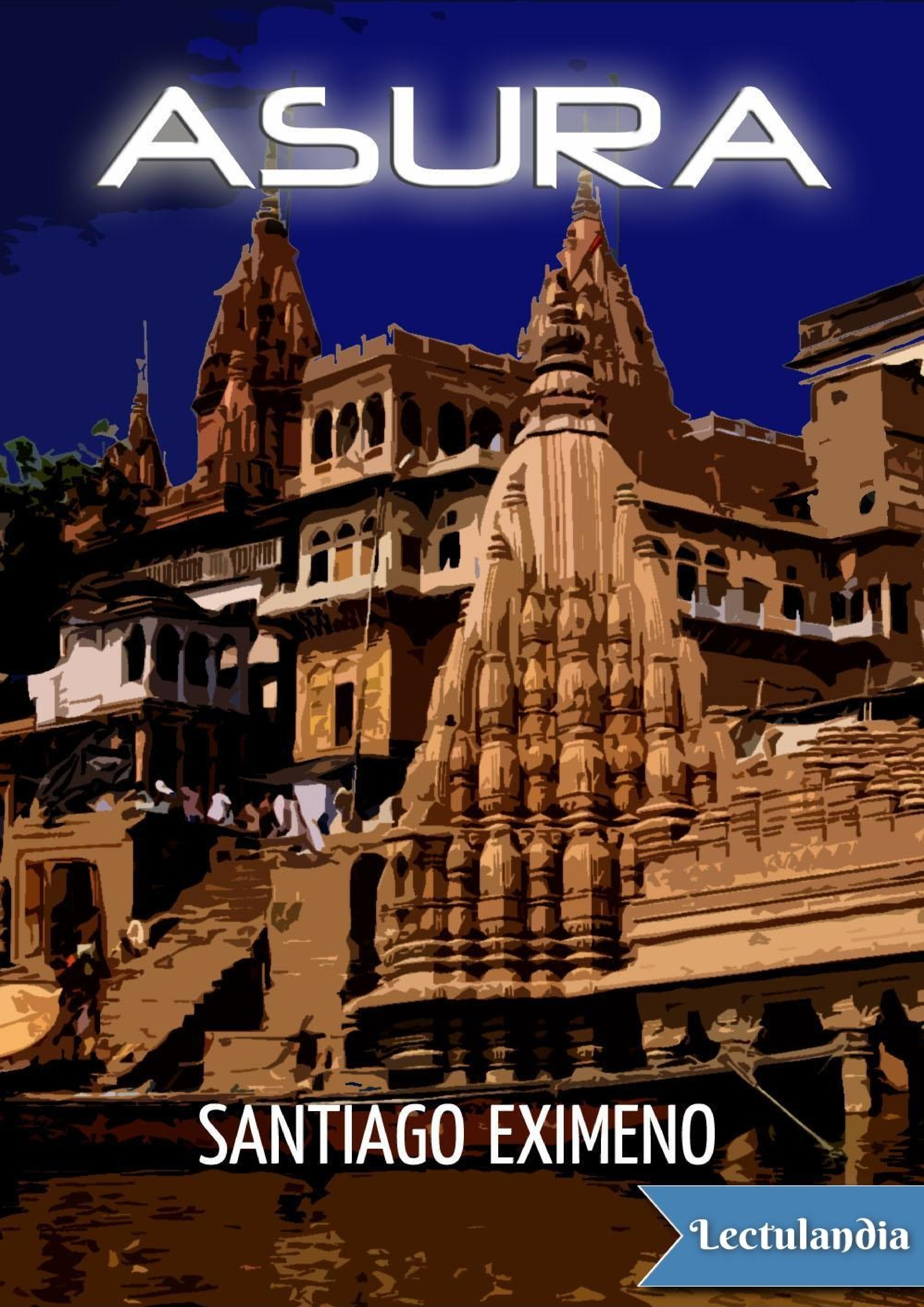

ASURA
SANTIAGO EXIMENO
Lectulandia

Varanasi. Una ciudad dentro de la ciudad. Un submundo inmerso en un Madrid quizá no muy lejano e indefinido: una ciudad contaminada en extremo en la que en torno al antiguo estadio de fútbol se ha erigido una nueva y malsana réplica de Benarés.

En Barcelona, invadiendo la Diagonal y descendiendo por las Ramblas, crece Kurtuba, con sus colosales mezquitas coronadas por minaretes de fibra de vidrio y sus mercadillos árabes inundando las calles de la ciudad.

En Madrid, sobre las ruinas del derruido estadio de fútbol, junto al río Manzanares, nacen los templos a antiguos dioses paganos y las escalinatas que terminan en el río, donde miles de personas acuden a diario a purificarse y realizar sus ofrendas. A esta comunidad sus habitantes la denominan Varanasi.

En la Réplica, como la llaman los que viven en el exterior, se extiende una telaraña de venganza provocada por un asesinato nunca resuelto. Constantino Cabero y Amadeo Romero, dos antiguos agentes de La Compañía que ocultan un oscuro pasado, y Gina, una joven que lucha por su propio futuro, se encuentran atrapados en sus redes.

Y, mientras tanto, oculto en las sombras, Asura espera el momento adecuado para resarcirse de su encierro.

Lectulandia

Santiago Eximeno

Asura

ePUB v1.0

Bercebus 18.09.12

Título original: *Asura*
Santiago Eximeno, 2004.
Diseño/retoque portada: Orkelyon

Editor original: Bercebus (v1.0)
ePub base v2.0

Para los que, en las noches de decadencia,
siempre han caminado a mi lado

En Barcelona, invadiendo la Diagonal y descendiendo por las Ramblas, nació Kurtuba, con sus colosales mezquitas coronadas por minaretes de fibra de vidrio y sus mercadillos árabes inundando las calles de la ciudad. En Madrid, sobre las ruinas del derruido estadio de fútbol, junto al río Manzanares, crecieron los templos a antiguos dioses paganos y las escalinatas que morían en el río, donde miles de personas acudían a diario a purificarse y realizar sus ofrendas.

A aquella comunidad la llamaron Varanasi.

Seis años antes

Tan pronto como la corriente lavó sus cenizas,
sus espíritus obtuvieron la beatitud,
y vestidos con cuerpos celestiales
ascendieron al eterno descanso de los cielos.

Ramayana

Por este camino
ni un solo hombre va;
tarde de otoño.

Bashoo

1

El coche automático, un modelo reciente de línea estilizada y color gris metalizado, se detiene en el camino de tierra y apaga las luces. La portezuela del conductor se abre, deslizándose en el interior del vehículo. Un hombre, enfundado en una capa de agua de brillante color amarillo, corre bajo la lluvia hasta la entrada del enorme edificio gris que se levanta junto al camino. Observa la fachada abrupta, repleta de ventanas celosamente guardadas por rejas de acero. Sus botas se hunden un par de veces en los charcos de barro que se han formado en el camino por la lluvia, obligándole a detenerse. La noche es una mancha oscura en el cielo, envuelta en la sempiterna bruma gris de la Nube.

En las escaleras de piedra que dan acceso al edificio una enfermera joven, el rostro parcialmente oculto bajo un filtro nuevo, le espera mientras toma notas en su pad. El hombre, alto, de complexión musculosa, saluda a la mujer alzando su mano y mostrándole su tarjeta de identificación. Se miran en silencio durante unos segundos y atraviesan juntos las puertas de cristal bajo la atenta vigilancia de dos cámaras de seguridad.

En el interior el ambiente es caluroso, casi sofocante. El hombre se desprende de la capa de agua, revelando bajo ella el uniforme negro de los hombres de la Compañía. La iluminación, delgados tubos de luz dispuestos en paralelo en el techo, crea luminosos destellos sobre el mostrador de metacrilato. Dos hombres que ocultan sus ropas bajo largas batas blancas, inmaculadas, con sus nombres visibles en sendas placas identificativas prendidas en el pecho, discuten acaloradamente junto al mostrador. Frente a ellos, cubriendo su rostro con las manos para ocultar las lágrimas, una mujer espera sentada en un banco de metal. A su lado, gotas de agua que se filtran por una de las numerosas goteras del techo resbalan por la pared y mueren en el suelo de piedra, un anacronismo estético en uno de los edificios más modernos de la Compañía.

—¿Es usted Amadeo Romero? —pregunta la enfermera, bajando su filtro y descubriendo su rostro, que muestra una agradable sonrisa.

—Sí.

—Bien, acompáñeme. El paciente ya sabe que usted viene a verle, pero será en última instancia decisión suya hablar con usted o no. Ha tenido visitas en muchas ocasiones, pero nunca ha hablado con nadie. Aunque eso ya lo sabe...

Amadeo esboza una sonrisa triste, asiente con un movimiento de cabeza y se interna tras la enfermera en un laberinto de pasillos asépticos, de paredes blancas y luces brillantes. Sus pasos reverberan en las paredes y en el techo, amplificados por el absoluto silencio que parece reinar más allá de la recepción. A un lado y a otro ve puertas blancas sin cerradura, aquéllas que sólo pueden abrirse mediante comandos

remotos. En todas han adecuado un pequeño espacio a metro y medio del suelo, que sirve a la vez como ventana y como dispensador de comidas. Los cristales están polarizados, y Amadeo sabe que mientras él puede ver a los ocupantes de las habitaciones, éstos no pueden verle a él. Los imagina junto a las puertas, agazapados, escuchando el sonido de los pasos en completo silencio, temerosos y a la vez esperanzados ante la posibilidad de recibir una visita. Son perturbados, visionarios, inadaptados en una sociedad dominada por las corporaciones que marginan a aquellos que no pueden controlar y los encarcela para no tener que enfrentarse a sus miedos.

Atraviesan una sala de espera, austera y vacía. En uno de los pasillos una joven está tomando un té de hierbas junto a una máquina dispensadora. Al pasar junto a ella, sus miradas se cruzan durante un instante, y Amadeo repara en sus vestiduras de color anaranjado y los trazos horizontales de pintura blanca o quizá ceniza en su frente, la marca inequívoca de una shadu dedicada al dios Siva. La presencia de la mujer en un edificio propiedad de la Compañía, sea éste o no un centro psiquiátrico, le provoca un repentino escalofrío.

—Están por todas partes —murmura para sí mismo, sin advertir que la enfermera ha oído sus palabras y le ha dedicado una mirada de reproche.

Pero Amadeo no la mira, sólo piensa en la shadu. Al principio su presencia se reducía a las márgenes del río, en los asentamientos que habían levantado junto al antiguo estadio de fútbol. Precarias viviendas de metal y barro, chabolas alzadas utilizando como materia prima los basureros y los desguaces, que se amontonaban junto al complejo deportivo, abandonado hacía ya décadas. Invadieron la estructura, creando altas escalinatas que trepaban hasta los anfiteatros, donde edificaban templos consagrados a sus divinidades. Nadie reparó en ellos, nadie hizo nada por expulsarlos cuando empezaron a extenderse por la ciudad, cuando comenzaron a captar adeptos entre los ciudadanos, que abandonaban su vida anterior sin reparos y envolvían sus cuerpos en saris de colores brillantes. Crecieron, construyeron sus propios edificios, obtuvieron poder, formaron una comunidad cerrada. Después llegó la Nube, y ya era demasiado tarde para intentar cambiar el curso de los acontecimientos.

La enfermera toma el camino de la derecha en un cruce y Amadeo continua tras ella, no sin volverse un momento a comprobar que la otra mujer no les ha seguido. Desembocan en un ensanchamiento del pasillo que termina en una puerta enrejada. Al otro lado, un agente alterado se entretiene con una consola de videored, conectada con un largo cable a un implante en su cabeza, justo bajo el lóbulo de su oreja derecha. Tiene los ojos vidriosos, la vista perdida en un mundo virtual privado que los no conectados no pueden compartir.

—¿Agente? —susurra la enfermera, y el alterado tarda varios segundos en enfocar la vista y advertir sus palabras, como si saliera de un sueño profundo—. Mi número de identificación es el H5683YH—BD. Me acompaña Amadeo Romero,

teniente de la división de homicidios de la Compañía, número de identificación T2235YE—BD. Visita al interno 332—F.

El alterado desconecta su consola de videored, parpadea varias veces y, tras teclear un código en su pad, consulta la imagen que ofrece un diminuto terminal incrustado en la pared. Amadeo observa como sus manos tiemblan cuando no está tecleando. Lo más probable es que el temblor sea provocado por algún síndrome de abstinencia. La última droga de diseño, orkus, provoca ese tipo de comportamientos convulsivos cuando se reduce la dosis diaria. Amadeo piensa de nuevo en la shadu, imaginando que su presencia debe ser un bálsamo no sólo para los internos.

—Los códigos son válidos, pueden pasar —les indica el agente mientras extrae una tarjeta de su uniforme y les franquea la entrada tras abrir la puerta enrejada.

Tras cruzar la puerta, se internan por un pasillo y llegan ante otra puerta blanca, similar a todas las que anteriormente han visto. La enfermera teclea un código en su pad, la puerta se abre con un chasquido. La mujer retrocede un paso y, con un gesto de su brazo que abarca la entrada, invita a Amadeo a entrar.

—Le ruego sea breve. Yo permaneceré junto a la puerta, en el pasillo. Llámeme si me necesita.

En el interior del cuarto todo es distinto. Estanterías repletas de libros impresos, antiguas reliquias de otro tiempo cuando no existían los terminales autónomos, cubren las paredes laterales del cuarto casi en su totalidad. Amadeo sabe que la colección debe valer una fortuna, y no comprende cómo permiten que descanse en este cuarto. Junto a una de las estanterías una lámpara halógena fijada en la pared resalta una enorme representación del relieve de Mahabalipuram, lugar mítico en el recorrido de las aguas del Ganges. En el centro del cuarto, sobre una mesa de metacrilato trasparente, alguien ha colocado un terminal de videored y varios folios en blanco. De espaldas a la puerta, sentado en una silla de plástico blanco, un hombre alto y delgado lee, o simula leer, un libro en absoluto silencio. Las gotas de lluvia salpican los cristales de un diminuto ventanuco, demasiado elevado para poder ver el exterior, que se abre en la pared frente a la puerta.

—¿Señor?

El hombre alza la cabeza, pero no la vuelve. Amadeo siente que, a pesar de ello, está prestándole atención. Sus superiores en la Compañía le han comentado que, probablemente, Constantino Cabero no le permitirá ver su rostro. Durante los últimos tres años no ha aceptado ninguna visita. Los psiquiatras que le han tratado hablan de su introversión como una forma de superar su complejo de culpabilidad. Pero también dicen que estas últimas semanas ha estado más comunicativo, como si estuviera esperando algo. Por eso está Amadeo aquí. Sabe que, de alguna forma, Constantino Cabero, antiguo inspector detective de la Compañía, ha oído hablar de este caso. Quizá el comentario descuidado de algún médico, quizá la charla de las

enfermeras. En cualquier caso, su mente ya debe estar trabajando en ello.

—Señor, le he traído unos informes que la Compañía desea que revise —dice Amadeo mientras extrae de su bolsillo una tarjeta de memoria y la deposita sobre la mesa, junto al terminal—. Consideran que el caso podría resultar de su interés. El código de expediente es VAR—22354—HT, y la clave de acceso es su antiguo número de identificación.

El hombre mueve la cabeza, en un gesto que puede interpretarse como una débil señal de asentimiento. Después se levanta, deja el libro sobre la silla y camina hasta la ventana, con las manos a la espalda. Sus ademanes torpes llaman la atención de Amadeo, que siempre ha idealizado su figura. Se encuentra ante el hombre que resolvió el caso de Kumbha Mela, evitando la tragedia que podría haberse desatado en la réplica cuando el hombre comenzó a disparar desde una de las ventanas de su propia casa a los devotos que acudían al río y, después, decidió inmolarse volando media manzana de edificios. Si el detective no lo hubiera detenido, el número de muertos habría alcanzado el centenar. Amadeo le observa en silencio, comprendiendo la tragedia que devora el interior del inspector. Ha revisado su expediente una y mil veces desde que lo expulsaron del cuerpo y lo ingresaron, desde aquel día que lo perdió todo. Convertido en un héroe, degradado y expulsado como un perro.

—Bien, tengo que irme —dice Amadeo al cabo de un minuto —. La Compañía espera su respuesta con urgencia, señor. Se trata de un caso importante, y confían en usted para resolverlo.

Camina hacia la puerta, donde la enfermera le espera con una sonrisa forzada. Antes de salir se vuelve por última vez, y no puede reprimir el impulso de hablar de nuevo.

—Siento lo de su familia, señor.

Sin embargo, Constantino no muestra señales externas de haber escuchado sus últimas palabras. Acompañado por la enfermera, recorre todo el camino hasta la salida sin pronunciar palabra. La sempiterna lluvia no ha remitido ni un ápice. Empapado, con el filtro inservible y una sensación de inutilidad en el cuerpo, Amadeo se hunde en el asiento del conductor. Un instante después el vehículo arranca en dirección al laberinto de cristal y hormigón que forman las calles de la ciudad de Madrid.

Mientras tanto, en la residencia de la Compañía, en un cuarto dominado por estanterías cuyas baldas se comban bajo el peso de multitud de libros antiguos, Constantino sostiene en sus manos la tarjeta de memoria que su visitante ha dejado sobre la mesa. Observa su forma, su contorno, la rugosidad de su tacto entre sus dedos, intentando descifrar su contenido antes de volcarlo al terminal. Durante casi un minuto la sostiene frente a él, girándola entre sus dedos, y en su mente la tarjeta adquiere la forma de una llave, una brillante llave metálica que le abrirá todas las

puertas.

2

—Ghat —dijo la voz.

Shara corrió hacia las escalinatas y descendió los escalones mirando a todos lados con expresión aterrorizada. Altos edificios en ruinas, de ventanas sin cristales y paredes desnudas que mostraban impúdicamente sus entrañas de ladrillo, se arremolinaban a su alrededor, como temibles gigantes de ojos ciegos. Un rumor de voces y campanillas la acompañó durante su alocado descenso hacia las aguas del río. Resbaló varias veces y cayó al suelo, rasgando su sari y cortándose las palmas de las manos contra el suelo de piedra. Tumbada sobre las escaleras, temblando de miedo y frío, miró hacia atrás.

Desde lo alto de las escalinatas, su figura recortada contra la luz brillante de la luna en cuarto creciente, Siva observaba su desesperado intento de huida. Cubierto por una piel de tigre y exhibiendo amenazadoramente un tridente en una de sus cuatro manos, descendió los escalones sin apresurarse en dirección a la mujer.

—Ganga —dijo la voz, y Shara supo que si no se levantaba y corría en dirección al río, moriría.

Mientras descendía y sus pies desnudos sentían el frío de las aguas del Ganges, observó a Siva caminar hacia ella, el rostro impasible, deslizándose sobre los escalones como si fuera bruma. Oyó un silbido, un siseo, y una serpiente surgió de los cabellos del dios y se enroscó en su cuello. Siva avanzó bajo las altas pértigas repartidas por todo el ghat, que se combaban bajo el peso de las ofrendas que contenían los diminutos cestos de paja que las coronaban. Shara tuvo la certeza de que no podría escapar de él, pero su cuerpo se resistió a la idea. A lo lejos vio los restos de una pira funeraria, con los rescoldos del fuego brillando en la noche. Caminó hacia ella, tambaleándose, y se detuvo junto a una de las estatuas de Nandi, el toro divino. Sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, subió a su grupa.

Siva se detuvo a escasos pasos de la estatua. En su rostro Shara pudo ver reflejado el dolor de la inmortalidad, y el sufrimiento de la destrucción. Sintió terror, un terror absoluto e incontrolable.

—Salta —dijo la voz, y Shara saltó.

El agua del río estaba helada, y el frío atravesó su cuerpo como si se tratara de una descarga eléctrica. Sintió como sus músculos se agarrotaban, pero se obligó a nadar hasta la otra orilla, estimulada por la presencia terrible del dios. Apenas unos metros, no debían suponer ningún problema para ella. Braceó como pudo para mantenerse a flote mientras sus piernas clamaban un descanso en la huida mediante los dolores de un calambre.

A su alrededor flotaban desechos de todo tipo, desde cajas de cartón vacías hasta restos de cuerpos humanos, sobre los que varias ratas navegaban como intrépidos

marinos mientras laceraban la balsa con diminutos mordiscos. Junto a ellos derivaban en la corriente ofrendas de hojas con flores y restos de cera en su superficie. Las sombras de la noche se deslizaron por las márgenes del río, observándola en silencio. Shara jadeó y continuó el avance hasta alcanzar la orilla. Llegó extenuada, el cuerpo dolorido y presa de calambres por el esfuerzo realizado Se incorporó. Una suave brisa nocturna acarició sus ropas húmedas, y un olor a podredumbre se elevó desde las aguas contaminadas del río.

—Desnúdate —dijo la voz, pues Siva la había seguido y su presencia corpórea se alzaba frente a ella en todo su esplendor.

Obediente, dejó caer el sari empapado al suelo, mostrando a la oscuridad de la noche un cuerpo delgado y fibroso, blanco como la luna. Una sombra se deslizó hasta ella, danzando alocadamente. Oyó risas mezcladas con alaridos y aullidos de bestias salvajes. Manos fuertes rasgaron su ropa, acariciaron su cuerpo. Sintió algo denso y pegajoso en sus manos, algo inidentificable que la llenó de horror. Quiso gritar, pedir ayuda, pero sintió un dolor repentino en su mandíbula y cayó al suelo. Pensó que la habían golpeado con algo en la cara, y comenzó a lloriquear. El efecto del orkus en su sangre se disipaba, sustituido por la adrenalina. Aquello no era un juego, aquel no era su cliente. Tumbada en el suelo empedrado, bajo las luces estroboscópicas que despedían los carteles—anuncio de la Compañía instalados en la fachada del antiguo estadio, sintió como aquel hombre vertía aquel líquido denso sobre sus piernas y sus manos.

—Dijiste que conocías el futuro, zorra —dijo la voz, y una sensación de dolor invadió a Shara cuando el extraño cruzó sus brazos y sus piernas en una incómoda posición—. Dijiste que podías ver mi futuro en las cartas. Rezo para que no estuvieras mintiendo.

Shara intentó liberarse, pero no pudo. Sus manos se negaban a separarse de sus piernas. De alguna manera, aquel hombre la había inmovilizado. Entonces oyó el chasquido de una navaja al abrirse, y no pudo contener su vejiga. Aquel hombre iba a matarla, a matarla. Siva se acercó hasta ella, pero su rostro no era el de Siva. Sin la droga en su cuerpo, todo volvía a ser dolorosamente real.

—Esto va a dolerte —dijo la voz—. Será rápido.

Una mano de acero rodeó su cuello mientras la otra, que sostenía la hoja brillante de una navaja, se acercaba hacia sus ojos. Shara se debatió, intentó liberar sus manos, gritó. La hoja se hundió en su ojo derecho, y un horrible latigazo de dolor recorrió su cráneo. Después perdió la consciencia.

—...pierta, maldita seas —oyó.

La rodeaba una completa oscuridad. Intentó abrir los ojos, despertarse. No podía. Todo el cuerpo le dolía horriblemente. Sentía calambres en los brazos y en las piernas, que permanecían en una posición incómoda, sin sentido. Intentó

incorporarse, no pudo. No podía despegar la palma de las manos de las piernas. Una fugaz ráfaga de dolor, un látigo de fuego, recorrió su rostro, atravesando sus ojos. Abrió la boca, balbuceó algunas palabras. Sintió otra punzada de dolor en la nuca, como si la hubieran arañado y la herida no se hubiera cerrado.

—Ah, ya estás con nosotros —murmuró alguien junto a su oído—. Excelente. Ahora comprobaremos si decías la verdad. Por mi hijo.

Se sintió levantada en volandas, y luego una caída. El viento acarició su pelo mientras caía. Intentó gritar, pero no tenía fuerzas. Cuando su cuerpo se hundió en el agua, ni siquiera luchó. Abrió la boca, notando como el agua helada del río la invadía. La embargó la necesidad de vomitar mientras descendía más y más, hacia el lecho del río. No lo hizo. Le ardían los pulmones, la garganta. Su cuerpo luchó hasta el final. Resistió varios segundos antes de, dominada por la ansiedad, tratar de respirar bocanadas de aquel agua sucia que la ahogaba.

Su último pensamiento consciente lo dedicó a su hijo.

3

Sombríos nubarrones, enormes bolas de algodón gris, inundan el cielo. La lluvia, al caer sobre las calles, forma oscuros charcos de suciedad en grietas y alcantarillas. Los coches aparcados en el arcén, muchos de ellos cubiertos por una capa gris de plástico aislante, se asemejan a gárgolas, amorfas bestias inmóviles en la oscuridad. Las farolas proporcionan una débil iluminación, pequeños reductos de visibilidad a merced de la noche cerrada, sin estrellas ni luna. Los edificios, bloques de cemento y cristal apiñados unos contra otros, observan en silencio el curso del río.

Constantino Cabero cierra la portezuela del coche que la Compañía le ha proporcionado el mismo instante en el que aceptó el caso. Junto al coche le espera el teniente Romero. La lluvia constante les obliga a subir la cremallera de su gabardina hasta ocultar el rostro casi por completo. Respiran el aire impuro a través de un filtro común, barato y no homologado. La Compañía no les proporcionará otros, y los precios prohibitivos no les permiten adquirir respiradores. Constantino es un hombre alto, extremadamente alto. Sus más de dos metros de altura y sus movimientos torpes e indecisos provocan en los demás sonrisas de condescendencia que no puede soportar. Pero las soporta. Y lo seguirá haciendo mientras quiera conservar su trabajo. No estropeará de ninguna manera esta segunda oportunidad. Avanza despacio hasta el cordón policial, una cinta holográfica que intercala avisos del tipo <<¡DETÉNGASE!, ¡NO DE UN PASO MÁS!>>, con diversos anuncios de cerveza y otras bebidas alcohólicas. La cinta, de más de diez metros de longitud, se extiende a lo largo de la orilla del río, desde uno de los puentes de piedra de los templos menores hasta los primeros escalones del ghat.

Hay mucha gente agolpada junto al cordón policial, en su mayoría curiosos que se han acercado hasta allí para expresar quejas acerca de su situación personal. Constantino los observa, y descubre entre los hombres y mujeres, la mayoría de ellas envueltas en saris de diversos colores, que uno de ellos lleva un respirador, algo inusual en este lugar. El resto se defiende con filtros diarios de usar y tirar, tan negros por el uso continuado que casi con absoluta seguridad deben resultar tan inútiles como el suyo propio. Sus ropas están sucias, cubiertas de una densa capa de suciedad que desciende del cielo con la lluvia. Parecen no darse cuenta de ello, y si lo notan no parece importarles. A Constantino tampoco le importa; hace tiempo que dejó de preocuparse por muchas cosas.

—Apártense, apártense —grita un agente a la multitud, empujándolos hacia atrás con violencia, mientras un anuncio de vodka brilla unos instantes en sus lentes especulares implantadas quirúrgicamente.

Constantino y Amadeo caminan hacia el agente, que les hace señas con la mano. Es un alterado, uno de aquéllos que decidieron someterse a todo tipo de implantes

para poder entrar en el cuerpo. Cuando las opciones de encontrar trabajo se reducen a cero, hacer de conejillo de indias para la Compañía se convierte en la única solución posible si uno no quiere morir de hambre. Con ayuda de una linterna el agente ilumina el camino, abriendo una brecha entre el gentío. A pocos metros un grupo de fieles se apiñan alrededor de un brahmán que recita con pasión los libros sagrados. Constantino observa al brahmán con atención, preguntándose cuáles serán las verdaderas creencias de aquel hombre, cuáles serán sus motivaciones. Nunca llegará a comprender qué lleva a un hombre a refugiarse en la religión para eludir sus responsabilidades. Un helicóptero sobrevuela sus cabezas con un rugido infernal, muy por encima del límite de decibelios permitido. Pero, ¿a quién le importa? ¿Quién ha dejado de desplazarse por la ciudad en su propio coche? ¿Quién, a pesar de las leyes promulgadas por la Compañía, dejó de fumar cuando La Nube ocultó el cielo?

—Por aquí, señor —le indica el alterado.

El agente muestra señales de nerviosismo, quizá sea demasiado joven para este trabajo. La lluvia cae sobre su rostro como una ducha y crea surcos oscuros en sus mejillas, empapando el filtro. No tardará en comenzar a toser. El joven agente desconecta una sección de la holocinta y ambos se internan en la orilla del río mientras Amadeo permanece aparte, tomando notas en su pad. El suelo, una mezcla de desperdicios acumulados durante años, lodo negro y las eternas escalinatas que amenazan con invadir la ciudad, está demasiado resbaladizo. Constantino cae al suelo dos veces y sonríe bajo su filtro, inconsciente de la inutilidad de su gesto, a modo de disculpa por su torpeza. El alterado se detiene en ambas ocasiones, pero no le tiende la mano.

Cuando llegan junto al cuerpo, Constantino se detiene a unos metros y observa, como siempre hacía cuando se enfrentaba a un nuevo caso. Dos hombres enfundados en monos blancos y portando sendos respiradores toman fotos de la escena desde diferentes ángulos. Un tercero sostiene una pantalla de metal para proteger los equipos electrónicos de la lluvia, una lluvia que se desliza por las escalinatas y muere en la orilla del río como si de un complicado sistema arterial se tratara. Sus blancos uniformes contrastan con los trajes grises, sobrios, de los dos agentes que permanecen de pie junto al cadáver, en silencio. Constantino recuerda a uno de ellos: es uno de los hombres que le acompañaba en el vehículo oficial que le condujo desde la residencia de la Compañía hasta su nuevo apartamento. Observa con aprensión como el agente apenas puede mantenerse en pie. Su rostro macilento, los accesos de tos y el movimiento compulsivo de sus manos delatan algún tipo de enfermedad nerviosa. Quizá drogas, quizá videored. Debería pedir la baja, pero nadie puede permitirse el lujo de hacerlo en estos tiempos. No cuando existen miles de personas en lista de espera preparados para ocupar tu puesto a la menor señal de debilidad, dispuestos a modificar su cuerpo si es necesario para sustituirte.

—¿Quién encontró el cuerpo? —pregunta Constantino, consciente de su voz ronca y afónica.

—El agente Boal, señor. Realizaba su ronda diaria y...

Le interrumpe con un gesto. No siente la necesidad de escuchar el resto de la información. Si lo desea puede leer el informe en su propio terminal. El inspector se arrodilla junto al cadáver, empapando la pernera de sus pantalones de plástico aislante. Se trata de una mujer blanca, pelo negro, joven. Posee un cuerpo hermoso, bien formado, sensual. Una mujer atractiva. O al menos lo era.

...cuerpo hermoso, sensual, pero apenas formado, no debería encontrarlo sensual, no es esa clase de cariño la que se espera de él, por favor, no es normal, es algo sucio, es algo abominable, ¿cómo has podido ni siquiera pensarlo?, ¿cómo has podido hacerlo?...

—¿Perdón? —dice Constantino, consciente de que se ha perdido alguna frase.

—Decía que su nombre es Shara, o al menos así la conocían; una prostituta de la orilla —repite uno de los agentes, con una mirada de reproche.

Pero Constantino no le presta ninguna atención. Minuciosamente recorre el cuerpo inerte, buscando marcas y señales. En su mente sabe que no se trata de la simple muerte de una prostituta. La Compañía no se habría tomado la molestia de devolverle al servicio, ignorando las duras críticas que los medios de comunicación verterán contra esa decisión, sólo para esclarecer este asesinato. Porque se trata de un asesinato. Le han extraído los ojos. Faltan trozos de piel en los muslos de la víctima, pero resulta fácil localizarlos: están pegados en las palmas de sus manos. Ha perdido sangre por múltiples heridas, sufridas con toda seguridad durante su travesía por el río.

—¿Cómo han hecho esto? —pregunta el detective, señalando las manos de la víctima

—Pegamento de contacto —responde el alterado.

La lluvia remite; ahora sólo caen unas pocas gotas. Es la tercera mujer que aparece muerta a la orilla del río. Las dos anteriores han sido cuidadosamente ocultadas a la opinión pública por la Compañía. En esta ocasión ha resultado imposible, y Constantino sabe que la presencia de la prensa dificultará su investigación. Acaricia el cabello empapado del cadáver en un gesto cariñoso. Si alguno de los agentes le prestara atención, notaría cómo uno de los detectives de homicidios de la Compañía está sufriendo el principio de una erección.

—Díganle al forense que necesitaré todos los detalles mañana a primera hora —ordena Constantino, aunque sabe que lo más probable es que se deshagan del cuerpo ahora mismo.

Luces brillantes danzan alocadas contra las paredes de los edificios, anunciando

la llegada de las ambulancias. Tarde, como siempre. Muy tarde. Camina junto al teniente Romero de vuelta hasta su coche, con la mirada baja. No puede evitar sentirse excitado al ver el cuerpo desnudo de una mujer, aunque esté desfigurado. O quizá sea ese el motivo... Abre la portezuela y una figura se acerca hasta él.

—Detective Cabero, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Las luces de la cámara le ciegan. La mujer, desdibujada bajo los focos, es hermosa. Constantino ya la ha visto en otras ocasiones, siempre en situaciones desagradables. La información mundial, el ansia por ver los cadáveres de otros por la televisión. El intercambio de imágenes morbosas por la red. ¿Llevó ella a los terminales de videored de todos los hogares del país su propio caso? No lo recuerda. No le importa. En cualquier caso, no responderá a sus preguntas. Amadeo se deshace de ella con palabras amables mientras ambos entran en el coche y cierran la puerta.

Llueve.

Apenas quedan dos horas para que amanezca, un amanecer sin sol, sólo una brumosa claridad que indica que es de día. Constantino, tumbado en la cama de su nueva casa, ajeno a todo lo que le rodea, piensa en el cadáver de la prostituta, en el cuerpo de aquella mujer muerta. Y mientras piensa en ella, se masturba.

4

Entró en el bar y se despojó de su capa de lluvia, dejándola colgada en el ropero de la entrada. La chica le dedicó una mirada apagada cuando le entregó dos monedas, y su rostro no sonrió cuando le devolvió el resguardo. No le importó. De alguna manera, ya no le importaba nada que tuviera relación con su persona. Todos sus pensamientos se centraban en su mujer y en su hijo. Se adentró en el local bajo un arco iris de focos que danzaban sobre la barra y la pista de baile. La música estallaba en sus oídos, las luces le cegaban. Varias personas se cruzaron en su camino, y tuvo que disculparse repetidas veces antes de alcanzar la barra.

—¿Qué va a ser, amigo? —le dijo el camarero sin prestarle atención. Cuando lo hizo, sus pupilas se dilataron, aunque de forma inapreciable para el hombre que acababa de entrar—. Oiga, no quiero problemas, yo pago mi parte a la Compañía, como todos.

—No estoy de servicio —respondió el recién llegado—. Sírvame un vodka con hielo.

La pista aparecía abarrotada. Mujeres y hombres se debatían frenéticamente bajo ritmos electrónicos. Las luces distorsionaban sus movimientos, sus gestos, robándoles su humanidad. El hombre buscó con la mirada su objetivo, y lo halló sentado en un taburete alto, más allá de la pista. Llevaba un vestido rojo elegante y bebía ligeros sorbos de su copa, sin prestar demasiada atención al resto de los presentes. Llevaba un maletín negro, como siempre, donde guardaba sus extrañas runas y su tapete. Su turno había terminado algunas horas antes, y dejaba pasar el tiempo antes de marcharse a casa. El hombre la había conocido dos semanas atrás, al acudir por primera vez a aquel local. La vio sentada frente a la mesita baja, lanzando aquellas piedrecillas pintadas sobre el tapete y pregonando buenas nuevas a todos los que disponían de algo de dinero para pagar sus premoniciones.

Bebió un trago de la copa que le habían servido sin apartar la vista de la mujer. Pensó entonces en ella, en lo que iba a hacer con su cuerpo, en su familia, en el dolor que les causaría descubrir que había sido torturada y asesinada, en sus amigos, en la tristeza que les embargaría cuando llevaran su cuerpo a la pira funeraria y arrojaran sus cenizas al río, en su hijo; pero no sintió remordimientos. Ni pena. Le extrañó haber adquirido aquella frialdad en tan poco tiempo. Recordaba cuánto le costó tomar aquella decisión, cuánto le dolió matar a la primera mujer. El llanto, el dolor de la pérdida, el arrepentimiento. Todo aquello había desaparecido. No le quedaba mucho tiempo: los médicos se mostraban cada vez más pesimistas, y su mujer empezaba a preocuparse por sus repetidas ausencias y sus inesperadas salidas nocturnas. Ella no debía involucrarse en lo que estaba llevando a cabo, no debía saber nada. No, al menos, hasta que hubiera terminado. Después ya nada tendría importancia. Ella

comprendería los motivos que le habían llevado a cometer aquellas atrocidades. Ella sabría, le otorgaría su perdón y él podría olvidar.

La mujer se levantó, recogió su maletín y se dirigió hacia la puerta atravesando la pista de baile sin levantar la mirada del suelo. El hombre apuró la copa, dejó un billete sobre la barra y se levantó tras ella en cuanto salió del local. Debería ser rápido y cuidadoso, más que de costumbre. Habían traído a un experto para resolver el caso, lo había visto en el río junto al cadáver de aquella prostituta. Un enfermo, un asesino. Una mente incomprendida.

—Mentirosa, mentirosa —masculló, sintiendo que la rabia y el abatimiento le asaltaban al recordar a su anterior víctima.

El detective asignado al caso le preocupaba. Sabía que aquel hombre podría detenerle. Sabía que el detective Cabero no se detendría hasta que lo hiciera. A su favor tenía la ventaja de conocerle bien, muy bien. Sabía cuáles eran sus puntos débiles, cuáles eran sus miedos. Sí, pensó, sin duda le atraparía, pero no antes de que terminara su trabajo.

—No, amigo —murmuró para sí mismo mientras abandonaba el bar—. No antes de que termine el trabajo.

5

Miles de ojos, puntos luminosos de diversos colores, bailan en la oscuridad sobre su cabeza, brillando como leds dorados sobre un techo de pizarra. Los ojos forman una imagen parpadeante, eléctrica, que se desvanece en el aire y se transforma en un rostro. Ve una sonrisa, una inmensa sonrisa, y cree caer hacia ella mientras agita las manos para no ser devorado.

Despierta.

El teléfono grita, aúlla, golpea los tímpanos.

—¿Sí? —gruñe Constantino.

—Hemos encontrado otro cuerpo, señor —susurra una voz demasiado dulce para pertenecer a un agente.

Silencio. Al otro lado de la línea, una respiración entrecortada y el repiqueteo de la lluvia sobre el asfalto forman una especie de gemido monocorde.

—Voy enseguida.

Cuelga el teléfono y parpadea varias veces mientras se frota los ojos con las manos. Las luces del cuarto se encienden cuando se levanta de la cama. Junto a ella, en la mesilla, su terminal parpadea, mostrando los informes de los primeros casos, aquellos en los que no estuvo presente. Ya son cuatro cuerpos los que han aparecido en el río, cuatro mujeres sin un nexo común entre ellas a primera vista, excepto que vivían en Varanasi. Bostezando, apaga las luces y entra en el baño que hay junto al dormitorio. Se cepilla los dientes mientras piensa en el caso. Las cuatro mujeres presentaban idénticas heridas y señales evidentes de haber sido torturadas. Además, habían aparecido en diferentes puntos del río, arrastradas por la corriente, como si su asesino hubiera decidido lanzarlas al agua después de divertirse con ellas sin preocuparse por que las encontraran. ¿Qué tipo de persona hace algo así y continua con su vida con normalidad, como si nada hubiera ocurrido?

...¿otro tipo de mujer? ¡Es tu hija, por el amor de Dios! ¿Es que no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Maldito seas! ¿Es que no te das cuenta?...

Activa la ducha y salta al interior del reducido cubículo. La campana de cristal se cierra tras él, y una nube de vapor de agua empapa su cuerpo en cuestión de segundos. Apenas ha cubierto su cuerpo de jabón, una nueva nube se abalanza sobre él. Después, un indicador luminoso advierte que el sistema no estará disponible hasta dentro de dos horas. Constantino no puede menos que sonreír ante la incongruencia de las restricciones de agua en una ciudad literalmente inundada por la lluvia.

En la cocina prepara un café soluble y abre la nevera en busca de zumo de naranja. Ayer visitó un supermercado para comprar algo de comida y bebida. No

compró nada de carne ni de fruta, los precios se han vuelto prohibitivos desde la última catástrofe con los alimentos transgénicos. Busca en el frigorífico, pero el zumo se ha terminado, como la mayoría de las cosas. Sólo queda cerveza y un paquete de galletas de chocolate negro. Mientras piensa que un día de estos debería conectarse y comprar a través de videored —una experiencia que teme, pues navegar por la red, la descarga masiva de información, requiere un implante que no posee y no quiere poseer—, termina el café.

Antes de salir echa una ojeada a su aspecto en el espejo del armario empotrado. Sin afeitar, con ojeras por falta de sueño, con los pantalones y la camisa tan arrugados... Ajusta su filtro al rostro y vuelve a mirarse en el espejo. Impecable.

Llueve.

Un coche de la Compañía le espera en el portal del edificio. Cuando se acerca e introduce en la ranura lateral su tarjeta de identificación, la puerta del conductor se abre. Entra y cierra tras él. Lentamente el vehículo se pone en marcha. Ajusta el cinturón de seguridad, un atavismo injustificable en esta época de coches autoconducidos, y baja la ventanilla para observar el triste paisaje que presenta la ciudad a primera hora de la mañana. En el cielo gris un difuminado punto luminoso indica el lugar donde una vez el sol fue visible. Ahora sus rayos apenas pueden traspasar La Nube, lo cual es una bendición, dado el progresivo agotamiento de la capa de ozono.

...hace tanto tiempo ya que no lo recuerdo, Tino, ¿podrías recordármelo? No, supongo que no, en realidad no tiene importancia, mañana llamaré a mi abogado...

El vehículo se interna por una de las calles empedradas y desciende hacia el río. Las majestuosas escalinatas de Varanasi, recortada contra el horizonte como un elefante abatido por los cientos de pequeños templos que semejan dardos, aparecen tachonadas de pértigas, coronadas por los cestillos que contienen las ofrendas de los creyentes a sus dioses. La calle por la que circula Constantino es una sucesión de edificios grises en ruinas y pequeños jardines abandonados cubiertos de rastrojos y bolsas de basura. En el portal de uno de los edificios dos niñas de piel gris y mirada triste juegan con una muñeca sin cabeza. Más allá, dos hombres sin filtros intentan obtener agua de una de las fuentes públicas, ignorando el cartel que reza que se trata de agua no potable. Adelantan a un rickshaw decrépito y oxidado conducido por un joven que no deja de toser. En la acera, ajeno a todo lo que le rodea, un anciano cubierto por un paraguas y vestido con ropas ocres descansa apoyado contra un contenedor. A sus pies ha dejado una escudilla, sobre un cartón en el que ha escrito algo que desde su posición el detective no puede leer. Los ojos del anciano se cruzan un momento con los de Constantino, unos ojos blancos cegados por las cataratas que

ya no pueden ver la decadencia que le rodea.

El coche se detiene, un suave gemido de llantas resbalando sobre el asfalto mojado, y la portezuela se abre. Las gotas de lluvia empapan su traje aislante cuando sale al exterior. Todo está tranquilo en esta ocasión: apenas tres o cuatro personas que están siendo dispersadas por dos agentes de la Compañía. Constantino camina hasta las escalinatas que nacen en la orilla del río, evitando tropezar con los desperdicios acumulados que amenazan con invadir la ciudad de hormigón. Junto a los agentes se encuentra el teniente Romero, que camina hacia él.

—Lamento haberle despertado, señor, pero es necesario que vea esto —le dice, entregándole una fotografía.

Constantino la observa sin pronunciar palabra. La imagen muestra la nuca de una mujer, lacerada en diversos puntos con la ayuda de un arma blanca muy afilada, quizá un bisturí. Las marcas forman símbolos, los símbolos una palabra.

—¿Qué demonios significa?

Dos camilleros conducen hacia la ambulancia el cuerpo de una mujer, cubierto tan sólo por una lona blanca. La posición del cuerpo resulta extraña, como si hubieran amontonado sus miembros sobre su torso.

—No lo sabemos aún, señor, pero hemos distribuido copias de esta fotografía entre diversos expertos y...

Constantino se aleja del teniente y llega hasta la ambulancia. Las luces giran y lanzan destellos anaranjados sobre los curiosos. La lluvia le obliga a cubrirse el rostro con una mano mientras con la otra levanta la lona.

Era una mujer joven, atractiva. Como a la anterior víctima, le han arrancado los ojos. La extraña posición se debe a que sus manos se encuentran pegadas a los muslos formando una cruz.

—¿Puede decirme algo de todo esto, detective? ¿Se trata de un asesino en serie? ¿Deben las mujeres tener miedo?

Constantino se vuelve y su rostro brilla bajo los focos de las cámaras. Observa a la mujer que le habla, sus movimientos, su sonrisa. Quizá no sea mala idea tener una conversación con ella. Antes de atenderla se vuelve hacia Amadeo, que espera a su lado en silencio como un perrillo faldero.

—Está practicando un ritual —le dice—. Un ritual con algún propósito. Ignoro hacia dónde nos lleva, pero él debe saberlo. Busque información en nuestras oficinas y en videored acerca de muertes rituales, pero sólo aquellas que proporcionan algún beneficio al ejecutor, nada de venganzas ni de castigos. E investigue esos símbolos grabados en su nuca, deben significar algo.

Amadeo toma notas apresuradamente en su pad sin alzar la vista. Al terminar, cuando se dispone a preguntar a Constantino acerca de un posible móvil, algo que relacione a las víctimas entre ellas más allá de un simple ritual, advierte que éste se

ha marchado, acompañado por la reportera, ascendiendo por el ghat en dirección a los Altos Templos de Varanasi.

Tose.

Una pareja de ancianos mira de reojo. Inmediatamente llaman al camarero y solicitan una mesa más alejada. Constantino no les reprocha su actitud, en otras circunstancias él haría lo mismo.

—¿Está usted enfermo, detective? —le pregunta la reportera.

Constantino niega con la cabeza y hunde la cuchara en el plato de sopa. Ha dejado el filtro junto al plato, ya que el local parece contar con sus propios purificadores de aire. A pesar de ello, no puede reprimir un ligero carraspeo y toser de vez en cuando. En una mesa cercana, dos mujeres envueltas en saris anaranjados charlan frente a una taza de té.

La periodista es una mujer inquieta, agresiva. Tras su hermoso exterior oculta una fría máquina calculadora que la ha llevado a convertirse en una de las reporteras mejor pagadas del canal de televisión de la réplica. No ha parado de realizar preguntas durante todo el camino, aderezándolas con pequeñas informaciones que su equipo ha obtenido: el nombre de la mujer encontrada en el río, conjeturas acerca de la relación entre ambas mujeres, la marca del pegamento empleado para unir los miembros de las víctimas... Ella ignora la existencia de dos víctimas anteriores. Por ese motivo, Constantino se muestra reservado, esperando su oportunidad, escuchando lo que ella tiene que decirle por si puede deducir algo de sus palabras, por si escuchando con otra voz sus propias conjeturas descubre algún indicio que haya podido pasar por alto. Debe andar con pies de plomo con esa mujer si no quiere convertirse de nuevo en noticia.

¿En las noticias? ¡Por el amor de Dios! ¿Y cómo querías evitarlo? ¡Se trata de tu hija, maldito seas! ¡De tu propia hija!

—¿Piensa contarme algo relativo al caso, o sólo estamos compartiendo un desayuno caliente? —pregunta la mujer, con ojos llameantes.

Fuera, la lluvia ha remitido. El eterno cielo gris, presagio de tormentas en el pasado, permanece impasible recordando a los hombres los frutos de su progreso tecnológico. Los purificadores de aire emiten su suave ronroneo adormecedor, acompañando al desayuno como si de un hilo musical se tratara. Un monitor plano instalado en la pared opuesta a la barra, junto a la mesa que ocupan, muestra imágenes en directo de una de las fábricas de filtros desechables de la Compañía. Publicidad obligatoria instalada por la Compañía en todos los locales que, de alguna u otra forma, tienen relaciones económicas con ella.

—Bueno, supongo que... —comienza a decir Constantino, preparando una excusa

para alargar el monólogo de la reportera, y al instante siguiente su pad se enciende con el ronroneo de una llamada—. Lo siento, es oficial.

La periodista frunce el ceño, recoge bruscamente su bolso y su grabadora y se marcha del restaurante sin mirar atrás. El detective la sigue con la mirada, deteniéndose en sus caderas y sus piernas. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un momento de intimidad con una mujer, aunque haya sido algo tan frío y poco satisfactorio. Una voz mecánica repite su nombre por tercera vez.

—¿Detective Cabero?

—Sí.

—Hemos confirmado su suposición. Las víctimas anteriores tenían la misma marca en la nuca, incluso la prostituta. En todos los casos quedó registrado por el forense, pero no transcendió al considerar que se trataba de laceraciones realizadas al azar. Además, tenemos razones para creer que debería usted visitar el Hospital de la Compañía. Yolanda García estuvo internada allí hace menos de una semana.

—¿Yolanda García?

Incómodo silencio. Un murmullo de desaprobación al otro lado de la línea.

—La última víctima, señor —responde la voz.

—Claro.

Constantino corta la comunicación y continúa con su plato de sopa. Es difícil saber qué ingredientes naturales tiene, probablemente ninguno. Descubre cierto sabor a pescado, tan leve que al instante ya ha desaparecido. Bebe un trago de café y su rostro se transforma en una mueca de desagrado. Tose, y un camarero acude a la mesa al instante.

—Per... perdón, señor —susurra, nervioso—, pero creo que debería abandonar el local. Verá, algunos clientes se han quejado y...

Constantino sonríe, cordial, mientras se levanta y le entrega la tarjeta de crédito. El camarero, incómodo, la toma entre sus manos evitando tocarle, le devuelve la sonrisa y se dirige apresuradamente a la barra. Vuelve dos minutos después con la cuenta, se aleja sin mirarle. Constantino apura su café, recoge la tarjeta y se marcha del local.

6

Tras comprobar en el sistema de localización del coche que el hospital está situado apenas a dos manzanas del restaurante, Constantino decide recorrer el camino a pie. La difusa mancha luminosa que algunos identifican con el sol —aunque muchos otros creen que se trata de un invento de la Compañía, una imagen proyectada desde alguno de los edificios más altos de Madrid— pugna con las gigantescas nubes por mostrarse. Es una batalla perdida de antemano.

El detective ajusta su filtro, cierra el cuello de su gabardina y camina con las manos en los bolsillos, observando los movimientos de la calle. Todos permanecen encerrados en sus casas, con las persianas bajadas y los cristales blindados protegidos por recios barrotes. Es una zona cara, de gente con dinero. Nunca salen a la calle, aunque seguramente todos ellos disponen de modernos respiradores homologados. Quizá incluso de purificadores de aire en sus viviendas. Otra injusticia más para apuntar en la larga lista de injusticias diarias.

Altavoces anaranjados, instalados en las paredes de un edificio gris y marchito, anuncian a gritos bebidas alcohólicas prohibidas. Un chico vestido con harapos y sin filtro pasa corriendo junto a él, pronunciando palabras en un idioma que no entiende. Más adelante, un pequeño quiosco de vendedores ambulantes ofrece estampas de Siva y Vishnu en brillantes colores. Junto al quiosco, una tienda expone en su escaparate entre ramos de flores y velas encendidas algunos respiradores. Los precios, por supuesto, son escandalosos, inaccesibles para Constantino.

La siguiente manzana la ocupa en su totalidad el Hospital de la Compañía. Lo forman cuatro edificios bajos unidos entre sí mediante pasillos cilíndricos a diferentes alturas. El color predominante es el naranja, un anacronismo frente al gris que inunda el resto de las construcciones periféricas. En la puerta le espera un agente, un alterado con implantes quirúrgicos en sus mejillas.

—Señor, hemos recibido información acerca del símbolo grabado en la nuca de las víctimas.

Constantino entra en el hospital acompañado por el agente. Guarda su filtro usado en uno de los bolsillos de su gabardina y pregunta por la señorita Yolanda García. La enfermera, tras ver su placa de identificación, desaparece con una breve disculpa.

—Verá, señor —continúa el alterado—, los expertos creen que se trata de una inscripción en copto.

Constantino observa al agente con atención. Joven, delgado, pelo largo pero no sucio. El uniforme gris no le sienta del todo bien, pero parece capaz de realizar su trabajo. Los implantes de su rostro no parecen cumplir con ninguna función definida. Siente la tentación de preguntarle cuál es su utilidad. No lo hace.

—¿Qué demonios es...? — comienza a decir, pero el agente le interrumpe.

—Precisamente de eso se trata, señor. Demonios. O al menos algo relacionado con ellos. La palabra significa bruja. Respecto a las muertes, los expertos dicen que se trata de un viejo ritual copto que...

—¿Detective Cabero?

La enfermera sonríe. Yolanda García ya no está en el hospital, recibió el alta hace menos de una semana. Constantino inquiere acerca del motivo de su ingreso, y la enfermera sonríe de nuevo.

—Estaba embarazada, detective. De un niño precioso.

Pero Constantino no la escucha, como tampoco escucha al agente. Frente a las puertas del ascensor, una mujer de hermoso rostro y largo cabello rubio espera en silencio, cabizbaja. A su lado un hombre que lleva una bata blanca, probablemente su médico, intenta consolarla con palabras amables. Su mano descansa sobre el hombro de ella, y no parece que sus intentos surtan ningún efecto.

—Mándeme la información a mi terminal, la leeré en cuanto pueda —le dice al agente, mientras observa a la mujer.

Cuando se separa del médico y se interna en uno de los pasillos laterales del hospital, el detective camina hacia ella. La alcanza cuando las puertas del ascensor se abren y entra tras ella. La mujer alza la mirada. Sus ojos se cruzan un instante y ella esboza una sonrisa.

—Tino —susurra.

—¿Cómo estás, Tatiana? — pregunta él, inseguro.

—Vamos tirando, como siempre. Supe lo de tu mujer. Lo siento.

Constantino hace un gesto vago con la mano, que puede interpretarse de muchas maneras. Ella pulsa un botón luminoso, las puertas del ascensor se cierran. Mientras ascienden, charlan sobre trivialidades, eludiendo el tema principal. Hace mucho tiempo que no se ven, desde que la tragedia se apoderó de la vida del detective. Pero no hacen referencia a ello. Hablan de los viejos tiempos, de su amistad, de las oportunidades perdidas. Cuando las puertas del ascensor se abren, la acompaña en silencio por los pasillos hasta la puerta de una habitación.

Una cristalera junto a la puerta que recorre gran parte de la pared del cuarto permite ver al niño, tumbado sobre la cama, una maraña de cables y tubos envolviéndole. Su respiración es lenta, acompasada. Está inconsciente, lo que probablemente sea una bendición en su estado.

—Ricardo me habló de la mujer del río, la prostituta —dice ella.

—Fue el primero en llegar, el agente que encontró el cuerpo —dice él.

Conversan, pero la mente de ambos parece estar en otra parte, y sus ojos no dejan de mirar al niño a través del cristal.

El alterado ha subido por las escaleras tras Constantino, pero permanece alejado de ambos, en el pasillo. Sabe quién es la mujer, ya que Ricardo Boal es otro de los

agentes del río que trabaja para la Compañía. Sabe que durante mucho tiempo el inspector y ella se profesaron una gran amistad. Y sabe también que el niño está enfermo, muy enfermo, víctima de una enfermedad degenerativa en su estado final. No hay cura, no hay alivio. Sólo un lento y largo sufrimiento.

—Debo irme —susurra el detective Cabero.

—Lo sé. Espero que encuentres al asesino. Por ellas. Por sus hijos —dice Tatiana.

—Sí.

Durante el camino de vuelta hasta el coche, el agente habla sin parar. Habla del lenguaje copto, de su origen que se remonta al antiguo Egipto y de los primeros cristianos que lo adoptaron como lengua ceremonial. Habla de Shenouda, del uso actual del lenguaje copto en los rituales de la Iglesia del Último Advenimiento, último baluarte cristiano en la réplica, de los manuscritos que se conservan en este lenguaje, todos ellos en propiedad de la Iglesia. Habla, habla, habla. Constantino escucha, intentando encontrar algún detalle que le permita evitar que el asesino dé el próximo paso, algo que le permita anticiparse a su presa.

—¿Y las marcas en la nuca? —pregunta, interrumpiendo el monólogo del alterado.

—¿Cómo?

—Las marcas, ¿por qué las hace?

—Pues... no estamos seguros, señor. Los expertos lo relacionan con una antigua superstición de origen cristiano, de los tiempos de la Inquisición. Creen que el asesino podría estar juzgando a brujas, y marcándolas como tales. Sin embargo, no parece tener mucho sentido.

Brujería. Constantino sonríe. Brujería. No es el mejor momento para pensar en ello, no señor. No en el siglo de la tecnología. Despide con un apretón de manos al agente ante la mirada aterrada de este, que no ha podido evitar el contacto, y deja que el coche de la Compañía le lleve hasta el pequeño apartamento en el que reside, en la periferia de Varanasi.

7

—Esta vez he acertado —susurra el hombre al oído de su mujer—. Todo se arreglará, cariño. Un último detalle, y todo se arreglará.

Después se levanta y entra en el cuarto de baño para limpiar la sangre que empapa su cuerpo.

Ella sigue tumbada en la cama, simulando que está dormida. Una lágrima se desliza bajo sus párpados cerrados.

8

Apenas han pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que estuvo en el Hospital de la Compañía. La ambulancia se detiene con un chirrido y las puertas se abren. Un agente ayuda a Constantino a descender del vehículo mientras dos enfermeros llevan la camilla al interior de uno de los edificios. Luces de neón graban a fuego la palabra Urgencias sobre el costado de la ambulancia.

—¡Es una emergencia, abran paso! —grita un hombre.

El vestíbulo se ha convertido en la antesala del infierno. Las paredes rojas arden bajo los focos de las cámaras de televisión. Cientos de personas inundan las ventanillas de información, esgrimiendo sus micrófonos y sus grabadoras.

—¿Se trata del mismo hombre? ¿Ha sobrevivido esta vez la víctima? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Tiene unas palabras para nosotros? ¿Qué han descubierto, detective? ¿Ha dicho algo? ¿Ha descrito a su agresor?

Constantino se abre paso entre cámaras y reporteros a codazos. Resbala y cae al suelo, maldiciendo. Hombre y mujeres se abalanzan sobre él. Aturdido, deja que dos alterados le tomen de los brazos, rescatándole de la marabunta de luces, cuerpos y voces. En el exterior una multitud se agolpa contra las cristaleras, ansiosa por ver a la víctima fallida del asesino del río, satisfaciendo su morbosidad.

—¡Por el amor de Dios! ¡Apártense!

Uno de los agentes emplea su porra de goma contra la mujer más próxima. Los demás se hacen a un lado, permitiéndoles llegar hasta el ascensor. Mientras las puertas se cierran, Constantino rememora todos los hechos que le han conducido a esta situación.

Una llamada anónima, otro cadáver en el río. Pero esta vez es distinto. La mujer sufre un coma profundo, pero está viva. Tiene lesiones internas, ha perdido los dos ojos y sufre magulladuras y contusiones de diversa consideración. Pronóstico de carácter reservado. Cuando llega la primera ambulancia, Constantino decide ir con ellos. Por si ocurre el milagro. Por si la mujer despierta.

¿Por si despierta? Pero no, no está dormida. Está muerta. El bote de pastillas vacío, la posición imposible de sus brazos y piernas sobre la cama. ¿Y dónde está la niña? ¿Dónde está la niña?

—¿Señor?

Constantino se acerca a Amadeo Romero, el teniente de la división de homicidios, que observa con ojos muy abiertos la pantalla de su terminal. Está recibiendo información y se dispone a retransmitirla.

—No lo va a creer, señor, pero esta mujer ha estado en este mismo hospital hace

menos de un mes, para dar a luz a una niña. Y lo más increíble, todas las víctimas han sido atendidas de su embarazo aquí mismo, incluso la prostituta, aunque ella lo dio en adopción. Todas ellas durante el último mes.

El detective escucha en silencio, pensativo. Demasiadas coincidencias. Cinco víctimas, todas han sido madres en el mismo hospital durante el último mes. Si buscaba una relación, un detalle que vinculara a las víctimas entre ellas, lo ha encontrado.

—Prioridad uno, necesito saber qué tiene de particular este mes para la Iglesia del Último Advenimiento, desde cualquier punto de vista. Social, político, religioso... —Constantino se muerde la lengua, pero sabe que no debe eliminar ninguna posibilidad —, incluso todo aquello relacionado de una forma u otra con lo esotérico y lo oculto. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —responde el teniente.

Las puertas del ascensor se abren.

Un pasillo blanco desemboca en un cruce. Giran a la derecha siguiendo las indicaciones de una enfermera. Sus pasos resuenan como cascos de caballos sobre un suelo de mármol. Otro cruce, otro pasillo. Unas puertas batientes de color negro conducen a una rampa. Descienden por ella.

—Prioridad dos —continúa Constantino—, necesito saber los nombres de todo el personal del hospital, así como de los pacientes que pertenezcan a la Iglesia del Último Advenimiento.

—Sí, señor.

La rampa conduce a una de las salas de operaciones. Otro agente solicita su identificación mientras un doctor discute con Constantino. Con palabras amables, finalmente a gritos, intenta explicarle que no puede entrar. Si despierta será el primero en saberlo. Si habla será el primero en saberlo. No, nadie entrará sin su permiso. Vaya a la sala de espera, le avisaremos.

—¿Tino?

Tatiana le mira. Un intento de sonrisa florece en su rostro avejentado prematuramente por el dolor de la pérdida progresiva de la vida de su hijo. Mientras camina hacia él, enlaza una y otra vez las manos, retorciendo los dedos en dolorosas posiciones.

Constantino se levanta, consciente de que se ha quedado dormido durante algunos minutos. La sala de espera, un grupo de sillas de plástico blancas unidas entre sí mediante una barra de acero, permanece desierta desde que llegó. Un monitor colgado del techo informa de los últimos descubrimientos de la Compañía en materia de respiradores.

Hay lágrimas en los ojos de Tatiana. No intenta ocultar su dolor, pero tampoco parece encontrarse cómoda en el papel de víctima. Constantino abre la boca, la

vuelve a cerrar. No sabe qué debe decir en una situación como ésta. Quizá ella piensa que se encuentra en el hospital por el niño, pero no es así. Lo único que intenta es conservar su trabajo, resolver el caso. Devolver la ansiada sensación de normalidad a su vida destrozada.

—¿Señor?

Constantino se vuelve, sobresaltado. Un agente joven le ofrece una taza de café, que acepta con una sonrisa forzada.

—Señor, tenemos algunas respuestas a sus preguntas. En realidad, tras descartar todos los sucesos que aparentemente no tenían relación con el caso, la Compañía ha deducido que este mes es importante desde un punto de vista esotérico, ya que debido a la posición de los planetas y la luna respecto a la Tierra...

—Céntrese en lo importante, agente —interrumpe Constantino.

—Bien, señor, esta es la semana del año en la que las brujas dan a luz a sus hijos. Si juntamos este dato con la creencia popular de que la muerte violenta del hijo de una bruja le otorga un deseo a su ejecutor...

Constantino interrumpe con un gesto al agente, mientras analiza la información. Algo se le escapa, algo que ha estado allí siempre.

—¿Y por qué no han matado a ninguno de los niños? —inquiere el detective.

—Oh, señor, porque ellas no eran brujas. El rito cristiano exige que la mujer sobreviva, para que pueda decirse que...

Pero Constantino ya no le escucha. Ignorando a Tatiana y al agente, el detective corre por los pasillos del hospital en dirección al ascensor.

9

La lluvia resbala por el cristal de la ventanilla, enturbiando la visión. Constantino está sentado en el interior del coche, con la mirada perdida en un punto luminoso más allá de los primeros edificios, sobre los templos de Varanasi. Quizá se trate de una llama encendida en honor de los dioses, piensa sin demasiado convencimiento. Quizá. A lo lejos, mezclado con el repiqueteo de la lluvia, el sordo rumor de una procesión de vehículos crece poco a poco. Ambulancias, coches de la Compañía, reporteros... No tardarán en llegar. Bien, su trabajo ha terminado. Ha resuelto el caso. Quizá no de la mejor forma, pero al menos ha encontrado al asesino. Lamentablemente, ha sufrido un ligero retraso. El coche autoconducido no ha sido convenientemente preparado para emergencias y persecuciones. Tras introducir los datos de la dirección de la última mujer atacada, el vehículo ha decidido circular por la autopista hasta la salida más cercana, y luego perderse en un laberinto de callejuelas. El resultado ha sido desastroso.

La primera furgoneta de la prensa se detiene a pocos metros de su coche. Varias personas descienden apresuradamente del vehículo, portando focos, cámaras y micrófonos inalámbricos. La lluvia empapa sus cuerpos, sus equipos. Como lágrimas. Lágrimas por la muerte de un inocente.

¿Lágrimas? No, ya no me quedan lágrimas. Ya no puedo llorar más por ella. Ni por mi hija. Las dos se han ido, se han ido para siempre. Aquí sólo quedamos el dolor de la pérdida y yo. Y no queda sitio para más lágrimas.

El detective Constantino Cabero está llorando, pero no es consciente de ello.

Y recuerda...

El silencio opresivo. La oscuridad asfixiante. Avanza, tanteando con las manos la pared fría. Un escalón, otro. Sin hacer ruido. Arriba, tras una puerta entreabierta, llora un niño. Si presta atención, puede oír también otra voz, una voz de hombre. El hombre está recitando algo, en un idioma que Constantino no conoce. Una letanía monótona, trágica.

Llega al descansillo justo en el momento en el que el hombre calla. Es el momento supremo, la hora del sacrificio. Sin dudarlo un instante, empuña su arma reglamentaria y se abalanza al interior de la casa.

—¡Alto! —grita.

Ricardo Boal sostiene al bebé con una mano, mientras en la otra exhibe una daga. A sus pies descansa el cadáver de un hombre, con toda probabilidad el padre del niño. Sus miradas se cruzan un instante. Constantino comprende que no podrá salvar al

niño.

—¿Por qué? —pregunta, sin dejar de apuntar al rostro de Ricardo.

Ricardo sonríe, una sonrisa triste. Por un momento parece que va a dejar caer al niño, que no para de llorar y de retorcerse. Pero sólo es un momento. Su presión sobre el cuerpo del bebé se hace más fuerte, y en sus ojos brilla una fría determinación.

—Deberías saberlo, detective, deberías saberlo —susurra.

—Pero no lo sé, Ricardo. ¿Por qué no me lo cuentas? —responde Constantino, intentando ganar tiempo, buscar la oportunidad de evitar que la situación desemboque en tragedia.

Ricardo alza la daga sobre la cabeza del niño, sin apartar los ojos del detective.

—El sacrificio del hijo de una bruja. Su vida por la de mi hijo —susurra, casi para sí mismo.

—Pero, ¿no comprendes que no es real? ¿No ves que se trata sólo de una estúpida superstición? —grita el detective.

La daga desciende sobre el cuerpo del niño violentamente. Constantino dispara. Ricardo trastabilla, camina hacia atrás y se detiene al chocar contra la pared. Su uniforme gris está cubierto de sangre, pero no es sólo suya. El niño, la daga hundida en el pecho, descansa entre sus brazos, sin vida.

El agente tose, escupe sangre.

—Merece la pena —gruñe, mientras la vida se escapa de su cuerpo—. Por mi hijo. Por mi hijo.

Constantino guarda el arma y sale del cuarto. En las escaleras, sentado, piensa en su mujer, en su hija. Hace muchos años que no pensaba en ellas. Con el paso del tiempo, había conseguido olvidar sus propios pecados, ocultarlos en el abismo más profundo de su conciencia. Había conseguido olvidar la vergüenza y el dolor.

Algunos vecinos, alertados por el alboroto, abren sus puertas. Afuera, la lluvia cae sobre la ciudad, ajena a las pequeñas tragedias de los hombres. La Nube, impasible, oculta el sol un día más. Y lejos, muy lejos de este barrio, hombres y mujeres disfrutan de la soledad encerrados en sus pequeñas casas, con sus respiradores caros y sus purificadores de aire.

10

A través de la cristalera, Constantino observa al niño. Ha despertado hace apenas seis horas, y según el parte médico la enfermedad ha desaparecido por completo de su cuerpo. Aún está débil, y es más que probable que permanezca en el hospital durante meses, para someterle a pruebas exhaustivas y mantenerle en continua vigilancia.

—Es un milagro, un milagro —le ha dicho el médico. Había lágrimas en sus ojos cuando pronunciaba estas palabras, e incluso ha llegado a abrazarle.

Una enfermera le inyecta un tranquilizante al niño sin perder la sonrisa en ningún momento. Todavía nadie le ha dicho que su padre ha muerto. Tienen miedo de que si se lo dicen sufra una recaída. Su madre ha sufrido un ataque de nervios cuando Constantino le ha dado la noticia. Se sentía obligado, por la amistad que durante tantos años habían mantenido. Ha resultado muy duro ver cómo Tatiana se derrumbaba, pero no tanto como acabar con la vida de Ricardo.

La enfermera se despide del niño con un beso. Es la primera vez en su vida que el detective ve a dos personas besarse en un lugar público. Pero se trata de un momento especial, de un momento divino, según las palabras del enviado de la Iglesia del Último Advenimiento. Constantino no está de acuerdo, no cree en los milagros, ni en los dioses. Sólo cree en esta vida, en esta existencia fría y desapegada. Una vida vacía de sentimientos, rutinaria. Una vida sin expectativas, sin recompensas.

—Si lo desea, puede entrar. Le hemos dado una pastilla y en unos minutos se quedará dormido— le dice la enfermera.

Constantino se lo agradece con un gesto y entra en el cuarto. Decenas de pequeñas luces sin sentido para él parpadean y cambian de color en una consola colocada a los pies de la cama. Han retirado la mayoría de los equipos de mantenimiento artificial, salvo el alimentador de suero. Un niño precioso, apenas doce años. Piel blanca, pelo rubio.

El detective se acerca hasta la cabecera de la cama.

Ha recibido una llamada minutos antes de sus superiores. La Compañía ha decidido prescindir de sus servicios tras la resolución del caso. Las acusaciones iniciadas por la familia de Ricardo van a ser retiradas, pero la Compañía no quiere la mala imagen que Constantino ofrece.

Constantino acaricia suavemente el pelo del niño.

La Compañía le ha recordado que ya le defendió en otra ocasión. El detective sabe que se refieren a la muerte de su mujer y su hija. Suicidio, dictaminaron los médicos. Esther se tomó una caja entera de tranquilizantes mezclados con alcohol. Pero antes, y sin razón alguna aparente, estranguló a su hija. Nunca hubo acusación alguna en su contra. Nadie jamás insinuó que podría ser culpable de alguna de esas muertes. Pero su vida quedó marcada para siempre.

Con sumo cuidado, Constantino levanta la cabeza del niño y coge la almohada con ambas manos. Después, con suavidad, la coloca sobre el rostro del chico. Al principio no ocurre nada. Constantino nota un ligero movimiento y aumenta la presión. El niño jadea y sus brazos y piernas se agitan como si de un títere se tratase. Intenta arañarle, pero se zafa de sus manos y mantiene la almohada contra su cara. Los segundos pasan. El niño deja de luchar. Sus brazos caen sobre la cama, sus piernas se detienen.

Cuando llega la primera enfermera, encuentra el cadáver del niño con el rostro oculto bajo la almohada. Apenas unos segundos después, el cuarto es un caos de médicos y curiosos.

Amadeo Romero, ayudado por varios agentes, consigue evitar que los periodistas tomen fotos del cadáver del niño. Mientras tanto, intenta inútilmente contactar con el inspector Cabero. Su terminal no responde a las llamadas.

Tatiana duerme, ajena a todo lo que sucede a su alrededor. Permanecerá sedada durante horas, y cuando despierte un periodista disfrazado de médico le contará la trágica muerte de su hijo, mientras graba la escena con una cámara oculta.

Constantino Cabero, detective al servicio de la Compañía hasta hace unas horas, camina junto a la orilla del río con las manos en los bolsillos. Ha regalado su filtro a la primera persona con la que se ha cruzado, ha lanzado su terminal de videored a la corriente. Nada tiene importancia ahora.

Las largas escalinatas y los templos de Varanasi se recortan contra el horizonte, espectadores silenciosos de las tragedias de los hombres.

Llueve, una lluvia intensa. Como lágrimas. Lágrimas por la muerte de un inocente.

Encuentros en la sombra

Tu tarea ha de ser
construir un puente sobre el mar,
para alcanzar la ciudad de nuestro enemigo,
que una la montaña con la playa;
y cuando nuestros pies pisen la isla,
alégrate y piensa ya en la muerte de tu enemigo.

Ramayana

¡Qué pena!
Vienes siguiéndome a mí,
pequeña mariposa.

Issa

1

Con las manos sobre la barandilla, la brisa acariciando su rostro, la mujer observaba los primeros escalones del ghat, más cercanos a medida que la embarcación se acercaba a la margen del río. Un improvisado muelle de madera negra crecía sobre la superficie de las aguas como un brote de malas hierbas, junto a la entrada de uno de los templos menores dedicado a Sarasvati. Allí se congregaban varias mujeres más, envueltas en saris dorados, esperando su llegada. Al ver acercarse la barcaza le hicieron señales con las manos, gritaron su nombre. La mujer, nerviosa, acarició la flor de loto que llevaba al cuello. Dieciséis pétalos de un profundo color rojo oscuro, dieciséis pétalos simbolizando el número sagrado en ofrenda a los dioses por ayudarla a superar su pérdida.

La embarcación se deslizó junto al templo y se detuvo suavemente. Dos hombres lanzaron cuerdas desde su cubierta, otros en el muelle las enrollaron alrededor de gruesos postes de madera mientras entonaban una letanía, respetando la tradición. La mujer esperó hasta que manos fuertes extendieron una precaria rampa de plástico desde la cubierta de la barcaza hasta los listones de madera que formaban el muelle, después descendió. Había cubierto su frente con cenizas coloreadas de amarillo y blanco, dos líneas paralelas que surcaban su rostro como cicatrices. Había recogido su pelo, lo había perlado de diminutas campanillas doradas que tintineaban a cada paso que daba. Caminaba erguida, los pies descalzos, la mirada al frente. En la orilla los chicos más jóvenes se sumergían en las aguas del río, lanzándose desde el último escalón de los ghat. Muchos rostros se volvieron a su paso, siguiendo su avance con la mirada. Sabían quién era, sabían que había perdido a un ser querido. Sabían que acudía al templo de Sarasvati a llorar su dolor y buscar consuelo en la imagen de la diosa.

Tras la mujer descendieron dos hombres que cubrían la mayor parte de su rostro con velos oscuros. Ambos, el torso desnudo cruzado por dos bandas de tela dorada, portaban sendas urnas funerarias entre sus manos enguantadas. Se movían en perfecta sincronía, como si hubieran ensayado durante años una coreografía y la ejecutaran con precisión absoluta ante el público congregado. La rampa cedió unos milímetros bajo su peso, emitió un crujido. No detuvieron su camino. Desde la orilla del río llegaba el olor de los puestos de fruta, de los improvisados hornillos sobre los que se preparaban platos de carne deshilachada y arroz, de los restos de basura acumulados sobre las escaleras, de los cadáveres amontonados esperando la incineración. La mujer se detuvo junto a un encantador de serpientes, que tocaba su flauta mientras una imagen holográfica de baja resolución danzaba y se retorcía a su alrededor, mostrando su lengua bífida, amenazándole. Le lanzó unas monedas, ignoró su sonrisa desdentada y continuó su camino hasta la entrada del templo.

—Sentimos la pérdida en lo más profundo de nuestro corazón —le dijo una mujer delgada, acercándose.

Ella asintió, dejó que tomara sus manos entre las de ella. Otras mujeres se acercaron, bajaron la mirada en señal de duelo. Muchas de las mujeres congregadas recordaban a su marido como algo más que un amigo o un familiar. Había sido el dueño de aquel ghat durante muchos años, más de los que la mujer podía recordar. Había heredado la propiedad de sus padres, y con el paso de los años había otorgado a aquellos escalones de piedra una dignidad particular, impregnándolos de su esencia, de su forma de ver la vida. Una inversión económica transformada en una obsesión. Ella mostraba su orgullo por lo logrado acudiendo al templo, rezando por él.

Y por su hijo.

—Entraré sola —dijo, apartándose de las mujeres, asintiendo cuando le hablaban, tomando sus manos cuando se las ofrecían.

Un accidente imprevisible había quebrado su vida, desgarrándola en pedazos como si de un sari deshilachado se tratara. Ahora debía afrontar nuevas responsabilidades, hacerse cargo de un lugar que nunca sintió como suyo, pero que representaba su única fuente de beneficios. Dedicó una mirada desapasionada a los puestos de los vendedores asentados en el ghat antes de entrar en el templo. Ellos la mantendrían a flote. Ellos, pagando sus impuestos y entregándole el porcentaje de las ventas que le correspondiese. Pensó en cuántos de ellos abandonarían el lugar, marchándose a otros lugares, ahora que el hombre que acudía todas las mañanas a realizar sus abluciones matinales en aquellas escaleras, junto al Ganges, había muerto. Ella no compartía su fervor religioso. Ella no volvería a pisar aquel lugar.

En el interior del templo la esperaba el brahmán. Sentado de espaldas a la entrada, quemaba varillas de incienso bajo la figura tallada sobre la piedra de Sarasvati. El pétreo rostro mostraba una sonrisa apenas sugerida, invitando al recién llegado a acercarse, a compartir un secreto susurrado y mil veces lamentado. En una de sus cuatro manos sostenía una flor, y la mujer no pudo evitar tomar entre las suyas la que colgaba de su cuello.

—Acérquese —dijo el brahmán.

Ella se sentó a su lado, mirando a la diosa. La luz procedente de las velas dotaba al pequeño templo de una gratificante sensación de irrealidad. La mujer sintió que allí podría hablar, compartir su dolor con aquel hombre delgado y alto que la miraba con simulado interés.

—Es usted la mujer de... —dijo el brahmán, pero ella le interrumpió.

—Sí. En el muelle dos hombres arrojan sus cenizas al Ganges. También las de mi hijo.

—Siento la pérdida en lo más profundo de mi corazón —dijo el brahmán.

Ella asintió. Lágrimas saladas resbalaron por sus mejillas. Las secó con el dorso

de su mano.

—He venido porque ahora yo represento este ghat. Quería que lo supiera.

—Ahora lo sé —respondió el brahmán, incorporándose—. También sé que no ha venido sólo por esa razón.

—Usted vino aquí hace muchos años. Vino aquí y mi marido confió en usted. Le acogió —dijo la mujer—. Siento que la responsabilidad de llevar este ghat es una carga demasiado grande para mí.

El brahmán se acercó hasta un pequeño armario junto a la estatua de Sarasvati. Extrajo una llave de un bolsillo de su túnica, lo abrió. Tomó entre sus manos un proyector, oculto tras botes de especias y varillas de incienso. Se acercó a la mujer, lo encendió y le mostró la imagen que proyectaba sobre la pared.

—¿Quiénes son? —dijo ella, observando las figuras borrosas que sonreían y se perseguían y parecían disfrutar de la vida como nunca lo había hecho ella.

—La razón por la que estoy aquí. La razón por la que yo no puedo ayudarla.

La mujer señaló con el dedo la imagen.

—Es muy hermosa.

—Lo era —respondió el brahmán—. Las dos lo eran. Las perdí como usted ha perdido a su marido y a su hijo. Las perdí y aquello me volvió loco. Después vine aquí, a olvidarlo todo, a refugiarme del mundo. No, no puedo ayudarla.

El brahmán apagó el proyector, la ayudó a incorporarse y la condujo hasta uno de los extremos del templo. Allí había instalado una cama de fibra de aluminio, un colchón de plumas y unas mantas, para facilitar el descanso a los peregrinos que diariamente recorrían la margen del río, deteniéndose en los templos para adorar a sus dioses.

—Pase aquí la noche, como manda la tradición. Después vuelva a su casa, organice su vida. Yo me quedaré aquí poco tiempo más. No podré ayudarla.

La mujer se sentó en el camastro. Pensó en los hombres del exterior, en las cenizas deslizándose por el río entre las ofrendas y los restos de basuras que se arrojaban a las aguas. Sintió un vacío en su interior, un vacío que no podría llenar nunca más, que no podría compartir con ninguna otra persona.

Intentó recordar la cara de su marido con los ojos abiertos, brillantes, sonriéndola. No pudo. Sólo pudo ver la máscara sin vida que le habían mostrado en el depósito de cadáveres. Un rostro azulado, marchito, carente de expresión. Bajo la sábana negra que lo cubría, un atisbo de cicatrices abiertas, de heridas que rasgaban más que la simple carne. No lloró. Había decidido ser fuerte, soportar en silencio todo el dolor que los agentes de la Compañía le mostraban.

Cuando vio el rostro de su hijo las piernas le fallaron, tuvieron que sostenerla entre dos hombres. Se desmayó. Despertó algunos minutos después, y sintió la humedad que empapaba sus mejillas. Había estado llorando de forma incontrolada.

El brahman se dirigió al armario con el proyector, lo colocó de nuevo en su lugar de origen. La mujer cruzó las manos, bajó la cabeza.

—¿También fue un accidente? —preguntó, con voz quebrada.

El brahman cerró el armario, se volvió. Sonreía, pero había algo incómodo en su sonrisa, algo indefinible que la hizo sentirse desnuda bajo su mirada.

—Sí, podría decirse así —respondió, y se acercó a ella.

2

No se sentía cómodo sentado en aquella silla. Llevaba allí más de dos horas, incorporándose de vez en cuando pero sin alejarse demasiado, temeroso de que aquellos dos tipos volvieran y le golpearan de nuevo. Se entretenía observando el suelo recién encerado, una sucesión aleatoria de placas de vidrio esmerilado y losetas de mármol. Dejaba vagar la vista siguiendo las vetas oscuras que, como si de un complejo sistema arterial se tratara, recorrían el suelo del pasillo y se extendían hasta las paredes. Cuando no podía controlar la tensión de la espera se acercaba hasta uno de los ventanales cercanos, cristales de colores engarzados sobre estructuras de aluminio, y admiraba el exterior. Enormes moles de cristal y acero se elevaban junto a la torre en la que se encontraba, destacando entre un mar de edificios bajos y oscuros, apenas discernibles bajo la lluvia. Observaba el paisaje desde una posición privilegiada, en uno de los pisos más altos del edificio al que le habían traído contra su voluntad. Más allá de las primeras manzanas, admiró los Puentes de Brahma, los principales puntos de acceso a la réplica, que se levantaban sobre las crecidas aguas del río como colosos de hormigón y cristal. Convivían con precarias estructuras de cuerdas y tablones de madera, alzadas desde los templos menores, hundidos en el río, hasta los escalones más bajos de los ghat. Y, junto a ellos, se erguían orgullosas erráticas construcciones de piedra, recuerdos atávicos de la ciudad, tan estrechas que apenas podían circular por ellas los richshaws. A cualquier hora, en cualquier instante, los puentes se hallaban anegados de gente, amontonados unos contra otros, la vista perdida en el río, como si aquella multitud encontrara satisfacción en la presunta contemplación de las oscuras aguas del Ganges.

—Ganga —murmuró, recordando como denominaban al río los habitantes de Varanasi.

Se levantó por enésima vez y caminó de nuevo hasta los ventanales. Prestó atención a los altos templos que coronaban los ghat, iluminados por cientos de lámparas de gas repartidas por ventanas y puertas, desdibujados por la lluvia que azotaba la ciudad en el atardecer. En las escaleras que nacían en los templos y morían en el río crecían de forma descontrolada casetas de vendedores de flores y frutas, endebles estructuras de improvisados templos menores, carpas descoloridas en cuyo interior se llevaban a cabo representaciones de teatro, balaustradas de las que pendían banderas con representaciones de diferentes deidades, montones de leña y cenizas que mostraban el camino que los devotos anhelaban. Allí moraban hombres y mujeres que vendían y compraban, curiosos que se deslizaban entre los templos con sus cámaras de fotos, creyentes que acudían al río con sus ofrendas. Los ghat se convertían en el refugio de la multitud, de pértigas combadas y ofrendas vacías y velas apagadas; en el vertedero de objetos perdidos y olvidados abandonados en sus

escalones. Algunas luces dispersas iluminaban a grupos de hombres y mujeres en las orillas del río, depositando en las aguas delicados cuencos de flores con velas encendidas en su interior. Navegaban y se hundían junto a los escalones, pobre ofrenda para cadáveres que habían desaparecido en el río y en muchas ocasiones ni siquiera habían sido identificados.

Amadeo Romero intentó mitigar el dolor de sus muñecas con una suave presión de los dedos. Desde aquellas ventanas Varanasi se le aparecía como un lugar distinto, casi atrayente. Aunque no permitiría que aquella imagen sesgada le engañara. La réplica aglutinaba en su interior a legiones de fanáticos religiosos, a comerciantes sin escrúpulos, a traficantes de orkus, a mercaderes de bioimplantes de memoria, a desechos de la sociedad y a refugiados de cientos de ciudades que acudían allí, amparados en la oscuridad, para perder de vista las leyes que regían en el exterior. Porque aquel lugar, tal y como lo recordaba, seguía ajeno a las leyes de la ciudad, gobernado por intereses económicos y sociales que escapaban a su comprensión. Intereses que valoraban la vida humana a un nivel poco más importante que el intercambio de unos billetes o una transacción de memoria codificada. Quizá para aquellos pretendidos brahmanes y sus seguidores todos los actos que realizaban tuvieran un sentido último. Quizá sus creencias otorgaran a sus pobres vidas una falsa esperanza con la que sobrellevar un futuro marcado por la incertidumbre. Sin embargo, para las grandes corporaciones y mafias que gobernaban la réplica se trataba de un emergente caldo de cultivo donde hallar nuevos adictos a sus propuestas de ocio refinadas.

Volvió su atención al pasillo en el que esperaba, intentado que los turbios recuerdos que poseía de Varanasi no bucearan en su mente y toparan con su conciencia. No comprendía los motivos de su presencia en aquel lugar, una de las torres de la periferia, los edificios señoriales que se elevaban sobre los restos abandonados de los barrios marginales. Los dos hombres que, contra su voluntad, le habían arrastrado hasta allí, no habían respondido a ninguna de sus preguntas, limitándose a proporcionarle unas pastillas que habían hecho desaparecer todo rastro de alcohol de su cuerpo. Cuando aparecieron en el local en el que había decidido entrar para tomar la última copa de la noche —un bar de la periferia, de luces de neón, rincones oscuros y camareras sonrientes— no les prestó atención, a pesar de su corpulencia y sus implantes en el rostro. Se acercaron hasta él, le tomaron de los brazos, derramándole la bebida sobre los pantalones. El más alto, un alterado de ojos brillantes y voz metálica, le conminó a marchar con ellos sin ofrecer resistencia. Sin saber a ciencia cierta de qué se trataba todo aquello, intentó zafarse y salir corriendo, consciente de que, de alguna manera, se encontraba en peligro. Le derribaron al suelo con facilidad y le colocaron unas esposas de metal, un viejo artilugio que, desde luego, no usaban los empleados de la Compañía. Sentir cómo las esposas mordían la

carne de sus muñecas le proporcionó una extraña tranquilidad. Se dejó llevar hasta un vehículo autoconducido que habían aparcado en la puerta del local, y subió al asiento trasero ayudado por uno de sus captores. Fueran quienes fuesen aquellos tipos, al menos tenía la seguridad de que no trabajaban para la Compañía. Le aterraba volver allí, encontrarse de nuevo con aquellas caras, con aquellos nombres. Con aquella eterna sensación de culpabilidad.

Las puertas en las que terminaba el pasillo, dos hojas de madera con dragones grabados ascendiendo hacia un cielo cubierto de nubes, se abrieron. Amadeo bajó la mirada, matando su curiosidad con miedo. Sus ojos se encontraron con sus zapatos. Advirtió que se veían agrietados y cubiertos de polvo. ¿Qué aspecto tendría él mismo? No recordaba haberse cambiado de ropa en los últimos días, tan fuera de sí mismo se sentía desde que había vuelto. Imaginó que, al margen de sus ropas arrugadas y sucias, su olor corporal tampoco debía de ser agradable. Una mezcla de alcohol, sudor, y culpabilidad. Volver a la ciudad del color y la luz, al Madrid que tanto había añorado, no le había devuelto la paz interior que anhelaba. Quizá, al fin y al cabo, lo que había sucedido en Barcelona, en Kurtuba, le acompañaría siempre. Debería contentarse con continuar un día más vivo, un día más en aquel mundo gris cubierto de nubes que no perdonaba los pecados, ni siquiera los olvidaba.

Miró de nuevo por la ventana, consciente de que alguien caminaba por el pasillo hacia él. En las calles que accedían a los Puentes de Brahma el tráfico se había convertido en un caos. Cientos de rickshaws de vivos colores se deslizaban entre los vehículos automáticos, llevando su preciosa carga humana hacia los puentes, hacia Varanasi. Los accesos a la réplica bullían de actividad, llenándose de miles de voces humanas gritando y profiriendo insultos, de cláxones quebrando esas voces, de gestos y acciones innecesarias. Amadeo nada podía percibir de todo aquello, aislado en la torre tras los cristales y la distancia. Se sentía espectador privilegiado de una película muda, rodada a cámara rápida con diminutas maquetas conducidas por un especialista cuyo sistema nervioso estaba invadido por el orkus.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo una voz a su espalda, una voz ruda con un leve tono metálico, y Amadeo se volvió para encontrarse con su interlocutor.

Se trataba de un hombre delgado, de largo cabello blanco con vetas doradas recogido en una trenza. Las profundas arrugas que surcaban su rostro como grietas en una roca delataban su edad. Vestía de forma elegante y tradicional, con motivos japoneses grabados en la solapa de su chaqueta. Sonreía, una sonrisa amplia pero poco amigable, una sonrisa de depredador.

—¿El tráfico? —preguntó Amadeo, inseguro.

El hombre no pudo reprimir una carcajada. Apoyando su mano izquierda en el hombro de Amadeo le condujo por el pasillo, sin violencia pero con firmeza, hacia las puertas abiertas.

—No, desde luego —dijo, mientras avanzaban hacia el cuarto que Amadeo podía descubrir en la distancia—. Hablaba de Varanasi.

Amadeo se sintió tentado de deshacerse del incómodo contacto del hombre y volver hasta la ventana una vez más, para comprobar por sí mismo la veracidad de aquellas palabras. No había nada hermoso en Varanasi, en la réplica que había crecido de forma desmesurada en Madrid como un cáncer, tras cubrir el antiguo estadio de fútbol y extenderse por la margen del río. Ya nadie pronunciaba nombres como Toledo, Segovia, Pirámides, Acacias. Ni siquiera llamaban al río Manzanares por su nombre. Todo allí se había transformado, todo había perdido su identidad y se había convertido en una burla, una parodia de lo que una vez fue la ciudad hindú de Benarés. ¿Cómo podía considerarse hermosa aquella suplantación, aquella invasión de la ciudad desde su interior, una degradación de la memoria histórica que había dado origen a aquella réplica depravada? En su memoria perduraban los recuerdos de las altas torres de marfil coronadas por colosales elefantes en honor a Ghanesa, las figuras del dios toro repartidas por la orilla del Ganges, la belleza de los templos en honor de Vishnu y Krishna. Todo aquello quedaba eclipsado por la corrupción, la desesperación y la muerte que albergaban las calles más oscuras, la soledad y el olvido que se alojaba en sus casas vacías, el miedo que albergaban los menos afortunados, los que no habían podido elegir. No podía evitar pensar en los hombres y mujeres que no habían tenido la oportunidad de abandonar la réplica cuando ésta empezó a existir y ahora, sin desearlo, formaban parte de aquella comunidad.

—El señor Delhi le recibirá ahora, señor Romero —dijo el hombre delgado, y le dejó sentado de nuevo en una sala vacía.

Dos dragones —estilizados, delgados como serpientes de agua— se deslizaban sobre altas montañas nevadas en una ilustración que cubría casi por completo una de las paredes, justo la que quedaba a la derecha de Amadeo. En la pared contraria habían colocado dos estatuas de soldados feudales japoneses armados con lanzas. Parecían custodiar un jarrón, decorado profusamente con rostros y cuerpos de geishas, que descansaba sobre una columna entre ellos. Frente a Amadeo dominaba la sala una enorme mesa de madera negra, y una silla —alta, intrincados grabados recorriendo su espalda, también de madera negra— aparecía a su lado. Tras ella una puerta entreabierta invitaba a pensar que su anfitrión disponía de otra sala más acorde a sus necesidades, y que reservaba aquélla sólo para las visitas más indeseables.

Amadeo dejó transcurrir aquel nuevo tiempo de espera intentando comprender la mente del hombre que le había mandado llamar. Durante los años que había trabajado para la Compañía investigando diferentes casos criminales había tenido que hacerlo en multitud de ocasiones. Intentar adivinar las motivaciones y los pensamientos de un hombre a partir de pequeños indicios, desde un gesto casual hasta la decoración que había impuesto a su dormitorio. Varios de sus compañeros afirmaban sin tapujos que

podían diseccionar por completo la mente de un criminal sólo con pasar un día entero observándole, acompañándole en su rutina diaria, entrando en su casa y viendo cómo la había decorado. Se encontraba perdido en sus deducciones, en sus recuerdos, en un punto muerto que no le llevaba a ninguna parte, cuando apareció su anfitrión.

—¿Tomará una copa? —susurró el recién llegado con voz aflautada.

Lo primero que le llamó la atención fue lo voluminoso que era. A primera vista debía pesar más de ciento cincuenta kilos, pero sus movimientos no resultaban torpes. Al sentarse en la silla Amadeo temió que ésta se rompiera en pedazos, pero resistió con un leve crujido. Con unas grandes manos de dedos gruesos extrajo de un cajón de la mesa que permanecía oculto para él una delicada botella de cristal y sirvió en dos pequeños vasos un poco del líquido bermellón que contenía.

—Vamos, beba. Lo han decantado esta mañana —dijo, deslizando el vaso sobre la mesa con un dedo.

Amadeo dudó, pero después bebió un sorbo —lo encontró extrañamente dulce, y con un regusto peculiar al tragarlo— y dejó el vaso sobre la mesa con suavidad. Un surco de agua se marcó sobre la madera en el punto en el que lo había dejado. El coloso que se sentaba frente a él cruzó los dedos bajo la barbilla y le observó en silencio. Amadeo sintió la necesidad de romper el silencio, incómodo bajo la mirada escrutadora de aquel hombre, pero optó por callar y esperar a que el señor Delhi iniciara la conversación.

—No tiene usted buen aspecto —dijo el hombre.

—Eso debería decírselo a sus hombres —masculló Amadeo, con gesto hosco.

El hombre sonrió, divertido.

—Es posible que tenga razón. Es posible, aunque no creo que antes de conocerlos se encontrara usted en mucho mejor estado —dijo, jugueteando con sus dedos, sin dejar de mirarlo como un tigre hambriento a una gacela herida—. En cualquier caso, no tiene importancia. Como las presentaciones, señor Romero. Como mi chambelán le habrá dicho, para usted seré el señor Delhi. Es posible que le resulte incómodo no conocer mi verdadero nombre, pero intentaremos que ello no suponga un inconveniente en nuestras, digamos, negociaciones, ¿de acuerdo?

Amadeo asintió. La voz aflautada del señor Delhi, un anacronismo atrapado bajo cientos de láminas de tejido adiposo, le hacía sentirse incómodo, tanto o más que ignorar la razón por la que había sido arrastrado a su presencia.

—Bien. Aclarado este punto, le contaré el motivo por el cual está usted aquí —continuó el señor Delhi, como si hubiera leído su mente, tomando un sorbo de su bebida en una pausa teatral—. Está usted aquí por una sencilla razón: le necesito. Desde luego que lo que voy a proponerle lo podría hacer cualquier otro, señor Romero, y muy probablemente mejor que usted. Pero soy un amante de la justicia poética, si me lo permite, y creo que haberle encontrado le da un sentido final a todo

lo que estoy intentando hacer desde hace unos años. Dígame, ¿cuándo fue la última vez que estuvo usted en Varanasi?

—Hace más de seis años, si no recuerdo mal —dijo Amadeo, consciente de que recordaba a la perfección la última vez que había estado en la réplica.

—Sí, eso era lo que yo pensaba. Bien, está usted aquí porque necesito que vuelva a ese lugar. Vuelva allí, y encuentre al hombre que se perdió en Varanasi. ¿Lo recuerda? Aquel tipo delgado que fue su jefe, aquel que se cargó a su mujer y a su hija.

Amadeo abrió la boca, volvió a cerrarla. El señor Delhi le miraba con atención, sonriendo, esperando una respuesta. Sin embargo, sus palabras sólo podían interpretarse como una orden, algo que no admitía ni excusas ni negativas. En un primer momento, Amadeo no supo cómo reaccionar, qué responder. Ignoraba el poder que ostentaba aquel hombre, aunque era consciente de que su situación actual no le permitía tomarse muchas libertades. ¿Buscar al detective de la Compañía que trabajó con él en el caso del asesino de mujeres? ¿Por qué? ¿Qué sentido último tenía todo aquello? Recuerdos dolorosos le asaltaron, recuerdos de un niño inocente, de muertes que podían haberse evitado. Se encontraba en una posición demasiado incómoda para negarse, y eso le preocupaba.

—¿Por qué yo? —dijo, sin esperar una respuesta sincera.

—Justicia poética, ya se lo dije —le respondió su anfitrión, sin dejar de mirarle, sonriendo—. Una forma de redimir sus pecados, una forma de olvidar lo ocurrido. Allí, en Varanasi, las cosas han cambiado en estos últimos años. La presencia de la Compañía es testimonial, la ley ha caído en manos de personas, digamos, desagradables para usted y para mí, que me impiden llevar a buen término mis indagaciones sin llamar la atención innecesariamente. Sin embargo, sé que usted sabrá manejarse en ese lugar, y sé que será capaz de encontrar al señor Cabero y traerlo consigo. Allí contará con la ayuda de un hombre, un informador que mantenemos dentro de la réplica. Él le ayudará con los primeros movimientos. No estará sólo, señor Romero. Encuéntrelo, y tráigamelo aquí. Vivo, desde luego.

Amadeo asintió, apesadumbrado. Al menos podría salir de aquel edificio con vida, algo que había llegado a dudar. Sin embargo la idea de volver a Varanasi le aterraba. Demasiados recuerdos, demasiados cabos sueltos. Volvería a sentir la presión de aquellos dioses coloristas, de aquellos animales sagrados, de aquellas personas dominadas por su fervor religioso. Temible. Además, ¿qué sabía de aquel hombre que había trabajado con él? Desapareció sin dejar ni rastro, oculto en los barrios bajos de la réplica, ajeno a los demonios que había desatado con sus acciones. Nadie sabía dónde se encontraba. Quizá incluso podría haber muerto. ¿Qué le contaría entonces al señor Delhi?

—Vamos, mi chambelán le acompañará hasta la salida y le dará todo lo que

necesita. En esta ocasión espero que las cosas salgan mejor que en Kurtuba, señor Romero —dijo el voluminoso señor Delhi, animando con un gesto a que Amadeo se incorporara, y salió por la puerta del fondo.

Amadeo también salió de la sala sin mirar atrás, por las puertas por las que había entrado, intentando no pensar en la última frase que el señor Delhi le había dedicado. Sabía demasiadas cosas sobre él, le había investigado. En el pasillo se encontró con el chambelán, el hombre delgado que le había acompañado anteriormente. Reflejos del sol de la tarde que atravesaba la Nube brillaban en las ventanas acristaladas, manteniendo diminutas motas de polvo suspendidas en el aire. Amadeo y su acompañante recorrieron el pasillo hasta el ascensor sin cruzar palabra. Al llegar allí, el hombre delgado le tendió un maletín negro, que Amadeo tomó entre sus manos con cierta aprensión.

—Señor Romero, se alojará usted en el hotel Vishnu, junto al Puente de Parvati, no creo que tenga problemas para encontrarlo. Tome un rickshaw para llegar hasta allí, sea discreto. Encontrará dinero en el interior del maletín para sus gastos, un número de teléfono, un arma y algunos cargadores. Llame para mantenernos informados, o para cualquier cosa que necesite.

El chambelán observó en silencio a Amadeo mientras éste entraba en el ascensor y esperó hasta que los dígitos luminosos indicaron que había llegado a la planta baja. Después recorrió de nuevo el pasillo hasta el despacho del señor Delhi y entró en la habitación que se abría tras la mesa. En el interior, en un cuarto oscuro pobremente iluminado por lámparas de gas sostenidas en las paredes mediante abrazaderas de hierro, el señor Delhi observaba un colgante que sostenía entre sus dedos.

—Espero que todo vaya según lo previsto, señor —dijo, y el señor Delhi se volvió, la luz de las lámparas reflejada en su rostro, dotándole de un aspecto maléfico.

—Desde luego, querido amigo. Todo saldrá tal y como lo he previsto. Hemos dado los primeros pasos y nada parece ir mal. En cualquier caso, he mandado otros dos hombres tras nuestro estimado señor Romero para confirmarlo. Ya sabe, no debemos arriesgarnos inútilmente. Esto ya ha durado demasiado, y no lo vamos a estropear ahora que los hemos reunido a todos.

El chambelán asintió.

—Mañana visitaremos a la niña. Le llevaré su colgante preferido. Después... después decidiremos los últimos detalles —dijo el señor Delhi, y el chambelán salió del cuarto cerrando la puerta.

Abajo, en la calle, Amadeo vio su rostro reflejado en el escaparate de una tienda de alimentación. La nariz y la boca cubiertas con un filtro barato, el ojo izquierdo amoratado y levemente hinchado, el pelo sucio y revuelto. La mirada que le devolvió su reflejo era la correspondiente a un hombre que ha luchado una guerra interior y ha

sido vencido. Un hombre perseguido por sus recuerdos, torturado por sus errores. Quizá ahora se arreglaran las cosas, quizá no. No sabía qué debía hacer. ¿Huir de allí con el maletín, esconderse en la réplica con la esperanza de que no le encontraran? Todas las ideas que pasaban por su mente le parecían estúpidas. ¿De qué estaba huyendo? De sí mismo, de sus fantasmas. No sabía qué pensar. No sabía qué hacer.

Advirtió con pesar que carecía de opciones. Volvería a Varanasi, localizaría al detective Cabero, lo llevaría ante el señor Delhi. Sintió que, al fin y al cabo, el detective y él no eran tan distintos. Ambos habían cometido errores, ambos habían pagado por ello. Sí, buscaría al detective y le arrastraría hasta la casa del señor Delhi, como habían hecho con él.

Después... el futuro se perdía en brumas de niebla.

3

Gina encendió el cigarrillo que sostenía entre los labios y dio una larga calada. Sintió el aroma de la hierba deslizándose por su rostro, acariciando sus mejillas y empañando de lágrimas sus ojos. Como en las últimas ocasiones, el material que Pseudo le había proporcionado era de la más alta calidad. Dio otra calada y apoyó las manos sobre la balaustrada, fijando su mirada en el río, aspirando el aroma a incienso que se desprendía de las tiendas cercanas. A su lado, un anciano de traje blanco, una imagen anacrónica en la ciudad del color y la luz, realizó nuevas fotografías de las márgenes del río, no sin dedicarle una mirada de reproche. Gina supuso que su gesto de desprecio se debía al cigarrillo que fumaba. Últimamente las restricciones habían aumentado en la réplica, pero en los ghat todos los visitantes sabían que nada estaba prohibido.

En los escalones inferiores, en la orilla del río, una comitiva de hombres y mujeres envueltos en saris avanzaba con parsimonia, entonando una letanía amarga. Varios de ellos, el torso desnudo cubierto de sudor, sostenían una plataforma de troncos de bambú sobre la que descansaba un cuerpo cubierto por una tela roja. Los hombres caminaban descalzos, los pies decorados con intrincadas figuras realizadas con tinta negra y coloreados con un tinte dorado. Las mujeres, que se congregaban al final de la procesión, llevaban diademas de piedras preciosas —falsas en su mayoría, intuyó Gina— que brillaban bajo el sol y varias pulseras doradas de diferentes tamaños cubriendo sus antebrazos. Mientras avanzaban, los rostros de los residentes del río, los curiosos que recorrían sus orillas y los vendedores de las tiendas se volvían, conscientes de la importancia del ritual funerario que presenciaban.

—Menuda sorpresa, ¿eh? Ya me dirás dónde se esconde la grandeza de Brahma, capullo —murmuró Gina, apagando el cigarrillo sobre la balaustrada.

La comitiva condujo la plataforma hasta el último escalón del ghat y la depositó allí con cuidado. Varias personas, vestidas con largas telas de color dorado, se acercaron hasta el cuerpo portando troncos de madera y los depositaron bajo la plataforma. Algunos se despidieron del fallecido besando la tela roja que lo cubría, otros descubrieron su rostro y trazaron dos líneas con los dedos sobre su frente. Después se alejaron mientras dos hombres de torso desnudo rociaban con gasolina tanto la plataforma como los troncos de madera y, a continuación, le prendían fuego. Gina sabía que aquella pira funeraria ardería durante horas, y después volverían los familiares a lanzar las cenizas al río, purificando su alma y contaminando su mundo.

Recogió del suelo su mochila —una bolsa negra con una imagen de Kali grabada en un lateral en la que llevaba siempre consigo unas tijeras, una caja de pastillas para su dolor de estómago y un reloj de bolsillo roto, entre otras cosas sin valor— y decidió bajar al río, con la esperanza de encontrar a Pseudo. Ya no le quedaba hierba,

y le resultaría muy difícil pasar la noche sin un cigarro. Descendió las escaleras del ghat, tan abarrotadas de gente como era habitual a esas horas. Incómoda, sintiendo la inevitable cercanía de hombres y mujeres que le provocaban rechazo, agachó la cabeza y se dirigió hacia los primeros puestos de vendedores ambulantes. Intentando liberarse de la opresión de la multitud, se detuvo ante una caseta en la que vendían estampas de dioses, regentada por un hombre joven de sonrisa excesiva y ademanes nerviosos.

—Si no compras, no toques nada, tía —dijo sin perder la sonrisa, exhibiendo una dentadura perfecta e inmaculada.

—Que te jodan, listo —respondió Gina, continuando el descenso, mirando a todos lados en busca de algún rostro conocido.

Cientos de personas la rodeaban, avanzando en todas direcciones, tropezando unos con otros, murmurando disculpas y esbozando sonrisas. Gina se internó entre dos casetas de vendedores de flores y descendió varios escalones hasta un pequeño descansillo ocupado por varios pescadores. Los hombres, con botas de goma y sombreros verdes, permanecían sentados frente a sus cañas, charlando animadamente, indiferentes a las posibles capturas. Todos llevaban ridículos sombreros de fieltro y no la prestaron ninguna atención, abstraídos en sus conversaciones. Gina era consciente de que la pesca en el Ganges carecía de sentido práctico y que aquellos tipos lo único que buscaban era un poco de evasión y una excusa para poder disfrutar de una conversación sosegada, alejados de sus problemas.

—¿Te gustan las cometas? —murmuró un joven a su lado, y Gina se volvió.

No podría tener más de quince años, lo que representaba una diferencia excesiva con sus veinticuatro recién cumplidos. Tenía la costumbre de valorar a las personas por su edad, como si el abismo de los años no le permitiera relacionarse con los demás de forma adecuada. El joven poseía un rostro agradable y bronceado, por lo que Gina decidió que no le haría demasiado daño conversar con un chico normal como aquel, para variar. Todos sus conocidos poseían algún rasgo peculiar, algo especial que les diferenciaba del resto de la aburrida humanidad. Sin embargo, en las últimas semanas esas rarezas que los definían empezaban a resultarle insoportables.

—No demasiado —dijo Gina, jugueteando con el pendiente en forma de cruz que llevaba en la oreja izquierda.

—Quizá no has prestado la suficiente atención —reprochó el joven, señalando al cielo.

Torciendo el gesto, Gina siguió la línea imaginaria que trazaba el dedo del joven y miró al cielo. Recortadas contra las nubes grises, una decena de cometas de las más variadas formas se agitaban y se debatían como látigos. La joven distinguió diversas formas en el aire, desde cometas cuadrangulares de fibra de vidrio y varillas de carbono hasta diminutas pirámides de bambú y papel. Los motivos que decoraban las

telas —dragones engarzados sobre piedras preciosas, representaciones de Siva, imágenes de Varanasi, rostros diabólicos, flores de vistosos colores— formaban un extraño collage, un cuadro vivo y armónico que se desvanecía en el aire a cada instante.

—Son bonitas, ¿y qué? —dijo Gina, mirando alrededor en busca de Pseudo.

Necesitaba esa hierba. Sentía las primeras sensaciones que le provocaban su falta de dosis diaria: ese eterno mal humor que todos sus conocidos asociaban con la regla y otros problemas hormonales asociados a mujeres. Maldiciendo en su interior, lamentó haberse detenido en aquel lugar para perder el tiempo con el muchacho y sus estúpidas cometas.

—El patangbaazi es hermoso. Pero no es suficiente para todos. Mira, ellos no vuelan cometas. Practican el Pench Ladana, el combate —dijo el joven, con una mirada apremiante.

Gina miró de nuevo al cielo gris. El chico decía la verdad. Había confundido los giros inesperados y los movimientos eléctricos con maniobras caprichosas provocadas por el viento, pero allí había algo más. Una secuencia fácilmente identificable, como pasos de una danza ejecutados con absoluta precisión. Una sensación de violencia latente, mal disimulada bajo motivos coloridos y movimientos suaves. Si uno prestaba la suficiente atención, podía intuir los combates, los intentos de cortar los hilos que unían al hombre y la cometa, una suerte de Átropos incluida en un juego a primera vista anodino. De pronto, una de las cometas de estructura más moderna trazó un arco en el aire y cortó el hilo que unía a una de las pequeñas de bambú con su dueño. La víctima cayó al río lentamente, como un pájaro agonizante abatido por un cazador que se resiste a aceptar su muerte.

—¡Woh kata! —gritó el joven, y Gina reanudó su camino con gesto hosco.

Despreciaba a aquellos jóvenes que pervertían de aquella manera el lenguaje, pronunciando palabras en un idioma que no era suyo, palabras que no comprendían y habían oído en boca de otros. ¿Acaso no veían que Varanasi no era más que una fantasía absurda, una réplica ridícula que nunca poseería el espíritu del Benarés original, por mucho que incorporaran estúpidas palabras y ridículas costumbres? No, muy probablemente ninguno de ellos, la nueva generación nacida en la réplica, sabía que existía un remoto país llamado India a miles de kilómetros de allí. Y si lo sabían, no le daban importancia alguna. Vivían, en el siglo de la globalización, tiempos de ignorancia y de alejamiento.

Descendió hasta el río y caminó cerca de la orilla, evitando a todos los que habían acudido a realizar sus abluciones. Temía encontrar allí a sus padres, hundidos hasta el cuello en aquél agua inmunda, tan contaminada que su simple contacto debía ser por fuerza fuente de terribles enfermedades. Recordaba uno de aquellos encuentros en la margen del río con su madre, embadurnada de barro y ceniza, arrodillada junto al

agua, cantando aquellas extrañas canciones en sánscrito mientras se contoneaba al ritmo cadencioso que marcaba la voz pausada del brahmán. En aquellos momentos se había sentido tentada de empujarla y hundir su cabeza bajo el agua, hasta que se le salieran los ojos de las órbitas y dejara de respirar. Pero sólo había sido un instante, y después había huido, aprovechando que su madre no la había visto, perdiéndose entre vendedores de fruta y peluqueros improvisados precariamente instalados en el río.

Mientras caminaba pensó en todo lo que ocurría a su alrededor, en todo lo que esta sucediendo en su vida. Conocer a Danny había sido hermoso, quizá lo más hermoso que nunca hubiera imaginado que podría vivir. Recordó cómo se había acercado hasta ella, con los implantes de sus ojos negros centelleando bajo las luces estroboscópicas de la discoteca, confundido por su actitud agresiva —ella siempre reaccionaba mal cuando alguien interrumpía su baile— y a la vez decidido a volverla a ver. Recordó sus modales dulces, su necesidad de encontrar un cambio en su vida. Tan débil, tan lleno de vida. Lo que ella necesitaba, lo que ella no buscaba. No podía compararlo con nada que hubiera conocido antes, pues nunca un chico —y menos un alterado— había llegado tan cerca de ella. Había tenido relaciones esporádicas, desde luego. Relaciones de las que su madre se avergonzaba y maldecía cuando estaba lo suficientemente sobria para mantener una conversación. En anteriores ocasiones las había compartido con su hermano. Otro tiempo, antes de que ese estúpido descerebrado decidiera que la realidad no le aportaba nada y se hundiera en la miseria de videored. Sin embargo, nunca tuvo en muy alta estima aquellas relaciones, primerizos escarceos amorosos que sólo le habían aportado decepciones y malos momentos.

Danny era distinto. Danny era especial. Iba un paso más allá que los otros; había visto a la verdadera Gina, no a la máscara absurda tras la que se ocultaba de los demás.

Tropezó con un hombre y se detuvo, ocultando al instante la sonrisa que la línea de pensamiento había formado en su rostro. El implantado se disculpó con un gesto y continuó su camino, perdiéndose entre la multitud. Gina le siguió con la mirada, con la sensación de desasosiego que siempre le provocaban las personas que exhibían sus implantes de aquella manera. Había visto por un segundo sus ojos multifaceteados. Había visto la cicatriz que recorría su mejilla y mostraba la fibra óptica que descendía hasta su garganta y se perdía en el interior de la carne. Escalofriante, pensó, llevándose la mano al pecho. Sintió entre los dedos el regalo de Danny, la diminuta calavera de plata engarzada sobre un irregular trozo de cuarzo. Un amuleto, había dicho el joven con una sonrisa, un amuleto que te protegerá siempre. Un amuleto que había sido suyo y se lo había dado a ella, haciendo que se sintiera por un instante la persona más importante del mundo.

Desde donde se encontraba podía ver el pequeño templo que habían levantado

junto al río, a los pies de uno de los ghats menores, aquéllos que descendían en arco desde los antiguos puentes de piedra como rígidas serpientes de agua. Junto al templo, dentro del río, un puñado de hombres realizaba sus abluciones y escuchaba con atención devota las palabras de un brahmán esquelético, cubierto apenas por un calzón. El brahmán alzaba los brazos, entonaba cánticos que Gina no podía escuchar, su voz apagada por el rumor de la multitud que invadía el Ganges, pero ella sentía que, de alguna manera, aquellas palabras cantadas en sánscrito iban dirigidas a ella.

—Ojalá tengas razón, cariño. Ojalá salgamos de aquí —murmuró, y retomó su camino hacia los templos elevados, hacia los coloridos edificios que cercaban el río.

Algo más adelante, mientras avanzaba rodeada por docenas de personas ataviadas con telas anaranjadas que murmuraban para sí mismos mantras de relajación, sintió una mano en el hombro. Al volverse se encontró con el rostro anguloso de Pseudo, que le sonreía con una mezcla de cariño y exceso de hierba.

—Eh, Gina... —murmuró, mostrándole una bolsita transparente con un símbolo grabado—. Esto... lo tuyo.

Gina tomó la bolsita y, tras buscar en su mochila, dejó sobre la palma sudorosa de Pseudo varios billetes. El joven los guardó en uno de los bolsillos de su chaleco, un regalo que le habían hecho unos traficantes meses atrás tras darle una paliza por equivocación, según le había contado. Lo había decorado con estampas de Krishna en los bolsillos y una representación abstracta de Ghanesa a la espalda, y lo exhibía orgulloso, consciente del valor que tenía.

—¿Cómo te van las cosas? —preguntó Pseudo, evitando que Gina se alejara de él tomándola del brazo.

—Bien —respondió ella, sin mostrar interés en la conversación.

—Me alegra —dijo el joven, y los ojos le brillaban.

No se sentía con ánimo para soportar una serie de frases sin sentido producto de las drogas que Pseudo había tomado. Algunas veces la retenía durante interminables minutos, contándole historias como la del chaleco con su voz entrecortada y gestos temblorosos. En esas ocasiones se sentía violenta, soportando estoicamente su mano asida a su antebrazo, pues Pseudo tenía la costumbre de buscar el contacto de todas las personas con las que entablaba conversación. Gina se liberó y le hizo un gesto de despedida. Pseudo le dedicó una mirada vidriosa y se dio la vuelta. Le vio alejarse con paso errático y suspiró.

—Bonito bindi —murmuró el joven mientras se perdía entre la multitud.

—¡Que te jodan! —respondió Gina, provocando que un par de shadus a su lado se volvieran y la observaran con actitud reprobadora—. Maldito gilipollas...

Salió del río, internándose en las calles de fachadas decoradas con velas y lámparas de aceite que conducían hacia los barrios periféricos. La monotonía del paisaje y un profundo aburrimiento fueron sus compañeros de camino. Evitó grupos

aislados de hombres envueltos en telas de colores brillantes y ancianos de mirada perdida abandonados en las aceras, frente a portales oscuros cerrados con llave. Los ancianos levantaban su escudilla cuando alguien pasaba a su lado, suplicando una limosna. Gina sabía que recolectaban dinero para poder pagar su propia cremación. Realizar el ritual completo implicaba gastos que ellos no podían costearse —sus familiares, si poseían alguno, tampoco podrían hacerlo aunque quisieran—, y vivían con el convencimiento de que un ritual incompleto los retendría por siempre en aquel plano de la realidad. Otra de aquellas estupideces religiosas que Gina no alcanzaba a comprender. ¿Tan ignorantes eran todos aquellos hombres? ¿Tan vacías se encontraban sus vidas?

Al avanzar hacia las primeras torres de humo sacó su filtro —arrugado, inservible— de la mochila y lo ajustó a su rostro. Se sentía estúpida llevándolo, consciente de su inutilidad, pero algo en su interior la obligaba a hacerlo. Comportamiento condicionado, pensó, recordando haber leído algo así en alguna parte, quizá en un periódico digital. Hacía pocos meses que videored había anunciado a bombo y platillo que la contaminación se había reducido lo suficiente como para no necesitar filtros. Gina sabía que videored mentía, lo notaba al respirar, al jadear cuando corría y sus pulmones demandaban más oxígeno. Pero tampoco tenían dinero para filtros, así que lo dejaba pasar.

Dobló una esquina y cruzó una avenida repleta de tráfico mal iluminada, acompañada por una dulce música procedente de un edificio indeterminado. Al menos las leyes de la réplica habían conseguido eliminar por completo el insoportable hilo musical que, dos años atrás, los grandes templos habían instalado en las calles principales. Para evitar enloquecer con aquella música —relajante, decían algunos— se había acostumbrado a moverse por calles pequeñas, hasta que las continuas quejas de los vecinos habían devuelto a Varanasi el silencio que anhelaba.

Los semáforos mantenían un color naranja perenne, por lo que tuvo que esperar varios minutos junto a un grupo de niños vestidos con pantalones cortos y sombreros verdes hasta poder cruzar. Su mirada recorrió uno de los edificios cercanos, engalanado con multitud de pequeñas lámparas de gas que resplandecían como luciérnagas sobre el tronco de un árbol caído. Recordó que se encontraban en mitad de una de aquellas fiestas paganas que inundaban Varanasi durante todo el año, repletas de procesiones y bailes y estampas de viejas deidades olvidadas, y maldijo en voz alta, atrayendo la atención de los niños, que cuchichearon entre ellos y sonrieron. Ignorándolos, se perdió por una calle lateral, coreada por los pitidos de los conductores más nerviosos, y entró en el portal de su edificio.

Visto desde dentro, resultaba igual de triste y deprimente que desde el exterior. Junto a muchos otros edificios que formaban lo que comúnmente se denominaba la periferia —una zona de nadie que separaba Varanasi del resto de la ciudad—,

presentaba un aspecto horrible; tan precario parecía su asentamiento que sorprendía que muchos de ellos no acabaran simplemente desmoronándose, rindiéndose a una realidad que les carcomía por dentro como una colonia de termitas. Gina recordaba que meses atrás los bomberos habían apuntalado dos viviendas de la primera planta con enormes estructuras de acero, ante el peligro de derrumbe que enormes grietas en las paredes de las viviendas presagiaban. Los vecinos habían sido trasladados a otro inmueble, o al menos esa información había sido comunicada al resto de propietarios. Sus padres se habían quejado de su falta de fortuna por no ser ellos los agraciados, pero Gina temía que en realidad esas personas habían obtenido un premio muy distinto; algo que, de alguna manera, consideraba que tampoco hubiera sido demasiado malo para sus padres.

La joven subió las escaleras hasta su piso y abrió la puerta con sus llaves. Mientras entraba acarició el colgante de su cuello, buscando fuerzas en el recuerdo de Danny. Sin embargo, no resultó suficiente. En la cocina, junto a una pila de platos por limpiar, su madre se sostenía a duras penas apoyando las manos temblorosas en la encimera. Había vuelto a tomar algo casi con toda seguridad. Quizá orkus, quizá alguna de aquellas nuevas pastillas con forma de tarjeta de memoria. Sentía ganas de acercarse hasta ella y abofetearla, gritarle a la cara lo decepcionada que la hacía sentirse. Sin embargo, no hizo nada. Ella misma era una adicta; no podía culpar a su madre por mostrar abiertamente una debilidad que ambas compartían.

—¿Qué hay de cenar? —preguntó sin mucho ánimo.

Su madre se volvió y la miró parpadeando varias veces, como si le costara enfocar la vista. Aquello disipó todas las dudas acerca del estado en el que se encontraba. Tenía los ojos enrojecidos y respiraba con fuerza, con jadeos entrecortados, como si hubiera estado llorando. Gina sabía que no se debía a sus lágrimas.

—Un sándwich. De queso batido —respondió su madre, casi sin separar los labios.

Gina sonrió y asintió con desgana. Después caminó hasta su habitación y dejó allí la mochila. Su hermano estaba sentado en el suelo, la cabeza apoyada en un lateral de la cama. Un hilo de baba se deslizaba por la comisura de sus labios, aunque el joven no era consciente de ello. Estaba conectado, unido a videored gracias a su implante. Perdido en un universo alternativo, más soportable que la realidad. Junto a su hermano vio una tarjeta de conexión. La cogió, leyó la etiqueta. Mundo sumergido, J. G. Ballard. Un clásico. Otro escenario en el que perderse durante meses, viviendo una vida que no era la suya. Gina dejó caer la tarjeta al suelo y se sentó a la mesa del salón, esperando a su madre. Sabía que su padre no vendría. Llevaba varias semanas sin verle, aunque de vez en cuando descubría algo de dinero sobre la mesa de la cocina. Al menos no morirían de hambre, siempre que su madre no decidiera

encender el fuego con los billetes en uno de sus delirios.

Encendió el monitor de televisión con el mando a distancia. Mezclado con cientos de melodías, anuncios de mujeres desnudas y avances de nuevos programas, pudo ver parte de uno de los informativos locales de Varanasi. Dejó que su mente vagara mientras las noticias pasaban una tras otra —nuevos enfrentamientos de bandas en las calles, desaparición de un niño de un centro médico, subida de los impuestos de la Compañía, preparación de un nuevo sistema para los filtros autónomos, Utsavam en el Ganges y los Puentes de Brahma—, y se quedó allí, esperando, hasta que una hora más tarde se levantó y fue a la cocina en busca a su madre. La encontró sentada en el suelo, la mirada fija en los azulejos de la pared. Sonreía. Quizá había encontrado algo gracioso en su situación, algo que su hija no podría compartir aunque quisiera. Sobre la encimera había dejado el sándwich. Al menos ha tenido tiempo para terminarlo, pensó Gina. Lo cogió sin apartar la vista de la sonrisa de su madre, susurró una maldición y volvió al salón para comérselo mientras veía la televisión.

—Saldremos de aquí, Danny —murmuró, hablando para sí misma, mientras enormes elefantes engalanados se alzaban sobre sus patas traseras en el monitor—. Saldremos de aquí.

4

—Desde luego, están muertos —dijo el alterado, retirando el filtro cubierto de sangre del rostro de uno de los cadáveres.

Una fina lluvia caía sobre los cuerpos, una fina lluvia que se deslizaba desde las canalizaciones perforadas de los edificios que conformaban el callejón. Dos hombres habían improvisado un techo con dos plásticos transparentes mientras otro mantenía alejada a los curiosos que se acercaban hasta el lugar. Varios vehículos de la Compañía, sus luces modificando los rostros de los presentes, cercaban el acceso a la calle, en un intento fútil por ocultar lo que había ocurrido.

—¿Tengo que ver esto, Raúl? —murmuró Amadeo, asqueado.

—Desde luego —respondió el alterado, levantando la tela dorada que cubría el primer cuerpo.

Amadeo observó las largas cicatrices que recorrían el rostro, agrupadas y paralelas como si pertenecieran a una garra. Se detuvo en las heridas que prácticamente habían seccionado la tráquea de la víctima, separando casi por completo la cabeza del cuerpo. Advirtió que la mujer muerta llevaba un sari desgarrado por todas partes, arrancado de su cuerpo en diversos puntos, unido a otros por restos de sangre. Junto a ella, el cadáver del hombre que debía acompañarla no presentaba mejor aspecto. Le habían amputado el brazo izquierdo, que uno de los hombres de la Compañía había encontrado a algunos metros, junto a unas cajas de cartón y los restos de una vidriera.

—¿Recuerdos, Amadeo? ¿Vuelves a sentirte como un hombre de la Compañía? —bromeó Raúl, cubriendo de nuevo los cuerpos y haciendo una señal a los hombres de transporte.

Amadeo tosió, y colocó su filtro con cuidado. No, ya no se sentiría nunca más un hombre de la Compañía. Había vuelto a Varanasi por motivos distintos, no se involucraría en un crimen de semejantes características. Se apartó a un lado, siguiendo a Raúl, para permitir a los hombres de transporte llevarse las camillas. Lentamente la calle iba despejándose, y dentro de poco podrían abandonar aquel lugar sin necesidad de abrirse paso a empujones. En el cielo la mancha brumosa que representaba al sol se encontraba en su cenit, oculta tras la Nube, cubriendo de una luz fantasmagórica la ciudad.

—¿Alguna opinión, chico listo? —preguntó Raúl indicándole por señas que le acompañara fuera de la calle.

—No —respondió Amadeo, lacónico.

—Vaya, te creía más versado en crímenes sangrientos.

Raúl sonrió bajo su filtro mientras caminaban hasta su coche. Un agente alterado, que mostraba en sus pupilas un indicador luminoso de la hora, detuvo a Raúl y le

entregó una tarjeta. Raúl la introdujo en su pad —un modelo antiguo, funcional, rasgado por un lateral— y se volvió hacia Amadeo.

—Un testigo, al parecer. Nos acercaremos a ver qué nos cuenta, aunque por lo que dice aquí me temo que no nos ayudará demasiado.

Caminaron hasta otro de los coches, donde dos agentes custodiaban a un hombre delgado, tembloroso, que cubría su cuerpo desnudo con una manta y su cabeza con un gorro de tela negra. Un fakir, pensó Amadeo, cuando se detuvieron junto al hombre. Recordaba con qué honores se los trataba en Kurtuba, qué profundas supersticiones se les asociaban, siendo como eran una presencia anacrónica en aquella réplica.

—¿Qué es lo que has visto? —inquirió Raúl al tembloroso testigo, acercándole un vaso de café caliente.

El hombre rechazó la bebida, y les dedicó una mirada de lunático, una mirada de pavor que demostraba que les serviría de poca ayuda.

—¿Qué viste, viejo? —repitió el alterado.

—Asura... —balbuceó el hombre, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Asura.

—¿Qué significa? —preguntó Amadeo, interesado muy a su pesar.

—¿Y yo qué coño sé? Será alguno de esos ridículos personajes fluorescentes con siete brazos y catorce piernas —respondió Raúl—. Tienen tantos nombres que resulta imposible recordarlos todos. Nos largamos de aquí. Ven, te invito a comer.

Raúl se acercó hasta uno de los agentes, un alterado con dos dedos de la mano izquierda sustituidos por un sistema de conducción automático. Amadeo intentó, una vez más, comprender la necesidad de aquellas alteraciones, la necesidad de mutilar a un ser humano para permitirle el acceso a un puesto de trabajo. No lo consiguió. Raúl le indicó al alterado que se quedara al mando, y después le hizo una seña a Amadeo para que le siguiera hasta el coche.

Mientras viajaban en el coche autoconducido, Raúl se dedicó a narrarle diferentes casos violentos en los que se había visto involucrado desde que trabajaba en Varanasi. La réplica era proclive a alojar entre sus muros a toda suerte de asesinos, violadores, ladrones y otros tipos de desechos humanos. Amadeo intentó prestar atención, pero pronto su mente divagó hacia otros recuerdos, hacia otro caso en el que él mismo había sido protagonista directo. Y ahora, de nuevo aquí, en Varanasi, volvía a buscar al hombre que había destrozado su vida y le había enviado directo a las callejuelas de Kurtuba.

El coche giró al llegar a una avenida y se internó en el tráfico. Amadeo recordó el viaje interminable hasta su hotel desde el Puente de Bhuavaneswari, por el que había accedido a la réplica. Había pensado en detener un coche de alquiler y llegar hasta el hotel, pero era consciente que una muestra de ostentación como aquella no pasaría

desapercibida entre los habitantes de la réplica que el señor Delhi trataba de evitar. Así que esperó pacientemente hasta que avistó entre la maraña de vehículos, carros de comida, viandantes, bicicletas, ruidosas motocicletas y procesiones de hombres con el cuerpo pintado de rojo y el rostro encendido, un rickshaw de brillantes colores, desgastados por el paso del tiempo. Un anciano andrajoso le indicó la cantidad que le cobraría por llevarle, y Amadeo, sin más equipaje que un maletín —había encontrado en su interior dinero en efectivo, una tarjeta de memoria, un pad y un arma con dos cargadores, que llevaba encima—, se dirigió al hotel Vishnu. Allí no había tenido problemas para acceder a su habitación a pesar de su aspecto desaliñado. El señor Delhi la había reservado con antelación y había dejado instrucciones precisas respecto al trato que debían darle. Cuando entró en su cuarto, tuvo que decidir entre darse un baño o tomar un trago. Decidió que podía hacer ambas cosas, sin importar el orden.

Raúl detuvo el coche junto a la acera y abrió la portezuela mientras ajustaba su filtro a su cara, ocultando parcialmente el implante que recorría su mejilla.

—Vamos, comeremos en El Buda Sonriente, te encantará —dijo, indicándole con un gesto a Amadeo dónde se encontraba el restaurante.

En las calles se amontonaban los hombres y mujeres, caminando con parsimonia, chocando unos contra otros, abriéndose paso por las aceras sin levantar la vista del suelo. Amadeo vio las casas bajas de ventanas cegadas con tablones de madera, las luces de neón apagadas y quebradas, las farolas combadas como juncos azotados por el viento. Pintadas en las paredes —videored miente, piensa por ti mismo— se repetían por todas partes, un patético intento de hacer ver la realidad a personas que viven presas de la ceguera institucional. Habían terminado en el barrio de los Intocables, uno de los pocos recuerdos atávicos de la jerarquía de castas importada de la India que perduraba en Varanasi, y Raúl parecía sentirse muy cómodo allí. En la réplica los Intocables se habían convertido, como no podía ser de otra manera, en marginados, pero mantenían sus propios barrios ofreciendo servicios al resto, como restaurantes o tiendas de flores. Caminaron en silencio hasta la entrada del restaurante —dos frágiles puertas de cristal profusamente decoradas y guardadas a ambos lados por dos enormes representaciones doradas de buda—, Amadeo sumido en sus pensamientos, Raúl leyendo un informe en su terminal. En el interior Raúl saludó a los camareros con una formal inclinación de cabeza, y éstos le devolvieron el saludo con una sonrisa. Mientras les acompañaba hasta su mesa una joven de ojos pequeños y andares de pato, Amadeo pudo advertir que las sonrisas no desaparecían de los rostros del personal. Y cuando les sirvieron los platos que Raúl pidió por los dos —una fuente de arroz con gambas, otra de ternera con pimientos verdes y dos platos de tallarines al curry—, Amadeo empezó a sentir que aquellas sonrisas perennes podrían provocarle un estallido de rabia.

—Y bien, ¿qué coño ha sido de tu vida? Oí que te largaron a Kurtuba, pero no sé nada más —dijo Raúl, mirando por los amplios ventanales a la calle.

Amadeo miró también, atento a la evolución de una extraña procesión de hombres disfrazados de elefantes, quizá seguidores del culto de Ghanesa. Los hombres danzaban con movimientos torpes, forzados, mientras las mujeres —que exhibían ropajes dorados e intrincados dibujos grabados con tinta negra en su piel— hacían sonar campanillas a cada paso que daban. Tomó un trago de su cerveza antes de responder, intentando ganar tiempo, intentando pensar cuál era la respuesta correcta a aquella pregunta. Intentando borrar los recuerdos.

—Nada especial —dijo, consciente de lo estúpido que resultaba.

—Claro, tío. A mí no tienes por qué contarme nada —dijo Raúl, y se dedicó a la ternera.

Mientras comían, la colorida comitiva circuló por las calles de aquel olvidado barrio de Varanasi, tan alejado del río que mostraba hirientes síntomas de decadencia. Aquellos barrios no le preocupaban a nadie. La ciudad ignoraba todo aquello relacionado con las réplicas, y éstas realizaban la operación recíproca. Evidentemente, para aquellos lugares marginales que quedaban perdidos en las difusas fronteras que marcaba la Compañía significaba la paulatina degradación de sus servicios más básicos, hasta convertirse en verdaderos barrios fantasma, eriales de cemento y hormigón abandonados por sus habitantes en precipitada huida.

Raúl pidió una copa de licor de flores y buscó en sus bolsillos hasta que encontró una caja de pastillas. Tomó una y le ofreció la caja a Amadeo, que la rechazó con un gesto.

—No te noto muy comunicativo —dijo Raúl, y en sus ojos Amadeo advirtió el brillo del orkus.

—Mejor dime dónde encontraré al contacto —respondió Amadeo.

Raúl parpadeó varias veces y miró a la calle antes de responder. Después, con un gesto, le animó a que se acercara a su rostro.

—Casualidad, amigo, casualidad. Coincidencia, como todo en este mundo —comenzó Raúl, mientras Amadeo controlaba su deseo de estamparle un puñetazo en el rostro—. ¿Sabes lo difícil que resulta a veces comprender un hecho, unir todas las piezas, a pesar de que todas están ahí, y lo sabes? No debes menospreciar ninguno de los mensajes que te transmiten tus sentidos.

Amadeo sintió ganas de levantarse y abofetearle dos veces. La droga que había ingerido hacía que aquel tipo estuviera alucinando de alguna retorcida manera, convirtiendo su charla inocua en una explosión de retórica sin sentido. Sin embargo, no hizo nada. Se quedó allí sentado y esperó pacientemente, consciente de que debía obtener de él un nombre y una dirección antes de abandonar el restaurante. Además, la procesión en las calles no había terminado —sabía que durante el tiempo que

estuviera en la réplica vería muchas más, absurdas representaciones rituales de falsos adoradores de falsos dioses—, y no se sentía cómodo rodeado por multitudes, menos cuando muchos de los presentes llevaban rostros de tigre y largos implantes metálicos en sus nudillos.

—... mientras lo esperas. Desde luego, éste no es el caso —continuó Raúl, y Amadeo volvió a centrar la atención en sus palabras—. A nuestro amigo lo encontré a través de uno de mis proveedores, ya me entiendes, un chico de esos del río, con sus pintas y sus cosas raras. Tiene una amiguita muy mona, de esas que llevan el bindi en la frente y habla en esa jerga hindú de mierda y no lleva sujetador, pero lo importante no es la amiguita, como supones, sino lo que me dijo este tipo... ¿cómo se llama? Pseudo, se llama Pseudo. Pues el tipo ve la foto que llevo en el pad, y me dice que no sabe nada, que lo va a mover por ahí. ¡A moverlo por ahí!

Amadeo llamó con un gesto a la camarera y le pidió que volviera a llenarle el vaso. La joven, quizá coreana, quizá china, le dedicó otra de aquellas eternas sonrisas y volvió con una botella. Raúl cubrió su vaso con la mano para evitar que la mujer lo llenara, continuó su monólogo. En sus ojos la droga parecía haber dibujado un cuadro abstracto de venas y bastoncillos, una imagen indescifrable de adicción y temor. ¿Este hombre representaba la presencia policial de la Compañía en Vanarasi? Desde luego, explicaba muchas cosas. Podía comprender lo sencillo que le resultaba al señor Delhi sobornar a hombres como Raúl, contar con ellos para sus operaciones en la réplica y después destruirlos sin involucrarse.

—Tuve que darle un toque de atención para que supiera quién manda aquí, claro. Después de eso, se llevó la imagen para enseñarla por los barrios del río, con la esperanza de encontrar algo. ¿Qué pasó allí abajo, en el río, contigo, amigo? He oído historias raras, pero no se nada, sólo soy un contacto del señor Delhi, claro. No quiero saber nada más de lo que sé. Cobro mi dinero y no hago preguntas estúpidas. El hecho que es el tipo ése, Pseudo, me llamó. Me dijo que lo había encontrado, ¿sabes? Y no me quiso decir dónde. Le dije que la próxima vez que nos viéramos le mataría. ¿Y qué me respondió? Que al señor Delhi no le gustaría. Maldito listillo.

Amadeo se levantó, colocó la mano bajo la barbilla de Raúl, que prácticamente permanecía apoyada en la mesa, y alzó su rostro.

—El nombre y el número. Ahora.

Raúl hizo un gesto extraño y Amadeo le golpeó en el rostro con el dorso de la mano, derribándolo de la silla. Algunos comensales se volvieron tímidamente, pero una mirada de Amadeo hizo que volvieran la vista y siguieran comiendo en silencio. Amadeo advirtió que varios de ellos llevaban implantes de conexión en su rostro, y se sintió asqueado. Lo que antaño hubiera supuesto un símbolo de libertad, una muestra de rebeldía ante el sistema, se había convertido en una burla cruel desde que las compañías se habían apoderado de videored y habían implantado su control de la

información. Una camarera sonriente se acercó hasta ellos.

—¿Problemas? —susurró, sin perder la sonrisa.

Amadeo se puso en cuclillas, acercó el rostro al de Raúl, ignorando a la camarera.

—El nombre.

Raúl le miró con ojos desorbitados, sin saber a ciencia cierta qué había ocurrido. Intentó incorporarse, pero Amadeo lo evitó apoyando una mano en su pecho.

—¿Qué pasa contigo, tío? ¿Qué demonio te pasó en Kurtuba?

Amadeo le abofeteó con más fuerza, sin dejar de mirarle.

—¡Vale! ¡Vale! Déjalo ya, ¿quieres? —dijo Raúl, un hilillo de sangre resbalando por la comisura de sus labios—. El tío que buscas se llama Danny, y quedó en encontrarse contigo mañana, durante el Utsavam, en la balaustrada de las cometas, en uno de los ghat importantes, frente al templo de Sarasvati. Aquí tienes el maldito número.

—Bien —dijo Amadeo, tomando la nota de papel que el hombre caído le tendía, y se incorporó.

Raúl se limpió el labio con el dorso de la mano, mirándole. Amadeo sabía que estaba barajando sus posibilidades, evaluándolo. No dudaba que debía llevar un arma oculta en alguna parte, quizá en su chaqueta, pero no era probable que le disparara en un restaurante lleno de gente. No, al parecer temía demasiado al señor Delhi como para hacer algo así. Pagó la cuenta dejando unos billetes sobre la mesa, se despidió de las sonrientes camareras y salió a la calle, consciente de lo innecesario de lo que acababa de hacer.

Había comenzado a llover, una fina lluvia oscura y desagradable. Echó una ojeada al interior del restaurante a través de las cristaleras. Raúl estaba incorporándose, y le dedicó un gesto obsceno con la mano. Consciente de que no podría volver con aquel hombre, comenzó a caminar en dirección a avenidas más amplias, con la esperanza de encontrar un rickshaw libre. A su alrededor los restos de la procesión, desperdigados por las aceras y las calles, formaban un colorido collage de animales salvajes y dioses paganos. Pasó junto a un puesto de venta de frutas con aspecto de haberse podrido durante la noche, y se detuvo junto a otro en el que vendían coloridas estampas y enormes banderas que representaban a todo el panteón hindú.

—¿Tienes estampas de Asura? —preguntó, sacando la billetera.

El hombre, un escuálido anciano de ojos grises que fumaba una pipa de hueso, le dedicó una sonrisa mellada y rebuscó en unas cajas de cartón bajo el mostrador. Después, encogiéndose de hombros e indicándole con una mano el precio, le entregó la pequeña cartulina. Amadeo la tomó, pagó, y la guardó en su cartera sin ni siquiera mirarla. Ya tendría tiempo más adelante.

Diada observó su dedo anular con simulado interés mientras surgía la cuchilla y el acero quirúrgico alcanzaba la temperatura correcta, y después surcó el rostro del

joven casi con descuido, procurando recorrer la mejilla por completo, desde el labio hasta la base del ojo. El joven aulló, intentando romper las ligaduras que le retenían, pero sólo consiguió resbalar y caer al suelo. Mientras Diada se acercaba hasta él pataleó y gritó, intentando alejarse de ella. La mujer le miró con extrañeza ante de hablar.

—¿Qué se supone que estás intentando hacer? ¿Dónde pretendes ir? —dijo, abarcando el lugar en el que se encontraban con un movimiento de brazo.

El chico detuvo sus movimientos y miró a su alrededor, las pupilas dilatadas por el horror y el exceso de drogas. Todo había empezado aquella tarde, tras tomar aquellas pastillas con los dos clientes en el almacén del río. De pronto se había encontrado tumbado en el suelo, sin respiración, muy probablemente porque el hombre alto le había golpeado en el estómago. Había intentado decir algo, preguntarles qué demonios estaba pasando, pero entonces ella le había clavado algo en el cuello, una pequeña aguja, y la oscuridad le había llevado al mundo del delirio. Aunque se sabía despierto, a su alrededor todo había adquirido tintes de pesadilla. El hombre le había llevado consigo, alzándole como si fuera una marioneta de trapo y echándoselo al hombro. Ella caminaba detrás, aunque sus rasgos de desvanecían a cada paso que daban, como si en realidad les siguiera la bruma y adoptara formas familiares. Habían caminado hasta el río, bajo uno de los antiguos puentes de piedra, no podía recordar cuál, mientras ella hablaba y murmuraba y sus ojos brillaban de forma extraña.

Ninguno de ellos llevaba filtro, por eso había sabido que se trataba de alterados al momento. Sin embargo, tenía costumbre de no realizar preguntas, y si aquellos tipos querían droga, él podía conseguírsela. Incluso la mismísima orkus si era lo que buscaban. Pero nada había salido como estaba previsto.

—Te lo preguntaré una vez más, sólo una. Quiero el nombre de tu amigo, y su dirección. Haz que sea rápido, no lo alargues. Sabes que no tienes aguante para ésto —dijo la mujer, mirándole, y el joven comenzó a lloriquear.

—Danny, se llama Danny —balbuceó, incapaz de controlar las lágrimas—. Vive en Chandika, en los pisos verdes, donde cuelgan los faroles. Tiene una novia, Gina, que vive en la calle Mamangam, en la periferia.

Después acarició la última cicatriz que ella había trazado en su rostro, una de las varias que había realizado antes incluso de tener intención de preguntarle. No sangraba, había cicatrizado en el mismo instante que había realizado el corte. La mujer, que se había acuclillado junto a él, se incorporó y dio media vuelta.

—No me hagas más daño —suplicó el joven, temblando.

Ella volvió el rostro y le sonrió.

—Claro que no, cariño. Un trato es un trato.

Entonces el otro hombre dio un paso hacia él, extrajo un arma de su chaqueta y le

disparó en el rostro.

5

Siempre has estado aquí.

No recuerdas haber salido nunca de este lugar, no conoces otra realidad que no sea la que forman estas cinco habitaciones. Durante los últimos años te has encontrado confinado entre estos muros, ajeno a la realidad que existe en el exterior. Nunca te han ocultado que, más allá de esta cárcel de paredes blancas y mobiliario blando, se desenvuelven las vidas de millones de personas iguales que tú. O quizá no exactamente iguales; quizá sean iguales a él, y tú sólo seas algo que no debiera existir, algo que no debiera estar ahí. Quizá —aunque nunca lo has preguntado— no sea él el objeto de investigación, sino tú. Pensarlo hace que el vello de tu piel se erice, y sientes una sensación cercana al miedo. Sin embargo, nunca lo preguntarás; temes que si formulas la cuestión a la persona equivocada, nunca vuelvas a ver a ninguno de ellos, y de alguna retorcida forma que no alcanzas a comprender, ansías su presencia.

El día a día es una rutina que nunca se modifica, y aunque pudiera parecer dolorosa esta soledad, no lo es tanto, ya que sabes que todos los días, a la misma hora, verás los rostros de las personas que te mantienen en tu cautiverio, y a la vez te cuidan. Esa extraña dualidad, esa terrible sensación de sentirte prisionero y al mismo tiempo cuidado por estas personas que detestas, te mantiene intranquilo, sabedor de que antes o después algo ocurrirá. Un hecho aislado, un momento de asombro; algo que te hará reaccionar y decidir por una de las opciones que barajas en tu mente.

Mientras esperas que las luces del techo se enciendan, das vueltas en la cama, intranquilo. Llevas despierto algunos minutos, y sabes que gracias a las cámaras que continuamente te monitorizan ellos también lo han advertido. Recuerdas que durante meses has buscado por las paredes blancas señales de cámaras o micrófonos, alguna evidencia que confirme tu suposición de que siempre te mantienen bajo observación, pero nunca has encontrado nada. Te agota la necesidad de disimular, de hacerles pensar que tu interés en las paredes no representa un peligro para ellos. Has desistido hace meses, consciente de que aunque las encontraras, no serviría más que para que las cambiaran de lugar, y a continuación recibir una reprimenda o provocar algún castigo. Y no es eso lo que quieres. Quieres que te traten como a uno de ellos, que te hablen, que te traigan las revistas que te mantienen informado de lo que ocurre en el mundo real y mantengan tu conexión a videored, que te preparen la comida que solicitas, que no permitan que él se desate y camine a tu lado.

Las luces se encienden. Lo hacen gradualmente, permitiendo que vuestros ojos se adapten al incremento mientras te desperezas y abandonas la cama. En este cuarto que consideras tu dormitorio apenas hay muebles: una mesilla baja lacada en blanco de bordes redondeados sin cajones, una cama amplia de sábanas blancas y colchón de muelles, un armario estilizado panelado con cristaleras. Sobre la mesilla descansa el

libro que estuviste leyendo ayer, el libro que te trajo la mujer a la que llamas madre hace ya muchos años. A veces, cuando miras el rostro redondeado de esa mujer y descubres su mirada cargada de cariño, temes que descubra alguna vez que al menos uno de vosotros sabe que ella no es vuestra verdadera madre. Sin embargo, la quieres, ambos la queréis, y os duele su ausencia.

Te levantas de la cama y caminas hasta el cuarto de baño. Siempre te mueves desnudo por las habitaciones, aunque sabes que ellos prefieren que lleves las ropas blancas y asépticas que dejan colgadas en el armario. Has notado varias veces como las mujeres te miran con mal disimulada curiosidad cuando hablan contigo, y sabes que una vez en el exterior, más allá de tu cárcel nevada, deben comentar entre ellas y hablar de tu cuerpo, de ti. Nunca hablarían de él. Dejas que el agua de la ducha se deslice por tu cuerpo y te transmita el frío que atraviesa tu piel. Su piel. En ocasiones te resulta difícil recordar y comprender quién eres. Quiénes fuisteis.

Sales de la ducha y secas tu cuerpo con una toalla. Oyes un silbido metálico, y sabes que alguien acaba de entrar en tu santuario. Todavía pasarán unos minutos antes de que termines tu aseo y salgas del dormitorio, pero el hombre que se denomina a sí mismo doctor Ramiro está ya ocupando su silla. La exquisita puntualidad de todos los visitantes te exaspera, hasta el punto de que olvidas tus tareas pendientes y sales anticipadamente al encuentro del doctor. Cuando te ve entrar en la sala levanta la mirada, y descubres un gesto de asombro mal disimulado en sus ojos. Sabes que para ellos cualquier mínimo cambio en tu conducta se transforma en una señal de alarma. Todo tiene que ser apuntado, medido, analizado. Si supieran todo lo que tú sabes acerca de ellos, tendrían más cuidado en su trato. Mucho más cuidado.

—Siéntate —te dice, con voz ronca.

No recuerdas que te haya dedicado nunca un nombre. Ni siquiera eres consciente de tener un nombre, algún referente que te diferencia de otros. Todos ellos tienen nombre, pero no se han dignado a darte uno. Sólo conoces una referencia, una palabra apuntada en un historial, una sucesión de letras arbitraria que identifica el proyecto del que formas parte. Durante muchos años no fue así. En tu mente los recuerdos son una bruma oscura y maloliente, impenetrable si no es tras gran esfuerzo. Y los recuerdos no son agradables, no son tuyos. El rostro de vuestra madre —la verdadera, la olvidada— sirviendo un plato de comida, la mirada de tristeza de tu padre, de pie junto a la puerta, cámaras de seguridad grabando todos tus movimientos, la sensación de cansancio y los cambios de humor, el olor y el dolor. A veces cuesta, a veces duele.

Miras al doctor Ramiro con tus nuevos ojos, consciente de que te ha preguntado algo que no has oído.

—¿Cómo te encuentras hoy? —repite, extrayendo su pad del bolsillo y

colocándolo sobre la mesa.

Respondes a las preguntas con parsimonia, sin mostrar aparente interés. En realidad tu mente no está en la conversación. Te centras en sus movimientos, en sus gestos, en las notas que escribe en su terminal. Hace tiempo aprendiste a leer lo que escribía sin necesidad de mirar directamente. Eso te ha dado una ventaja, te ha permitido comprender cómo os ven ellos. Enfermos, pero a la vez poderosos. La charla inocua continúa y, sabedor de las respuestas que debes proporcionar, te evades de este ritual de preguntas y respuestas y te deleitas observando sus notas. Utiliza un puntero azul de fibra de vidrio para trazar los signos sobre la pantalla, signos que luego el software interpreta y convierte a texto. ¿Por qué dejan que sepas todo esto? ¿Por qué no evitan que adquieras esos conocimientos? Llevas mucho tiempo pensando en ello, y has reducido las posibilidades a dos únicas opciones: o bien consideran que los conocimientos que adquieres no representan ningún peligro para ellos, o bien nunca te dejarán abandonar este lugar.

Vosotros sabéis que en ambas cosas están equivocados.

—Hoy te noto disperso —dice el doctor Ramiro, mirándote con fijeza—. Recuerda que tenemos jornada de análisis.

Sonríes, o al menos simulas con los movimientos de tu rostro modificado lo que ellos identifican como una sonrisa. No debe decirte nada; sabes que hoy deben trasladarte a una habitación especial, esa que siempre permanece cerrada con llave y contiene toneladas de equipo informático y médico, para realizarte los consabidos análisis. En una de las paredes del cuarto han instalado un espejo que la recorre de lado a lado, y sabes que tras él se ocultan todos los doctores y visitantes y curiosos y gente relacionada con tu supervivencia. Ellos no creen que puedas saberlo, y por ello los desprecias. Antes los temías, piensas mientras el doctor Ramiro se despide y sale del cuarto, ahora los desprecias. Cuando la puerta se abre y el doctor sale, tienes una fugaz visión del pasillo al otro lado. Una ráfaga de gris, la textura de la piedra, el cuerpo de un hombre vestido de negro que porta un arma automática. Si pudieras verlo de cerca, si pudieras valorar la situación por completo. Pero toda acción conlleva un riesgo, y vosotros estáis dispuestos a correrlo.

Las horas transcurren con pereza a la espera de que los doctores regresen para proceder con el análisis. Hablas con las paredes, lees alguno de los libros que te han traído, haces un poco de ejercicio físico en la habitación habilitada para ello. Realizas varios ejercicios de retentiva, almacenando en tu memoria los mnemotécnicos que te permitan controlarle. Has leído tanto sobre modificaciones y alterados que en tu interior ardes de deseo de conocerlos. Sabes que caminan con libertad por las calles, que andan sin miedo entre los hombres, que los consideran sus iguales. Tú también podrás andar por las calles, ver la luz del sol. Aunque esos tópicos no te interesan; lo que tú buscas es mucho más prosaico: volver a ver a tus padres.

Tus padres.

Te viene a la mente el recuerdo de tu madre, sentada a los pies de tu cama, mirándote con cariño. Ves como sus pupilas se dilatan cuando te incorporas, y cubre su boca abierta con una mano temblorosa. Ves como sus ojos se fijan en las pequeñas cámaras de las paredes, que graban todo lo que ocurre en tu casa, que giran para seguirte cuando caminas, que te espían y te asolan sin que puedas hacer nada contra ello. Tu nueva madre, asustada de ti. Te deleitas con su imagen, con su olor. Entonces, con lágrimas en los ojos, ella comienza a hablar, y su voz es dulce y nada parece estar mal.

—Voy a contarte un cuento, cariño. Un cuento hermoso y triste.

Y escuchas embelesado la historia del hombre de la armónica, cuya única razón de existir es encontrar a los hombres que mataron a su hermano. Escuchas cómo el hombre vuelve de la misma muerte para vengarse, para acabar con aquéllos que terminaron con la vida de su hermano. Los busca, los caza uno a uno. En el instante final, cuando se encuentra cara a cara con el último, cuando ve en los ojos de su víctima el reconocimiento de la llegada del ángel de la muerte, es en ese terrible momento cuando alcanza la paz su alma torturada. Y esa historia —tan inapropiada, tan extraña— te reconforta y te asusta, y esa historia te dice lo que debes hacer cuando los hombres de blanco vienen a llevarte, a separarte de tus padres. Recuerdos teñidos de rojo sangre, de dolor, de gritos y súplicas.

De perdón.

Oyes el familiar silbido que emite la puerta de entrada y sabes que los doctores del análisis han llegado. Sales del cuarto de entrenamiento y te muestras ante ellos tal y como siempre has sido, arrojando a un lado la máscara que os habíais autoimpuesto. Siempre fuisteis dos. Un niño atrapado en el cuerpo de un monstruo, un monstruo atrapado en la mente de un niño. Nunca más será así. Ahora puedes mostrarte tal y como siempre has sido. Mostrarles lo que siempre han temido.

—Por el amor del cielo —dice la mujer joven, dejando caer al suelo el recipiente que contiene los pequeños adminículos de plástico en los que recoge las muestras de tu sangre.

Antes de que toquen el suelo has llegado hasta ella, hundiendo tus apéndices modificados en su vientre, sintiendo su respiración entrecortada, su olor a frambuesa prendido en su pelo, su mirada de horror mayúsculo que se desvanece y pierde fuerza a medida que la sangre empapa su bata blanca. Los otros dos hombres retroceden hacia la puerta lo más rápido que sus reflejos les permiten, pero han tardado casi cuatro segundos en comenzar a reaccionar. Tú no necesitas tanto tiempo para lanzar el cuerpo de la doctora contra una de las paredes y cazar al segundo de ellos, atravesando su rostro petrificado en una mueca aullante. Notas como se agita entre tus dedos como una marioneta, y sonríes. Sonríes no como ellos te han enseñado,

sino como vosotros siempre habéis sabido. El tercer hombre consigue abrir la puerta y cae al exterior vomitando, de rodillas, dándote la espalda. En tus fugaces observaciones recuerdas que al menos dos hombres armados te esperan en el exterior, así que saltas al techo y esperas allí unos segundos, dándoles tiempo para reaccionar.

El silencio ha sido alterado por el sonido de las sirenas, y tu habitación se tiñe de un color rojo ardiente. Sabes que las cámaras os estarán grabando, sabes que esos hombres no se atreverán a entrar hasta que no estén seguros. Sin embargo, ellos no conocen tus verdaderos planes. Así que cuando hundes tus manos en las blancas paredes del techo, destrozando ladrillo y yeso, descubriendo la entrada del conducto de ventilación, sonríes de nuevo. Has estudiado mucho tiempo todos tus movimientos, nadie va a deteneros ahora. Nadie.

Los hombres armados entran, probablemente obedeciendo órdenes, temiendo que escapes por los conductos del aire. Nunca has tenido esa intención. Saldrás por la puerta, andando. Los hombres disparan contra las sombras del cuarto, buscándote. Saltas sobre ellos y acabas con sus vidas causándoles el mayor dolor posible, hundiendo tus garras en sus cuerpos y dejando que sus vidas escapen entre tus dedos. No quieres controlarte, pero te asustas al advertir lo mucho que disfrutas con ello. Sales al pasillo. Todo a tu alrededor tiene el color de la sangre. Sabes que tendrás que recorrer mucho camino antes de salir de allí, que intentarán cazarte y evitar que alcances la salida.

No lo conseguirán.

Despierta.

La lluvia cae sobre su cuerpo desnudo, y la sensación es agradable. Aparta algunos cartones que cubren su cuerpo y se incorpora. Mira al cielo, y las piernas le flaquean al comprobar la inmensidad de la bóveda celeste. La Nube, esa entidad grisácea que cubre el firmamento, no le resulta desagradable. La ve como una extensión de su yo, una expresión de la soledad que le rodea. Se apoya en uno de los cubos de basura que descubre junto a su cuerpo. A lo lejos oye el rumor del tráfico, en el exterior de la calle. Camina hacia allí, consciente de que debe evitar que la gente se fije en él, consciente también de su diferencia. Sin embargo, algo le dice que allí no es un extraño, que hay otros como él, escondidos, esperándole. Los buscará y hablará con ellos, encontrará una identidad. No volverá a hacer daño a nadie, no volverá a derramar sangre si no es absolutamente necesario. Buscará a su madre, la encontrará, todo volverá a ser como antes. Como antes. No quiere hacer daño a nadie, no quiera que vuelva a ocurrir lo mismo otra vez. Recuerda los cadáveres en la calle, los gritos, la sangre. Todo eso debe terminar, debe alejar de sí la violencia y volver a ser lo que era. Recuerda lo que hizo, y tiembla. Tiembla de miedo y excitación, porque las víctimas sufrieron y gritaron, y en sus gritos de horror le concedieron un nombre. Ahora ya sabe quién es, ahora ya puede denominarse a sí mismo. Ahora

tiene una identidad, y puede pensar en sí mismo como un ser humano completo. Ya tiene lo que más anhelaba, ya posee un nombre.

Asura.

6

Sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra, aspirando el aroma profundo del incienso, se entretuvo observando como ardían las varillas. Las habían colocado en el interior de un jarrón de vidrio azulado y la ceniza se deslizaba por el cristal trazando extraños símbolos. Recorrió con la mirada las sendas formadas, caminos de ceniza que convergían en ilusorios destinos, intentando descubrir en aquella improvisada caligrafía cartográfica el plano de alguna ciudad milenaria olvidada por la humanidad. Advirtió entonces que estaba sudando. Sentía la frente empapada, la camisa adherida a su cuello y su espalda. Buscó un pañuelo en su bolsillo y secó sus manos y sus cejas. Le escocían los ojos, una mezcla de sudor y del ambiente cargado. Un sabor ácido se había instalado en sus labios, y notaba la piel de su rostro tirante. Oyó voces en el exterior, voces de hombres discutiendo en voz alta, gritando insultos y maldiciones. Al cabo de unos minutos la conversación se suavizó, y poco después las voces callaron. El cuarto quedó de nuevo en silencio.

Se levantó y caminó hasta una de las paredes del cuarto, la que presentaba una abertura irregular practicada en la pared de adobe y servía de ventana. Miró a la calle, a la multitud que avanzaba hacia la mezquita antes incluso de que el muecín realizara la llamada desde el minarete. Mientras veía caminar a aquellas personas se sintió ridículo, atrapado en un mundo que no era el suyo, un anacronismo disfrazado de creyente. Volvió a su posición, sentado sobre la alfombra. A un lado alguien había dejado una pipa de agua, así que tomó la boquilla, cerró los ojos y aspiró una bocanada. De inmediato se sintió mejor. Dejó que aquel merecido bienestar inundara sus pulmones, su cuerpo. Su mente voló. No le quedaba mucho tiempo allí, en aquel lugar que despreciaba y temía. No tardarían en venir a buscarle. Los días transcurrían con pereza, la espera se convertía en un árbol de espinas que torturaba su paciencia. Expulsó el aire, aspiró otra bocanada. Pronto tendría que abandonar aquella habitación, pronto volvería a casa. Todo se había resuelto como esperaban, pronto vendrían a buscarle y le sacarían de allí. Y los mudéjares, hombres con cicatrices rituales en su rostro y armas beatificadas que habían tomado ese nombre para sí arrancándole su verdadero significado, no volverían a saber nada de él. Nada. Sonrió y expulsó el aire retenido; después abrió los ojos.

Un hombre joven, desnudo, el rostro surcado de cicatrices, se había sentado frente a él. Le temblaba el labio inferior, tenía manchas de sangre seca en los hombros y en el pecho. En una mano sostenía una tetera de plata, en la otra un pequeño vaso de cristal. Sirvió lentamente leche caliente de la tetera en el vaso y lo dejó sobre la mesa, frente a él. Después, tomando una bandeja con dátiles y almendras, la alzó y se la ofreció.

—As–salamu aleikum —dijo con voz suave.

Amadeo despertó gritando. Tardó unos instantes en recordar dónde se encontraba. La luz del sol, pugnando en dura lucha con las grises hebras que configuran la Nube, se filtraba por las rendijas de la persiana, iluminando la habitación. Una música persistente —mezcla de tambores, sonidos procedentes de alguna visita rápida al continente africano y voces sampleadas de un programa de radio— brotaba de los altavoces del hilo musical, repartidos sin sentido lógico por el cuarto. Estiró el brazo y cogió el despertador que había dejado en la mesilla, sobre el maletín. Las once y media. Amadeo se levantó procurando no caer (todavía quedaban en su cabeza y en su boca residuos de la borrachera de la noche anterior, una extraña y no planeada velada que había terminado en la barra del hotel, cuando el camarero le había acompañado amablemente hasta su cuarto) y se introdujo en el cubículo que hacía las veces de ducha. Apenas pudo disfrutar de tres minutos de agua antes de que la cortaran, una limitación que tendría que consultar con la dirección del hotel. Maldiciendo, se secó mientras activaba su pad y marcaba el número que Raúl le había dado la noche anterior. Raúl, uno de los tipos más insoportables que había tenido la desgracia de conocer cuando trabajaba para la Compañía. Siempre metido en asuntos sucios, siempre traicionando a los demás para salvar la cabeza. No era de extrañar que hubiera sido su primer contacto allí. Lamentaba lo que había hecho, pero ya no podía arreglarlo. Había perdido su contacto en la réplica. Ahora estaba solo. No le preocupaba demasiado.

—¿Sí? —respondió una voz soñolienta.

—Soy el hombre que quiere la información —dijo Amadeo.

—Claro. Nos veremos hoy en la balaustrada de las cometas, junto al Ganga —comenzó la voz, más clara—. No tiene pérdida. Baja por el puente de Chitrakuta hasta el templo de Kali, y luego desciende por el ghat hasta el río. Una de las plataformas que encontrarás junto al ghat está repleta de gente con cometas. Allí estaré yo.

—¿Cómo te reconoceré? —preguntó Amadeo.

Hubo un silencio, después una tos y una conversación en voz baja con otra persona, quizá una mujer. Después la voz volvió a hablar, esta vez más autoritaria, como si quisiera impresionarle. O quizá impresionar a una tercera persona presente.

—Yo te reconoceré a ti. Antes de llegar a la plataforma te detendrás en el puesto de las flores cercano y comprarás un ramo de rosas negras. Son para mi novia. Te espero dentro de dos horas —respondió la voz, y Amadeo se sintió como un estúpido, atrapado en una historia sin sentido.

Todo aquello era absurdo, todo carecía de sentido. ¿Qué hacia él metido en aquella historia? ¿Por qué el señor Delhi había esperado que fuera el mismo Amadeo quien encontrara al detective Cabero? ¿Qué significaba para él la justicia poética? Durante unos segundos intentó enlazar el rompecabezas en su mente, comprender qué

era lo que estaba ocurriendo, y cuando todo pareció encajar, sintió una oleada de pánico. Sin embargo, ya no podía retroceder. Todo le había conducido a este reencuentro. A volver a ver al hombre que acabó con su anterior vida y, de alguna retorcida manera, le envió tras él.

—¿Oye? —dijo la voz al otro lado de la línea, una voz joven que perdía autoridad a cada palabra.

Su novia, aquel estúpido traería a su novia con él. Aquel joven no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, no entendía nada. Había encontrado de rebote un filón de oro. Quizá una conversación oída en un bar, quizá un exceso de confianza de algún conocido. Pero nadie le había hablado de los riesgos que conllevaba obtener la recompensa. Más tarde o más temprano lo descubriría, y no sería agradable.

—Allí estaré —respondió Amadeo, y colgó.

Gina estudió el reflejo distorsionado de su rostro que el espejo le devolvía. Lo había roto tres años atrás. Había discutido con su hermano tras una mala conexión a videored —uno de aquellos mundos guiados donde se castigaba a los novatos con demasiada fuerza—, y prefirió volcar su rabia contra un objeto que contra un miembro de su propia familia, por ínfimo que fuera el sentimiento que los unía. Después, consciente de que sus padres no iban a comprar otro y ella no disponía de suficiente dinero, lo había cubierto con un pañuelo negro. Con el paso del tiempo, había llegado a olvidar que una vez existió un espejo en su cuarto. Cuando conoció a Danny y le invitó a su casa —un día que sus padres habían salido y su hermano, como era costumbre, permanecía enganchado a videored—, él había preguntado con curiosidad qué era lo que se ocultaba tras el pañuelo negro. Durante los últimos meses ella había añadido cientos de cuentas de colores sobre el pañuelo, formando un rostro abstracto. Una representación desvirtuada de ella misma. Danny lo había mirado con atención, había pasado la yema de los dedos por las cuentas y a continuación había acariciado el rostro de Gina. Después la había besado. Cuando, al amanecer, él se marchó, Gina ya había decidido que había llegado la hora de retirar aquel manto oscuro y volver a mostrar en el reflejo su verdadero rostro. Descubrió líneas quebradas que trazaban un complicado mapa de fronteras imposibles y, perdidos en aquellos reductos imaginarios, fragmentos de su rostro que le devolvían la mirada. Desde entonces todas las mañanas se sentaba frente al espejo y estudiaba su rostro, procurando que la configuración de las líneas que lo surcaban ocultara su bindi. Un gesto simbólico que le recordaba su primera noche con Danny y le deba fuerzas para afrontar el día.

Se colocó un pendiente en la oreja, una diminuta representación de un caza alemán empleado durante la Segunda Guerra Mundial, y se dispuso a salir a la calle. En el pasillo se encontró con su hermano. Le saludó con la mano, pero éste no le devolvió el saludo. Muy probablemente seguía perdido en sus mundos privados de

sexo fácil y violencia gratuita. Miró en la cocina, pero su madre debía haber logrado arrastrarse hasta su cuarto y acostarse. No había señales de la presencia de su padre por ninguna parte. Salió dando un portazo y bajó las escaleras de su edificio hasta la calle. Una vez allí se encaminó hacia la zona baja cercana al río, donde vivía Danny. Había quedado en recogerle para encaminarse a la cita con un hombre que debía llamarle hoy. No quería que nada saliera mal; todo debía rodar a la perfección para que pudieran salir de aquella maldita réplica y alcanzar una vida aceptable en otro lugar. Por ese motivo había querido acompañarle, estar a su lado en ese momento tan importante para ambos. Ver con sus propios ojos cómo todos sus anhelos se cumplían, cómo la nueva vida que Danny le había prometido adquiría consistencia y se volvía real.

Caminó con paso rápido por la avenida Madhava, sin prestar atención a las personas con las que se cruzaba. Rostros serios que se perdían en el interior de tiendas mal iluminadas, frentes marcadas con tiza que se internaban por callejuelas oscuras que conducían al río. Las torres del templo de Ghanesa lanzaban sombras danzantes sobre la margen del río, sombras que se deslizaban por los ghat como si tuvieran vida propia, una compañía de enorme elefantes danzando al ritmo moribundo de las aguas. Gina evitó acercarse demasiado al Ganges, incorporándose por pequeñas calles al tráfico de personas que no tienen nada mejor que hacer que caminar por Varanasi, a la espera de que algo diferente se cruce en sus vidas. ¿Cuántas de aquellas personas disfrutarían de un trabajo?, se preguntó mientras pasaba al lado de un hombre desnudo sentado en la acera, que retorcía su pierna sobre la cabeza y suplicaba una limosna sosteniendo una escudilla en su mano temblorosa. ¿Cuántas sentían que esta vida les negaba el futuro? Ninguna, todas. No tenía ninguna importancia. Salir de allí no era posible, ella lo sabía. De alguna u otra manera, todos estaban marcados. Ya por el odioso lunar en la frente grabado en la piel quirúrgicamente, ya de una forma interior menos visible a simple vista, pero igual de llamativa para los que vivían en el exterior de la réplica. No, para ellos no existía otra oportunidad que permanecer allí y esperar, dejar pasar melancólicamente el tiempo, rezar para que ocurriera lo imposible.

Llegó al puente Chandika y caminó hacia la casa de Danny. Era una pequeña estructura de dos plantas de madera verde —en realidad, un material mezcla de varios productos plásticos que simulaba la madera— rodeada por un pequeño huerto abandonado y un jardín de plantas de interior. Gina abrió la portezuela de la verja de entrada y llegó hasta la puerta de la casa avanzando por un estrecho camino de tierra gris. Llamó dos veces con los nudillos y esperó. Sabía que hacía ya meses que habían desconectado el timbre, como medida de ahorro de electricidad. Unos segundos después la madre de Danny abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Pasa, guapa, Danny te está esperando en su cuarto. No sé que os traéis entre

manos, ya me lo contaréis.

Gina sonrió y pasó al interior. Dentro hacía calor. La madre de Danny procuraba mantener encendida la calefacción durante todo el día, no importaba la temperatura que hiciese en el exterior. Incluso en verano, aunque debido al calor que se generaba la mantuviera al mínimo. Decía que era bueno para sus plantas, y tenía la casa llena de ellas. Viendo el estado en el que se encontraban —rosas marchitas, girasoles apagados, ficus de hojas marrones combados hasta quedar apoyados contra la pared — no parecía que el sistema funcionara tal y como debiera. Con el paso de los años Danny se había acostumbrado al calor, pero para Gina se convertía en una molestia en cuanto traspasaba el umbral. Además no llegaba a comprender la relación entre aquel gasto superfluo y los continuos intentos de ahorro, casi ridículos, que ella trataba de llevar a cabo y Danny le contaba para hacerla sonreír. Notó cómo comenzaba a sudar y se sintió incómoda al instante. Pensó en quitarse la blusa, pero recordó que no llevaba siquiera un sujetador debajo, así que se contentó con desabrocharse un par de botones y aceptar la bebida que le ofrecía la anfitriona.

—Anda, sube a hablar con él, que ya estará nervioso —le dijo, indicándole las escaleras.

Gina tomó un trago de la bebida —estaba templada, y sabía a una extraña mezcla de manzana, naranja y otras frutas inidentificables—, se la devolvió a la mujer con una sonrisa, y subió las escaleras corriendo. Al abrir la puerta de la habitación de Danny le vio hablando por teléfono.

—¿Quién es? —preguntó, y Danny le hizo señas para que se callara mientras cubría con su mano el auricular.

—Es ese tipo, no te preocupes —susurró, y continuó hablando por teléfono.

Gina se entretuvo recorriendo la habitación con la mirada. Danny había querido decorarla como un mausoleo, con representaciones de lápidas grabadas en las paredes y calaveras y huesos por todos lados, pero su madre había impuesto unas normas rígidas de decoración para toda la casa y él no podía hacer nada para evitarlo. Las paredes habían sido empapeladas en un color similar a la melaza, y el joven había intentado ganarle terreno al enemigo clavando en las paredes una decena de posters. Incluso en ello su madre había impuesto una severa criba, relegando al armario algunos de los más escandalosos, en sus propias palabras. Gina se acercó hasta uno que representaba a varios aviones alemanes en posición de bombardeo sobre la silueta de una ciudad devastada, y acarició el pendiente que llevaba mientras sonreía.

—Ya está —dijo Danny tras colgar el teléfono, volviéndose hacia ella.

Gina se acercó hasta él y dejó que la abrazara mientras le besaba. Cerró los ojos, sintiéndose protegida, completa. Estar con él la hacía sentirse importante, tan importante como nunca antes se había sentido. Había oído murmurar a su madre acerca de su relación, trivializándola, intentando convencerla de que aquella pasión

prematura marchitaría y se transformaría en una expresión desganada de cariño. Aquello la irritaba. ¿Qué sabría su madre lo que ella sentía cuando los brazos de Danny la estrechaban contra su cuerpo? ¿Qué sabría de ella del sabor dulce de su lengua?

—Tenemos que estar allí dentro de dos horas, cariño —dijo Danny, separándose de Gina—. Hay tiempo, así que si te parece bien podemos ir andando. Para despedirnos del barrio.

Gina sonrió.

—Claro. Claro. Será perfecto, Danny. Todo va a salir bien.

Danny asintió con la cabeza, la besó de nuevo y se dio la vuelta para buscar una camisa negra en el armario. Todos sus movimientos resultaban eléctricos para ella, llenos de pasión. Le observó mientras se cambiaba, diciéndose a sí misma que no podía perderle, que aquel sería para siempre su compañero, su amigo, su amante. Danny notó que ella le miraba sin parpadear y le dedicó un guiño y una sonrisa. Después, tomándola de la mano, bajaron las escaleras y se dirigieron a la puerta de entrada. La madre de Danny les alcanzó cuando se marchaban.

—Sed buenos, ¿de acuerdo? Que no me entere yo por terceros que ocurre algo malo —dijo, secándose las manos con un trapo.

Danny la abrazó con fuerza y la besó en la mejilla. Sosteniéndola por los brazos asintió un par de veces.

—Mamá, vas a estar orgulloso de mí —dijo mientras abría la puerta y salían—. Papá también.

Gina se despidió agitando la mano y salieron a la calle. La madre de Danny se quedó de pie, en la puerta, mirándolos con una terrible sensación de extrañeza. De pronto se sentía insegura, asustada. Algo en las palabras de su hijo le había provocado un escalofrío. Quizá sólo había sido el tono de voz que había empleado, quizá la mención de su padre. No lo sabía, pero le preocupaba. Siguió con la mirada a los dos jóvenes mientras bajaban por el puente en dirección al río, y no se decidió a entrar en casa hasta que los perdió de vista.

En el salón, sobre una mesa de cristal, había colocado una foto enmarcada de su marido. Descansaba junto a un pequeño jardín zen que ella misma había fabricado, con arena y piedras de río. Él siempre había dedicado horas y horas a sus jardines, guardando arena y tierra en botes de cristal, seleccionando las mejores piedras. Ella nunca había compartido su afición. Tras perderle había decidido crear uno, una expresión de su amor y su arrepentimiento por no haber podido pasar más tiempo a su lado. Verlo allí todos los días la ayudaba a superar la pérdida que había significado su muerte. Tomó la foto entre sus manos y besó el rostro de su marido. Después, con cuidado, la colocó en el lugar exacto en el que previamente se encontraba. Volvió a la cocina. El estofado que preparaba despedía un olor suave y agradable. Levantó la

tapa que cubría el cazo y lo removió con una cuchara de madera.

—No sabes lo que te vas a perder para comer, niño —murmuró para sí tras probar un poco de caldo.

Se entretuvo regando las plantas mientras la comida terminaba de alcanzar su punto adecuado. Había adquirido una regadera que representaba el cuerpo de un elefante, y se divertía pensando en la ridícula situación de aquella deidad de cabeza de paquidermo chorreando agua por su trompa para alimentar a sus flores. Aunque debía ser cuidadosa con aquellas cosas, claro, porque la niña de la que Danny se había enamorado debía ser una devota, tal y como mostraba su bindi. Sin duda sus padres serían adeptos de alguno de aquellos templos recargados repletos de flores brillantes y guirnaldas de colores, y acudirían semana tras semana a dejar como ofrenda esos pequeños cestos con velas prendidas en su interior. Dejó la regadera en su sitio original, junto a varios maceteros nuevos. Los había comprado para sustituir algunos que se habían roto y para transplantar algunos esquejes del jardín que, a pesar de la falta de luz natural, habían sobrevivido. Volvió a la cocina. Recogió unos vasos sucios de la encimera y los colocó en el fregadero. Los fregaría más tarde, cuando terminara de comer. Pensó en Danny mientras probaba de nuevo el caldo. En su actitud rebelde, en sus ansias de superación, en el respeto y cariño que le profesaba. Sonrió. Su marido habría estado orgulloso del chico. Y de la educación que recibía.

Entonces llamaron a la puerta.

La mujer dejó la cuchara en el cazo y se dirigió a la entrada. Pensó que se trataba de Danny, que habría olvidado algo y había vuelto a recogerlo. Le ocurría a menudo: era un joven despistado, característica que había heredado de su padre. Se excusaba con facilidad, aludiendo a todas las cosas que tenía en mente. Le recordaba siempre activo, siempre enfrascado en sus planes, siempre intentando abordar nuevos temas cuando los anteriores no daban más de sí. Proyectos, eternos proyectos, pensó la mujer mientras abría la puerta.

Fuera, una mujer delgada le dedicó una sonrisa de lobo, repleta de dientes afilados.

—Señora, vamos a tener que hablar un rato —le dijo, empujándola hacia el interior con una mano pequeña y fría.

Tras ella apareció otro hombre, grande, de movimientos torpes. La madre de Danny descubrió en la mirada de la mujer que algo no marchaba bien. Más aún, algo iba rematadamente mal. Retrocedió un paso. El hombre derribó una mesa, aplastando un puñado de rosas marchitas que se deshicieron en polvo bajo sus botas. La mujer delgada se acercó hacia ella. Sonreía.

Cuando se disponía a gritar, una mano de dedos fríos y afilados cubrió su boca.

Krishna caminó hasta el río con paso lento y gesto afectado.

—Ah, estáis ahí. Necesitaba algunos oyentes —dijo, dirigiéndose a la multitud

que se agolpaba a su alrededor—. Si me permitís el atrevimiento, os contaré la historia de la Creación.

Surgieron algunos murmullos de desaprobación y risas contenidas. Krishna hizo caso omiso de ellas, y envuelto en sus ropas negras que le cubrían de la cabeza a los pies, bailó una danza mientras continuaba su narración. En el cielo nubes de tormenta se deslizaban sobre el río Ganges, amenazando con interrumpir la representación. Pequeñas barcas de cáñamo y fibra de vidrio circulaban por el río, llevando en ellas centenares de flores. Se detenían junto a los ghat y mujeres envueltas en saris caminaban hasta ellas para adquirir ramos que, añadidos a las ofrendan, revendían posteriormente en sus tiendas. Las transacciones se realizaban siempre en medio de un gran alboroto, provocado por los niños que se bañaban en las orillas y por los devotos que realizaban sus abluciones diarias. Entre la multitud que se aglomeraba en las orillas se descubría en numerosas ocasiones a hombres uniformados con altas botas de goma tomando muestras del agua para su posterior procesado. Éstos hombres, silenciosos, altivos, provocaban el rechazo de los presentes, que los evitaban como si fueran presa de enfermedades contagiosas, cuando su trabajo consistía precisamente en detectar y evitar posibles enfermedades.

Desde unos altavoces instalados en una plataforma improvisada, realizada con dos cajas de cartón y varios tablones de madera, surgió un gorjeo que tenía cierta similitud con el canto de los pájaros.

—Veo que ya te cansaste de tus atributos masculinos, Siva —dijo Krishna, danzando alrededor de una antorcha que habían colocado en el suelo.

Una joven desnuda, el cuerpo pintado de color azul, apareció entre la multitud, que aplaudió y vitoreó con fuerza.

—Bello y humano Krishna: bien sabes lo incómodos que resultaban, ahí en medio —dijo con voz melosa, agitando sus cuatro brazos en una peculiar danza.

—Te advertí que el tamaño era exagerado —respondió Krishna, realizando un gesto obsceno con ambas manos.

El público masculino reunido dejó escapar sonoras carcajadas, mientras las mujeres jóvenes simulaban embarazo y se sonrojaban. Amadeo se alejó de la representación callejera, ascendiendo por uno de los ghat. Había observado con atención los movimientos de la joven que representaba a Siva. Cómo danzaba, como movía sus cuatro brazos en perfecta sincronía. Se preguntó cuándo había decidido someterse a semejante alteración, y quién la habría realizado con semejante maestría. Los brazos, desde la distancia, parecían fabricados de carne humana y respondían con precisión y elegancia; ignoraba cómo habrían alterado el sistema nervioso de la joven para permitirlo. Decidió que debía conseguir información acerca de los nuevos tipos de alteraciones que se estaban llevando a cabo en Varanasi, para evitar el gesto ridículo de sorpresa que se dibujaba en su rostro.

—¡Creo que a Siva le gustaría conocer el secreto dentro de un secreto! —aulló Krishna, y en respuesta una música estridente barbotó por los altavoces.

Amadeo llegó hasta una de las balaustradas del ghat, allí donde se congregaban los hombres de las cometas. Había llegado con más de veinte minutos de antelación, así que decidió dedicar un tiempo a observar el río. La multitud circulaba de un lado a otro, invadiendo la orilla como una plaga de termitas. Vio, junto a uno de los pilares de un templo levantado en el centro del río, un grupo de mujeres portando una plataforma de troncos de aluminio. Sobre ella habían colocado un columbario de barro, que Amadeo supuso llevaban hacia el templo. Introducían su cuerpo en aquellas aguas oscuras y contaminadas sin miedo alguno, con el falso convencimiento que proporciona la fe. Sabía que muchas de aquellas personas simplemente se habían apuntado a una moda pasajera, a formar parte de una gran comedia siendo pequeños protagonistas de miserias y grandezas. Esos personajes secundarios no le preocupaban. Los peligrosos eran los fanáticos, los que creían firmemente que se encontraban en el Ganges, los que acudían a los templos con ánimo de renovar su espíritu, los que desfilaban en las calles y bailaban hasta el amanecer en honor a Siva o Vishnu o cualquier otra de aquellas coloridas deidades.

En la orilla, bajo una improvisada sombrilla, descansaba media docena de ancianos. Miraban al río sin verlo en realidad, olvidados allí por sus familiares o sus cuidadores. A veces hablaban entre ellos, cruzando palabras rápidas que en numerosas ocasiones debían ser repetidas. Sonreían, volvían su atención al río. Amadeo sintió escalofríos. No quería verse así, olvidado en una réplica que nada tenía que ver con él, perdido en una soledad interior que le devoraría. Nostalgia de otros tiempos, de otras personas, le asaltaron, y fue consciente de la falta de presencia humana que había en su vida. No pudo evitar pensar en el detective Cabero, y considerar aquella breve relación durante el caso de Ricardo Boal como lo más cercano a una amistad que había conocido. Y ahora iba a entregarle a un hombre que, no podía ocultarlo por más tiempo, no podía engañarse, pensaba matarlos a ambos.

Intentando desechar los pensamientos oscuros que le acechaban, buscó el puesto de flores que el joven le había indicado junto a la balaustrada. Lo encontró enseguida, y caminó hasta él evitando tropezar con la marabunta que ascendía y descendía por las escaleras, portando largas pértigas que posteriormente plantaban en la orilla con sus ofrendas. El grupo de teatro de la orilla había concluido la representación y Siva recogía las propinas de los reunidos con cuatro escudillas sostenidas por sus cuatro brazos. La multitud se dispersaba y se dirigía hacia los templos. Amadeo intentó pensar cómo se ganaría la vida toda aquella gente. ¿Qué hacían para sobrevivir, aparte de acudir a rezar todos los días? La mayoría no llevaban filtros, por lo que era de suponer que ni siquiera tenían dinero para lo más básico. ¿Qué futuro le esperaba a la próxima generación que naciera en la réplica?

El hombrecillo de la tienda de flores, un anciano de mirada huidiza y manos temblorosas, le entregó un ramo de rosas negras que parecían a punto de desmoronarse, como si se tratara de flores de granito desmenuzado. Tomó el ramo, pagó con el dinero que el señor Delhi le había proporcionado para sus gastos, y volvió a la balaustrada de las cometas. Dos niños le detuvieron y le pidieron algo de dinero. Les dio unas monedas y ellos se lo agradecieron con una sonrisa triste. Todo a su alrededor se desmoronaba, no sólo las flores. La agonía ecológica que sufría el planeta con el progresivo crecimiento de la Nube, el cáncer de las compañías que devoraban las ciudades, esquilmando a sus recursos y a sus habitantes. A nadie le importaba aquello, todos seguían cómodamente instalados en sus mediocres existencias.

—Oye —dijo una voz a su espalda, y se volvió.

El chico dejaba caer su peso de un pie a otro mientras le miraba. Llevaba el pelo cardado y los ojos pintados, y Amadeo nada más mirarle tuvo la impresión de que era un estúpido. Llevaba una larga gabardina negra y una camiseta con un extraño símbolo grabado en blanco y rojo sobre un edificio en llamas. Tomada de la mano estaba la que suponía debía ser su novia. Más baja que él, apenas maquillada, con un bindi en la frente que la identificaba como una creyente. Miraba a su novio con veneración, como si esperara que ahora, ante el asombro de Amadeo, realizara un truco de prestidigitador e hiciera aparecer a Brahma frente a ellos. ¿Eran éstas personas las que le habían provocado los pensamientos anteriores, aquellas reflexiones de aprendiz de filósofo con dos copas de más? ¿Éstas eran las personas a las que tenía que hacer ver la luz?

—Esto debe ser para ti —dijo Amadeo, entregándole las flores a la chica.

Ella las cogió sin apenas mirarle, como si se sintiera incómoda. Desde luego debía estarlo, aquel no era su lugar. Pensó en cómo podrían haberle reconocido, luego miró a su alrededor. Con sus ropas destacaba como una brillante luciérnaga entre termitas. El chico extendió una mano hacia él.

—Me llamo Danny, y ella es Gina —dijo.

—Fascinante —respondió Amadeo, controlando su tensión, estrechándole la mano—. ¿Dónde puedo encontrar a mi hombre?

—Dentro de nada podrá verle —respondió Gina, y su novio le hizo un gesto para que callara.

—Enseguida estará aquí, no se preocupe —dijo Danny—. Esperaremos viendo las cometas.

Amadeo estuvo tentado de replicarle que, desde luego, no le pagaban por esperar, y a continuación arrancarle la historia con dos bofetadas, pero lo pensó mejor. Aquellos jóvenes intentaban hacer las cosas bien, buscar una salida. No sería él el que les estropeara los planes. Sólo necesitaba que le dijeran dónde se ocultaba el detective

Cabero, y sin embargo habían dicho que incluso vendría. Podía esperar un poco más para aquello. Podía esperar el tiempo que hiciese falta. Se preguntó qué haría el detective cuando lo viera, cuando estuvieran frente a frente. ¿Le recordaría? ¿Sabría por qué había venido? Quizá. Aunque se sentía pesimista respecto a ello. Para el detective Cabero él no era más que un agente, alguien a quien conoció durante unos días y con el que apenas tuvo contacto.

—¿Ha estado antes aquí? —preguntó la joven.

Amadeo comprendió que estaba muy nerviosa y necesitaba conversación para tranquilizarse. No le apetecía hablar con ellos, entablar unos lazos que tendría que romper si, por cualquier motivo, hacían peligrar el resultado de su misión. Sin embargo, había algo en la mirada de aquella chica que le obligó a responder.

—Sí —dijo, observando de reojo el rostro tenso de Danny—. Estuve aquí hace algún tiempo. No me gustó demasiado.

—Lo comprendo —dijo ella.

Amadeo quiso preguntarle acerca de su bindi Si lo llevaba pertenecía a las legiones de fanáticos que campaban a sus anchas por la réplica. Si lo llevaba no podía, como había afirmado, comprenderle. Se contuvo. La charla había terminado, no sentía necesidad de continuarla.

Juntos caminaron hasta terminar entre los hombres de las cometas. Gina señaló algunas de ellas, en el cielo, y le indicó a Danny en susurros algo que Amadeo no pudo entender. En el río la procesión había comenzado, surgiendo de la nada, y cientos de personas ataviadas de las más distintas formas invadieron la orilla. Un profundo olor a incienso ascendió por los ghat. Amadeo pensó que debían ser las mismas que instantes antes había tomado por simples turistas o paseantes. Vio mujeres con ropas doradas danzando y lanzando flores al público que se congregaba alrededor, hombres con el torso desnudo golpeando con fuerza tambores, hombres exhibiendo su manejo de armas blancas a bordo de vehículos ornamentados con lámparas de aceite, enormes serpientes virtuales deslizándose en el interior de cilindros de vidrio, jóvenes alterados con cuatro brazos portando imágenes cambiantes de diferentes deidades. La música se perdía entre la percusión y los aplausos.

—Mira allí —le indicó Danny, tomándole del brazo—. Tu hombre.

Amadeo siguió la línea imaginaria que el joven le marcaba con el dedo hasta la entrada de uno de los templos que se levantaban sobre las aguas del Ganges. Ante él se congregaba una multitud. Hombres y mujeres rodeaban a un hombre con el cuerpo pintado de rojo, su rostro transformado en una máscara diabólica, que coronaba su cabeza con un enorme tocado terminado en antorchas encendidas. Desde donde se encontraban podían apreciar el aroma a combustible quemado, procedente de los cientos de fuegos que se encendían por la orilla. Amadeo creyó por un momento que

todo el olor procedía de aquella figura.

—¿El demonio? —preguntó Amadeo, pero el joven negó con la cabeza.

—Theyyam, precede al Gajamela, el paseo de los elefantes. Después Pulikali, la danza del tigre. Pero no me refería a él. Mira bien.

Amadeo miró de reojo a Gina, que permanecía embobada observando la procesión. Varios técnicos instalaban proyectores en las balaustradas de los ghat mientras vehículos con tracción a las cuatro ruedas arrastraban enormes estructuras metálicas tras la figura envuelta en llamas. La multitud aplaudía y gritaba y reía. Amadeo tuvo un pensamiento absurdo. ¿Por qué no se realizaba aquel festival al amparo de la noche? Entonces, en las puertas del templo que Danny le había señalado, descubrió la presencia de un brahman, uno de aquellos occidentales disfrazado de santón que pretendía transmitir conocimientos milenarios falsamente adquiridos a sus ignorantes devotos. Y al mirarlo con más atención, al observar su cuerpo desgarbado, su torso desnudo en el que las costillas se marcaban con demasiada fuerza, al intentar atravesar aquella maraña que era su barba, tembló de excitación.

—Constantino... —susurró, y el joven le palmeó la espalda.

—Eso es, eso es —dijo Danny, sonriendo.

—¿Nos dará ahora el dinero? —preguntó Gina, abrazando al joven, pero Amadeo no estaba escuchando.

Los proyectores se habían encendido, y las estructuras metálicas se habían transformado en enormes elefantes, que avanzaban rodeados de devotos bailando a su alrededor. Una música atronadora surgía de sus cuerpos, un bramido interminable ahogado por el estrépito de ritmos mecánicos y voces femeninas sampleadas. Pero todo aquello no podía distraerle de su principal objetivo, el detective Cabero, que permanecía a la entrada del templo, saludando a los que se acercaban hasta él, bendiciéndolos, abrazándolos.

Y dos figuras fuera de lugar en aquel marco, junto a las estructuras metálicas que por instantes adquirían presencia y vida, caminaban hacia él con paso decidido.

Alguien se les había adelantado.

7

—¡Vamos! ¡No te detengas ahora! —gritó Amadeo, el rostro encendido y cubierto de sudor, y Gina le siguió entre la multitud que bailaba y danzaba y cantaba a su alrededor.

Tras ellos, jadeando, avanzaba el brahmán, apartando de su camino a los que sólo querían tocarle para adquirir parte de su divinidad. Amadeo no podía preocuparse por él, no ahora. Si quería conservar la vida, les alcanzaría, huiría con ellos. Sabía que podía volverse, intentar acabar con aquella cosa que parecía una mujer, si no había muerto ya. Pero tenía miedo, una sensación de horror que le dominaba y le obligaba a correr para alejarse de allí, ocultarse y no volver a dejarse ver.

Corrieron junto a uno de los elefantes, derribado en el suelo, bramando herido, la estructura metálica que lo sostenía desgarrada por varios lados. Amadeo sintió nauseas ante la realidad que transmitía aquella proyección malsana. La gente gritaba, corría, pero la mayoría continuaba con la procesión, danzando, siguiendo un ritmo mecánico que surgía de las entrañas de las máquinas. Un hombre con un rostro de tigre pasó junto a ellos, corriendo en dirección contraria. Debía buscar a sus compañeros, debía buscar a la mujer.

—¡Espera! —gritó la chica, y giró tras un puesto de venta de fruta— ¡Por aquí!

Amadeo esperó al brahmán, le tomó del brazo, y juntos corrieron tras Gina, en dirección a ninguna parte. Todo había salido mal, todo estaba perdido. De nuevo se veía atrapado en una réplica, de nuevo se veía rodeado de un grupo de personas que dependían de él. Pero esta vez no lo estropearía, no permitiría que muriera nadie más. Nadie más.

Constantino despertó al amanecer. La Nube se deslizaba perezosa por el cielo, rasgándose en decenas de puntos infinitesimales, permitiendo que los débiles rayos de luz la traspasaran unos instantes antes de volver a cubrir por completo el cielo. Constantino se vistió con una túnica blanca, encendió unas varillas de incienso y salió del templo. En el exterior hacía frío. La humedad procedente del río se colaba entre los huesos y casi dolía. Mientras caminaba por el muelle en dirección al primer escalón del ghat, junto a la orilla del río, dejó que sus pensamientos vagaran. Pensó en Javier Villanueva, el excéntrico hombre que le había ofrecido refugio en su ghat. Delgado, de enormes ojos verdes y facciones afiladas, conversar con él había sido como hablar con una barracuda varada en la orilla. Javier no dudó en ofrecerle el templo menor que acababan de terminar junto al río. Sabía que se encontraba en dificultades; una situación provocada por acciones que no quería conocer. Entre ellos existía una relación anterior desde la infancia, una relación que habían mantenido a pesar de sus diferencias y sus errores. Su amistad se basaba en un profundo

desconocimiento de la vida del otro. Con ello sólo dejaban lugar para recuerdos banales y lazos débiles, y curiosamente les bastaba para mantenerse unidos y dispuestos a prestarse ayuda cuando era necesario.

Ahora Javier Villanueva había muerto, y su mujer —joven, hermosa, fría— dormía en un camastro habilitado en el interior del templo de Sarasvati.

Bajó hasta la orilla y comenzó sus abluciones matinales, sin apartar la mirada del lugar donde parecía ocultarse el sol. Varios niños chapoteaban en el agua, riendo y jugando. Junto a ellos cientos de personas de diferentes edades se sumaban al rito que Constantino realizaba de forma desapasionada, tomando agua entre sus manos y dejando resbalar por su rostro y su torso desnudo. El brahmán no pudo evitar fijarse en las mujeres, recogiendo agua en botellas y escudillas para preparar las infusiones de la mañana, y recuerdos que intentaba olvidar y ocultar volvieron a su mente como hienas ante la presencia de un cadáver. Javier Villanueva había muerto, y aunque todo apuntaba a un accidente absurdo, no podía evitar tener la sensación de que alguien movía sus piezas acechándole, acercándose a su escondrijo. Cualquiera a quien hubiese consultado le habría tachado de paranoico; pero claro, ese cualquiera no conocería apenas nada de su vida anterior. ¿Cuánto sabría de su vida la mujer que dormía en el templo? ¿Cuánto le habría contado Javier?

Terminó sus abluciones, ascendió por los escalones del ghat. Los puestos de fruta ya estaban abiertos en su mayoría. El resto —tiendas de flores y velas, tiendas de cestos y ofrendas, barberos improvisados, vendedores de estampas— comenzaban a levantar sus toldos y ordenar sus productos para captar a posibles clientes. Algunos turistas, identificables por sus cámaras digitales y su continua necesidad de señalar todo lo que veían con el dedo, se perdían entre las tiendas, sonriendo a los vendedores y preguntando por los precios como si estuvieran en una fiesta y su anfitrión no hubiera servido todavía las primeras copas. Constantino se detuvo junto a una tienda de fruta, pidió unas naranjas.

—¿Cómo será nuestro día, brahmán? —le preguntó el joven que llevaba la tienda.

—Provechoso —respondió Constantino, tomando la bolsa que el vendedor le tendía.

Volvió al templo. La mujer todavía dormía. Había llorado durante horas, sollozos entrecortados que intentaba disimular para que el brahmán no los advirtiera. No le extrañaba que ahora que había conseguido calmarse disfrutara de unas horas de sueño. Ya la despertaría para compartir el desayuno. Aspiró el aroma procedente de las varillas de incienso, que a duras penas ocultaba otro olor más fuerte, la podredumbre que se deslizaba desde las aguas del río e impregnaba a todos los habitantes de la orilla. Pronto no bastaría con el incienso. Ya había visto varias veces ratas deslizándose por las escalinatas, correteando entre los pies desnudos de los niños y los devotos. Todavía no habían reunido el valor para morder a las personas, y

cuando sentían que habían sido descubiertas se escabullían por rendijas y grietas en dirección al Ganges. Eran pocas, asustadizas, con miedo de enfrentarse a los habitantes de los ghat; pero día a día su comunidad crecía, alimentada por las creencias de aquellos que las temían. Cadáveres flotando en el río, arrastrados por las aguas. Montañas de basura incineradas, restos esparcidos por los escalones. Pronto las ratas pasarían de ser consideradas una molestia ocasional a un serio problema.

Constantino tomó una pequeña cacerola, la llenó de agua procedente de una botella de plástico y la colocó sobre una de las placas eléctricas que hacía las veces de cocina. El agua comenzó a burbujear a los pocos minutos, y Constantino retiró la cacerola con precaución, dejándola sobre una mesa baja. Volcó su contenido en una tetera de hierro forjado, donde previamente había preparado una selección de hierbas. Una de las tradiciones que había acogido de buen grado había sido la preparación del té. Ahora no dejaba pasar una mañana sin prepararlo. Incluso cuando los devotos acudían al templo les rogaba que mostraran su paciencia durante unos minutos, mientras la infusión alcanzaba todo su sabor, la vertía en un pequeño vaso de cristal y la disfrutaba con pequeños sorbos.

—¿Qué hora es? —murmuró una voz a su espalda.

La mujer había despertado. En su rostro se adivinaba que no había tenido un sueño tranquilo. ¿Habría advertido sus caricias durante su sueño? No lo creía posible.

—Hora de levantarse. Le serviré un té, luego podrá marcharse —dijo Constantino, sirviendo la infusión en dos vasos.

—Gracias —dijo ella, tomando el vaso entre sus manos—. Está caliente.

—La reconfortará —dijo Constantino, tomando un sorbo de su vaso.

La mujer terminó su té con rapidez, como si de pronto hubiera recordado que tenía una cita y llegara tarde. En sus gestos Constantino advirtió que se encontraba incómoda allí, junto a él. Había acudido a un brahmán buscando consuelo espiritual, buscando respuestas, y debería marcharse con nuevas preguntas no formuladas y serias dudas acerca del hombre en el que había decidido confiar. La mujer estaba en lo cierto, ya que él no podía ayudarla. De alguna forma la muerte de su marido y su hijo estaban relacionadas con su presencia allí, en el ghat. Debería sentirse culpable, pero no era así. La culpabilidad no formaba parte su vida. Una vez que los hechos sucedían, sólo permanecía en su interior un vago rescoldo, apenas un tronco quebrado que no podía encender la llama de su conciencia.

—Debo marcharme —dijo ella, arreglando su sari.

—Será lo mejor —respondió él, acompañándola hasta la entrada del templo.

La vio marchar en dirección a la barcaza que esperaba en el muelle. La imagen anacrónica de una embarcación navegando por el Ganges en la réplica le incomodaba. Había sido necesario ensanchar las márgenes del río para permitir que pequeñas barcas realizaran su recorrido por él, llevando en su interior ofrendas,

turistas o piras funerarias entre otras mercancías. Desde luego, sólo una parte había sido modificada, la que quedaba bajo el dominio económico de Varanasi. El resto, amparado por la ciudad de Madrid, se mantenía intocable.

Constantino vio que el ghat ya había despertado. Centenares de personas se perdían por las escalinatas, una docena de coloridas cometas se deslizaban en el aire al son de la música, un grupo de aficionados realizaba una representación teatral en la orilla. Algunos jóvenes se congregaban junto a un grupo de mesas bajas precariamente instaladas en una de las balaustradas. Se entretenían tomando cervezas y jugando a las cartas. Advirtió que varios de ellos llevaban implantes, adictos a videored reconvertidos en habituales del ghat. Verlos le hizo recordar la visita de la semana anterior. Un joven peculiar, que no apartó su mirada un instante, que le estudió como si su vida dependiera de ello. Después intentó disimular, lo que hizo que se sintiera aún más intranquilo. Lo había olvidado. O quizá no quería recordarlo, no quería atribuirle la importancia que en realidad merecía.

Le estaban buscando, y muy probablemente ya le habían encontrado.

Aquella tarde comenzaba el Utsavam. Un momento de alegría desenfrenada, de procesiones excesivas, de locura. La mejor ocasión para acercarse hasta él sin ser advertidos, si aquella era su intención. No se sentía con fuerzas para volver a huir. No se sentía con fuerzas para abandonar el ghat y correr a esconderse a otra parte. Recordaba lo ridículo que le había resultado en el pasado la idea de refugiarse tras la cortina de las creencias religiosas. Ya había terminado el tiempo de ocultarse. Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría.

—¿brahmán? —dijo una voz femenina a su lado, cortando el hilo de sus pensamientos—. Quisiera hablarle de mi hijo.

Una mujer mayor, con un bindi en la frente, las manos arrugadas y marchitas, esperaba con mirada suplicante su respuesta. Constantino la hizo pasar al interior del templo, la siguió.

—Cuénteme —dijo, invitándola a sentarse, interpretando el papel que la ocasión requería—. ¿Qué le ocurre a su hijo?

Bajaron hasta el río y se detuvieron ante la procesión, incapaces de cruzar al otro lado. Los elefantes proyectados caminaban al ritmo de los tambores, volviendo la mirada hacia la multitud, bramando con estruendo para el deleite de los más pequeños. Varias bailarinas danzaron a su alrededor, un débil tintineo de campanillas acompañado de un profundo olor a canela. Las varillas de incienso que portaban los niños aturdían los sentidos, pero sabían que no podían detenerse aquí. Debían cruzar al otro lado, al templo, donde Asap había visto al hombre que estaban buscando.

—Aquel tipo es el objetivo primario —había dicho Asap, regulando sus lentes alteradas, señalando al río, con aquel servilismo militar que tanto la irritaba.

—Entonces iremos hacia allí —había respondido Diada, dando gracias por la

suerte que estaban teniendo.

Varias personas portando cestos de flores y frutas se introdujeron en la procesión, y Diada le indicó con un gesto a Asap que siguieran al grupo. En el interior el ambiente era sofocante, y no le extrañó encontrarse con hombres y mujeres completamente desnudos, sus cuerpos pintados de brillantes colores, bailando y cantando como si hubieran recibido una sobredosis de orkus. Avanzó entre ellos, sonriendo sin mostrar sus dientes afilados, abriéndose paso sin exhibir sus garras. Asap la siguió con torpeza, tropezando, avanzando con lentitud. Se preguntó quién le habría permitido elegir semejante apodo[1]. Otros hombres del señor Delhi —hombres silenciosos, de aspecto rudo, el cuerpo repleto de implantes— le habían comentado que Asap había servido con ellos en las tropas desplazadas en China, y que se había ganado su apodo gracias a sus incursiones rápidas realizadas en posiciones avanzadas. Al parecer le gustaba correr a ciegas bajo fuego enemigo, sirviéndose únicamente de sus sensores de posición implantados en las vértebras del cuello, alteraciones militares que con el paso del tiempo se habían degradado y entorpecían sus movimientos. En la actualidad seguía representando un peligro para todos, incluso para sí mismo, principalmente debido a la fuerza aumentada de sus brazos y a la facilidad con la que desenfundaba su arma y disparaba. Todavía recordaba cuando, sin previo aviso, le había disparado al joven bajo el puente. No se había sentido con fuerzas para reprochárselo, intimidada por la posibilidad de tener que enfrentarse a él. Sin embargo, Asap lo había interpretado como una muestra de temor, como si ella pudiera sufrir alguna herida o incluso morir. Estúpido montón de músculos sin cerebro ni implantes, había pensado. Lo que ella temía era la represalia del señor Delhi cuando le explicara lo que le había hecho a su hombre favorito.

Eludiendo a un hombre con el rostro cruzado de lado a lado por enormes agujas que ensartaban sus mejillas, llegó hasta el otro lado, abandonando la procesión. Asap la alcanzó unos instantes después, tras derribar a una joven bailarina, que le dedicó una retahíla interminable de insultos en algo que pretendía ser sánscrito pero que, como Diada sabía, no se parecían apenas en nada. Toda aquella pose la exasperaba. Toda aquella falsa presencia la hacía reventar de odio, y ardía en deseos de extraer sus cuchillas y desgarrar los rostros y los cuerpos de aquellas personas. De todos ellos. Cerró los ojos un instante, aislándose del exterior, olvidando las abrumadoras sensaciones sonoras que invadían sus oídos, evitando respirar el aroma a incienso y sudor que la procesión desprendía. Se preguntó si aquellos elefantes holográficos tendrían algún olor.

—El objetivo —murmuró Asap, tocando su hombro.

—Sé a lo que hemos venido —respondió ella, y avanzó entre la multitud en dirección al brahmán.

—No —dijo Asap, tomándola del brazo—. No el objetivo primario.

Y señaló a un hombre que avanzaba hacia ellos abriéndose paso a empellones.

—Mierda —gruñó Diada, liberando las cuchillas implantadas en las falanges superiores de sus dedos, observando cómo el otro hombre que había contratado el señor Delhi como señuelo avanzaba hacia ellos desenfundando un arma.

—Deberíamos haber esperado arriba —gimió Gina, apabullada por el profundo olor a canela, mareada por los gestos de los danzantes que bailaban a su alrededor.

Rostros de dientes afilados cruzaron ante su mirada. Hombres agitando en el aire antorchas encendidas, sosteniéndolas sobre sus torsos desnudos. Oyó gritos, cánticos incomprensibles. Algunas mujeres vieron su bindi y acariciaron su frente en señal de reconocimiento.

—¿Y perder nuestro dinero? —respondió Danny, tomándola de la mano, conduciéndola escaleras abajo.

—Ese hombre volverá y cumplirá su parte del trato —gimió de nuevo la joven, que sentía cómo las lágrimas afloraban en sus ojos.

—Prefiero asegurarme, Gina. Sólo asegurarme.

Se abrieron paso entre los bailarines, caminaron junto al hombre con el tocado de antorchas encendidas. La procesión avanzaba sin descanso, no se detenía. Los enormes elefantes habían dejado atrás el templo y ahora comenzaban a aparecer, arropados por largos carruajes engalanados con lámparas de aceite y ofrendas de flores, los hombres tigre. Gina se fijó en ellos. Máscaras doradas cubriendo sus rostros, caracterizándolos como bestias. Torsos desnudos pintados de negro y oro, largas zarpas de acero surgiendo de las muñecas y cubriendo las manos. Aullaban, danzaban, se acercaban a la multitud.

—Vamos, vamos —la apremió Danny, y Gina le siguió con reticencia, temerosa, sintiendo en su interior que no debían estar allí, que debían esperar, que se encontraban en peligro.

Oyó unos gritos, un rumor. Siguió la estela oscura de Danny entre el colorido. Un joven le colocó una flor en el pelo sin que ella pudiera evitarlo. Dos hombres tigre bailaron a su alrededor, perdió de vista a su novio.

—¡Danny, espera! —gritó, pero la música ahogaba sus palabras más allá de unos metros.

Vio el pelo negro de Danny unos metros más adelante, cruzando la procesión, internándose en el río en dirección al templo. Corrió, tropezó con un joven que portaba un tambor y le propinó un empujón. Oyó quejas a su espalda, pero avanzó hasta el río. Allí estaba aquel hombre que les debía dinero, allí estaba Danny. El hombre llevaba un arma en la mano, una pistola. Había visto algunas como aquella, cuando su padre había trabajado para la Compañía como agente del río. La había visto siempre en su funda, descargada. Su padre nunca la había disparado. Sin embargo, aquel hombre pensaba utilizarla. Apuntaba con ella a una pareja. Una joven

de mirada asesina, que sostenía algo brillante y afilado entre sus dedos. Un hombre corpulento que movía la cabeza a un lado y a otro como si quisiera espantar a moscas invisibles.

—¿Qué coño está ocurriendo? —dijo Danny, pero Gina no pudo oírle, sólo intuir sus palabras en sus labios.

Entonces el hombre corpulento movió los brazos buscando algo en su chaqueta, y el hombre que Danny había conocido disparó contra él. Gina observó todo aquel acto como si se tratara de una danza ritual ejecutada a cámara lenta. El hombre corpulento trastabilló hacia atrás, agitando un brazo, apartando a la multitud que se congregaba a su alrededor. Con el otro brazo extrajo un arma y disparó contra su agresor mientras recibía otro impacto, éste en el pecho, que lo derribó. La multitud se abrió para dejarle caer al río. Cayó sobre una pequeña embarcación repleta de madera de sándalo que volcó, dejando rodar su contenido sobre los últimos escalones del ghat. Mientras tanto, la mujer había mostrado sus manos, y lo que Gina había pensado erróneamente que llevaba entre sus dedos vio que formaba parte de su cuerpo. Implantes de acero quirúrgico centellearon en el aire, cortando, hiriendo, castigando a la gente que la rodeaba. El hombre que había contactado con Danny se mantenía a suficiente distancia para no resultar herido, pero varios de los asistentes a la procesión cayeron al suelo, sangrando por distintas heridas inflingidas en sus cuerpos.

—¡Gina! —gritó Danny, y la joven vio que de su abdomen surgía una mancha que empapaba su camisa y su cuerpo y sus manos.

Supo que su razón de vivir estaba herido. Supo que se debía al disparo que había realizado el hombre corpulento.

Corrió hacia él, pero la multitud la detuvo, rodeándola, huyendo de la mujer de las garras metálicas. ¿Por qué no le disparaba aquel hombre? ¿Por qué no ayudaba a Danny?, pensó, mientras el joven se arrodillaba, mirándola con expresión vacua, sintiendo cómo se les escapaba el sueño de toda una vida de miseria y fracaso. El hombre surgió tras dos ancianos sonrientes, arrastrando de un brazo al brahmán, evitando los golpes y los insultos, huyendo de la mujer, que se había detenido frente a varios bailarines, que la rodeaban, que la amenazaban. Pasó junto a ella como una exhalación, y la tomó del brazo, la abofeteó.

—Salgamos de aquí ahora mismo, chica. ¡Ahora! —dijo, y ella miró a Danny, tumbado en el suelo, la mirada perdida, desangrándose, muerto.

—¡No puedo dejarle allí! —gritó, pero el hombre no la escuchaba y corría con el brahmán en otra dirección, y ella miró a Danny, que no la miraba, que ya no podía verla, y corrió tras el hombre, llorando, sintiendo un dolor que no podía controlar. El dolor de la pérdida. El dolor del abandono.

—Será mejor que os apartéis —gruñó Diada.

A sus pies yacían varias personas, sangrando, susurrando y gritando de dolor. Dos

hombres tigre se le acercaron sin pronunciar palabra, mostrándole sus burdas garras de hierro atadas a sus muñecas. Ella se abalanzó sobre ellos, cortando con facilidad la carne, abriendo heridas rojas sobre pintura amarilla y negra. Uno de los hombres tigre retrocedió, el pecho surcado por tres grandes líneas rojas, temblando. Le sustituyeron varios más, decenas, que se acercaban hacia ella y la rodeaban.

—Acabaré con todos vosotros —gruñó Diada.

Sintió un golpe en la cabeza, en la nuca, cayó de rodillas.

La rodeaban, le golpeaban, no temían las heridas que las cuchillas abrían en sus cuerpos. Brazos y manos y piernas golpeándola, sujetándola. Sus alientos ebrios. Un puñetazo dio de lleno en su rostro, rompiéndole la nariz. Escupió sangre, liberó un brazo, rasgó tela y piel mientras los gritos y la música castigaban sus oídos.

—¡Acabaré con...! —gritó, y otro golpe en su cara no le permitió terminar la frase.

Algo atravesó su costado. Gritó de dolor. Uno de aquellos hombres tigre había hundido sus garras oxidadas en su cuerpo, bajo las costillas. Pataleó furiosa, liberó uno de sus brazos, cortó el aire frente a su cara. Sintió otro golpe en la cabeza mientras intentaba incorporarse, cayó de rodillas y escupió sangre. Se le estaba hinchando la cara, allí donde le habían golpeado. Más allá de aquel grupo de personas que la rodeaban, continuaba el baile y la fiesta. Sonrió, y al ver su sonrisa algunos hombres retrocedieron un paso. Tenía la cabeza embotada, se sentía mareada. Algo o alguien impactó en su hombro, gritó. Vio cómo otro de los hombres que la sujetaban caía al suelo, oyó entre el estrépito de los tambores un nuevo disparo. Pudo incorporarse.

Asap, tendido en el suelo, sangrando por todas partes. Había disparado contra la multitud varias veces, ayudándola a liberarse. Se acercó hasta él mostrando sus dientes afilados, apartando a los que aún se atrevían a acercarse con las manos desnudas, tras ocultar de nuevo sus implantes de metal. Asap abrió la boca, intentó decir algo, una bocanada de sangre se escapó de ella, dejó caer al suelo su arma.

—Tranquilo, no lo intentes —dijo Diada, acuclillándose junto a él, tomando su rostro entre sus manos—. No importa. No importa.

Oyó sirenas en la lejanía. No supo decir si procedían del río o de la ciudad. Tampoco si se trataba de una ambulancia, de la policía o de la Compañía. En cualquier caso, debía marcharse de allí. Los curiosos que los rodeaban se habían dispersado, volviendo cada uno a su propia miseria interior. Diada sintió deseos de acabar con todos ellos, de despedazarlos uno a uno. Vio que a pocos metros yacía el cuerpo del otro joven. Asap le había alcanzado con uno de sus disparos. Se sintió mejor al comprobar que había dejado de respirar; al menos la muerte de su compañero no había sido en vano. Se levantó, miró a su alrededor. Rostros ajenos, miradas perdidas, cobardes envueltos en saris de colores que ocultaban su miedo

entre elefantes proyectados. Tomó una lámpara de aceite de uno de los carros engalanados, se dirigió hacia los ghat. No sabía dónde se encontraban sus objetivos, pero los encontraría. Tenía algunas direcciones, algunos nombres. No se le escaparían. Y les castigaría por lo que habían hecho.

Les castigaría con la muerte.

Se detuvieron ante un portal, siempre detrás de la joven, dependiendo de ella. Amadeo se sentía perdido en aquel lugar, y el detective Cabero no parecía siquiera capaz de recordar quién era. En su mirada sólo hallaba vacío. Se sintió tentado de abandonarle, dejarle allí, que aquella mujer salvaje lo capturara y le hiciera pedazos. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo. Le tomó del brazo y se internaron en la oscuridad del edificio.

Constantino se dejó llevar. Recordaba vagamente el rostro de aquel hombre, uno de los agentes de la Compañía que había conocido años atrás. Toda la farsa que había construido a su alrededor se había desmoronado ante sus ojos en unos minutos. De nada le había valido buscar refugio en antiguos dioses, en antiguas creencias. De nada le había servido creer en la esperanza de una redención a través de su propio sacrificio. El destino no le olvidaba; volvía buscarle y le arrastraba con él. Y, pensó para sí mismo, de alguna retorcida forma aquello le resultaba atractivo.

Recorrieron un pasillo mal alumbrado, sintiendo la humedad de las paredes, el silencio roto por voces susurradas que procedían de puertas cerradas. Gina les precedía, mirando a un lado y a otro, buscando señales en las paredes que ellos no podían identificar. De pronto se detuvo, abrió una puerta. En el interior la luz se filtraba a través de una ventana enrejada. Las paredes presentaban grietas en varios lugares, dejando ver sus entrañas de ladrillo y yeso. Un olor a humedad y a algo más desagradable circulaba por el ambiente. La joven caminó hasta una de las esquinas, se arrodilló. Jadeaba.

—Por las escaleras —dijo Gina, alzando una trampilla, desapareciendo tras ella.

Y ellos la siguieron, descendieron hacia la oscuridad, sintiendo que se encontrarían a salvo en el lugar al que ella les conducía.

Inciso en una huída

Tu vida, si la tarea intentas,
quizá en peligro esté;
pero oponte a mí y ahora mismo
caerás muerto por mi mano.

Ramayana

Caído el puente,
queda el frío
tras el sauce.

Shiki

1

En el exterior del edificio, junto a las verjas abiertas que formaban la entrada, dos jóvenes embutidas en saris de color verde se afanaban en la preparación de diminutos cestos de flores. Con parsimonia engarzaban las flores —rosas, crisantemos, claveles — en finos alambres dorados. A continuación doblaban los alambres usando sus manos, formando espirales que, con delicadeza, enrollaban alrededor de un recipiente fabricado con hojas y algas secas. Para dar consistencia al conjunto untaban sobre su superficie una pasta pegajosa de color blanquecino similar a la cola y colocaban una diminuta pieza de cartón plegado en su interior, empleada para sostener una vela pequeña. Mientras realizaban su trabajo hombres y mujeres se detenían junto a ellas y, señalando uno de los cestos, pagaban por él y lo recogían con manos temblorosas. Después caminaban algunos metros por el camino empedrado que cruzaba los jardines y terminaba en las puertas del hospital y, al llegar al estanque de aguas oscuras que los responsables del centro habían erigido en el centro de los jardines, encendían la vela y depositaban la ofrenda, junto a las demás, sobre el agua.

La doctora Vega caminaba desde su casa hacia el hospital. El día había amanecido envuelto en el halo de tristeza que las sempiternas nubes grises creaban, pero durante algunos minutos el sol había atravesado la muralla y había dejado leves destellos de luz en su ventana. La pírrica victoria le había animado lo suficiente para decidirse a realizar el camino hasta su lugar de trabajo a pie. Últimamente, al recorrer las calles, le invadía la melancolía de los falsos recuerdos, los que te gritan al oído que los tiempos pasados fueron mejores. En todas las esquinas encontraba un mendigo sentado en el suelo, encorvado, apenas cubierto por sus harapos, elevando una escudilla sin apartar la mirada de la acera. Sabía que muchos de ellos procedían de la réplica: exiliados voluntarios que terminaban sus días en las calles, esperando una ayuda de sus congéneres que nunca llegaba. A ella misma observar su miseria no le conmovía. Sólo sentía una profunda decepción por el género humano, y una profunda tristeza por la miseria moral que la dominaba y borraba su compasión, convirtiéndola en uno más de ellos.

Al llegar a la bocacalle que conducía al hospital, una larga avenida peatonal cercada por edificios bajos de muros grises y ventanas cerradas, buscó con la mirada entre los viandantes, imaginando cuál de ellos se dirigiría al mismo lugar que ella. Buscaba a personas que no habían visitado el hospital anteriormente —maridos preocupados por sus esposas enfermas, madres ancianas acompañadas de hijos reticentes, una joven que visitaba cada semana a su hermano menor internado—, desconocidos con una triste historia que contar, y los seguía hasta la entrada, enfrascada en un juego pervertido del gato y el ratón. Se sentía orgullosa de su perspicacia cuando creía descubrir en una mirada perdida, en un gesto de duda, en un

suspiro incontrolado, a un desconocido que acudía al hospital a visitar a un familiar o quizá a un amigo. Caminaba algunos pasos tras él, observando con detenimiento sus movimientos, deleitándose en la contemplación de hasta el más mínimo de sus gestos. Todos sus objetivos, invariablemente, andaban con presteza, ansiando llegar al hospital y ocultar su miedo en el interior. Muchos mostraban signos claros de torpeza, dejando caer algún objeto, tropezando con otras personas, mirando desorientados a su alrededor. Otros, a veces, se volvían, conscientes de que alguien les prestaba atención, mirando por encima de sus filtros gastados a la calle. En esas ocasiones, Puri —así le gustaba que la llamasen, su nombre completo siempre le había resultado una molestia burocrática innecesaria— agachaba la cabeza y, con las manos en los bolsillos y una sonrisa indisimulada, aminoraba el paso y se detenía junto a alguno de los escaparates de las tiendas cercanas.

Aquella mañana siguió a una joven de pelo azul y falda demasiado corta que, en el último momento, se desvió y decidió no traspasar el umbral de los jardines. Contrariada —habría jurado que aquella chica entraría en el hospital y subiría a una de las plantas de internados—, se detuvo a la entrada a los jardines. Los rayos del sol agonizaban intentando traspasar la Nube, perdidos en un mar de oscuridad esponjosa. La alegría del amanecer había desaparecido, sustituida por la abnegada aceptación de la rutina laboral. Puri se acercó a las muchachas que preparaban las ofrendas e intercambió unas palabras con la más joven, trivialidades acerca del tiempo y de las fiestas en honor a Ghanesa. La joven llevaba bindi y recogía su largo pelo negro en una coleta tachonada de campanillas, lo que la distinguía como familia cercana de uno de los muchos brahmanes del río. Puri estuvo tentada de preguntarle acerca de ello, como en ocasiones precedentes, pero la llegada de un hombre anciano de manos temblorosas que quería comprar una ofrenda la distrajo. Se despidió con un gesto y caminó por el empedrado en dirección a las puertas de entrada. Junto al estanque se arremolinaban varios niños, jugando con las ofrendas depositadas como si de barcos en miniatura se tratara. Vio como una auxiliar caminaba hasta el grupo más cercano —una niña de pelo rubio rizado y dos niños gemelos que exhibían una exultante sonrisa— y les reprendía, recriminándoles su actitud y tratando de explicarles con palabras sencillas el valor que para los adultos poseían sus juguetes acuáticos. Cuando pasó junto a ella la saludó con una sonrisa, y la auxiliar le devolvió el saludo guiñando un ojo sin dejar de amonestar a los niños.

La doctora Vega llegó a la entrada y se identificó con su pase ante el puesto de seguridad. El alterado que la atendió había modificado su ojo izquierdo, permitiendo que le implantaran un lector de tarjetas de memoria. El pequeño artilugio sobresalía dos centímetros bajo su ceja e invadía por completo su globo ocular. Puri sentía cierto afecto hacia aquel hombre, capaz de mutilar su cuerpo por encontrar un trabajo en la ciudad; sin embargo al mismo tiempo la invadía una sensación de rechazo, de

repugnancia hacia su acto que le privaba de una parte importante de su humanidad. El implante destacaba en su rostro como una monstruosidad, y aunque el alterado afirmaba que no le afectaba a la visión, ella no podía evitar pensar que aquel hombre —si todavía podía considerársele como tal— estaba tuerto.

—Adelante, puede pasar, doctora Vega —dijo el alterado sonriendo, y la mujer dejó atrás la suave brisa del exterior para introducirse en el abrumador ambiente del interior.

Dentro hacía calor, demasiado calor. Caminó hasta los ascensores saludando a un par de auxiliares, sintiendo como el sudor empapaba sus axilas. Desde que había tenido a su primer hijo había aumentado de peso de forma imparable. Ya durante los primeros meses de embarazo había subido casi diez kilos y, aunque había intentado retomar su régimen —que incluía fumar algún que otro cigarro, algo que sabía debía por fuerza ser nocivo para el niño—, no había perdido ni un solo gramo. Los paseos hasta el trabajo y las visitas diarias al gimnasio ayudaban, aunque no lo suficiente para evitar que, al entrar en el hospital, su sobrepeso hiciera que su ropa quedara empapada de sudor al instante. Se sentía incómoda. Gorda. Una palabra que siempre había despreciado. Se lo había comentado a su marido varias veces, pensando que quizá fuera una buena idea operarse, pero él se negaba en redondo. Yo te veo bien, le decía al principio. Para mí no has cambiado. Después, cuando se hizo más evidente el problema, le confesó que no confiaba en los médicos, en esos mismo doctores que realizaban implantes quirúrgicos de metal en cuerpos sanos sólo por respetar la presión gubernamental. Y sabía que no disponían del suficiente dinero para realizar la operación en una clínica privada. Al menos, no ahora. Tendrían que esperar todavía algún tiempo para disponer de todo el dinero que, en justicia, les pertenecía.

—¿Dónde han dejado su juramento hipocrático esos burócratas? —le preguntó su marido en una ocasión que ella mencionó el tema tras la cena, y no supo qué responder.

Ya en su despacho, abrió los ventanales que daban al patio trasero, permitiendo la entrada a una suave brisa que, de inmediato, entabló un combate perdido de antemano con el ambiente sofocante del hospital. Una de las enfermeras auxiliares le había dejado sobre la mesa varias carpetas para que las revisara. Abrió la primera, hojeó los primeros informes, cerró la carpeta. Ya se encargaría de todo aquello más tarde. Activó su terminal, seleccionó algunos temas de su emisora habitual y mostró en pantalla la lista de mensajes pendientes. Mientras los sonidos de flautas y violines acariciaban las paredes del despacho revisó los mensajes. Varios personales —algunos amigos, su hermano que residía en Noruega le mandaba una postal virtual, una respuesta a una cuestión formulada en un foro—, dos que no identificaba y que probablemente serían publicitarios, media docena de trabajo, uno del servicio de llamadas del hospital. Abrió éste último, leyó el contenido. Se sintió contrariada. No

recordaba haber concertado aquella visita, pero el mensaje no conducía a errores. La paciente silenciosa, como la conocían en el pabellón D, tenía visita.

—En fin, qué le vamos a hacer —dijo en voz alta para sí misma.

La hora de la visita ya había comenzado, como reflejaba el mensaje, así que tendría que apresurarse si quería ver a los visitantes. Nunca antes había acudido alguien al hospital con intención de ver a la paciente silenciosa. Sentía curiosidad por conocer al recién llegado. Antes de salir del despacho en dirección al pabellón D, dedicó una mirada a la cámara de seguridad que el hospital le había instalado. Se había negado en redondo y, a pesar de su firme negativa, habían terminado instalándola. Sabía que en ese momento un guardia de seguridad podría estar monitorizando sus movimientos, pero no pudo reprimir un gesto de burla dedicado a la cámara.

—Nunca he esperado que me hablaras de nuevo. Ni siquiera te lo he pedido. Te he fallado demasiado, y no te reprocho tu silencio. Pero todo cambiará muy pronto —dijo el hombre, mesando sus cabellos.

La mujer permanecía en una de las esquinas del cuarto, la mirada perdida en la inmensidad de la pared. Bajo sus ojos crecían dos bolsas oscuras, mal disimuladas por un maquillaje apresurado que una enfermera descuidada le había aplicado. El pelo largo, ensortijado, se enredaba sobre su frente, formando una maraña similar a un alambre de espinas olvidado sobre un campo de labranza. Tenía las manos entrelazadas, tan apretadas que las venas del dorso se marcaban contra la piel como riachuelos desbordados.

—No sé por qué estoy aquí, no sé por qué he venido. Sabes que en los últimos años no hemos hablado mucho. Nada. Ni antes, cuando el niño... Siempre te culpé de ello, siempre le culpé a él. Quizá estaba equivocado —continuó el hombre, sintiéndose estúpido pronunciando aquel discurso.

La mujer no hizo signo alguno que indicara que estaba escuchando. Sus ojos parpadearon varias veces, pero su mirada permaneció fija en la pared. Llevaba puesto un vestido gris que le cubría desde el cuello hasta los tobillos, y unas zapatillas oscuras. Permanecía sentada en la silla de ruedas, en silencio, inmóvil, ajena a las palabras del hombre.

—Estoy intentando arreglar las cosas... entre nosotros. Nunca podrá volver a ser como antes, pero... —dijo el hombre, y después calló.

Las paredes blancas de la habitación le oprimían el alma. Por mucho que intentaba olvidar el lugar en el que se encontraban, recrear en su mente otro ambiente mucho más cercano, la fugaz visión de las paredes le devolvía a la realidad que trataba de enmascarar. Caminó hasta la pared más alejada, colocándose a la espalda de aquel remedo de mujer, lo que una vez había sido su hija. Desde donde se encontraba podía ver la puerta del cuarto, una estructura de metal enrejado que le

recordaba a otras épocas de barbarie y tortura. Cerró los ojos durante unos instantes, intentando recordar el rostro de su hija tal y como era, no aquella máscara de hielo sin asomo de sentimientos. No pudo. Se habían distanciado tanto durante los últimos años, desde que abandonara su casa y se fuera a vivir con el hombre que la había dejado embarazada, que las únicas imágenes que acudían a su mente la mostraban enfadada o resentida con él, gritando, llorando, marchándose sin mirar atrás.

—Todo se va a arreglar, cariño —dijo mientras acariciaba el pelo de su hija con sus grandes manos—. Le traeré de vuelta y todo se arreglará.

La puerta del cuarto se abrió y entró la doctora Vega. El señor Delhi la miró con desprecio y se acercó hasta ella.

—Llega tarde, doctora. Quiero que mañana tenga preparada a mi hija para salir de aquí, ¿me ha oído? Vendré a recogerla a mediodía.

—La señorita Boal debe permanecer aquí, y usted lo sabe —respondió la doctora, apartándose a un lado, evitando el fuerte olor a incienso que aquel hombre voluminoso despedía —. No permitiremos...

El señor Delhi la abofeteó. La doctora Vega retrocedió un paso, los ojos llenos de lágrimas como resultado del golpe. Se llevó una mano a la mejilla, que palpitaba caliente y comenzaba a enrojecer.

—Usted no decide nada, doctora. Usted no permite nada. Mañana vendré y me llevaré a mi hija —dijo el hombre, y salió del cuarto.

La doctora Vega permaneció inmóvil, envarada, temblando de rabia y frustración. Imágenes encontradas pasaron ante sus ojos, un descabellado caleidoscopio de posibilidades. Llamar a seguridad y ordenar que no permitieran la salida del hospital de aquel hombre. Correr tras él, saltar a su espalda y hundir sus uñas en sus ojos. Gritar, llorar, abofetear a aquella mujer de mirada impasible. Observó a Tatiana Boal, su paciente, y supo que no haría nada de todo aquello. Verla allí día tras día, sin pronunciar una palabra, sin realizar un gesto que mostrara algún retazo perdido de su personalidad. Verla allí la tranquilizaba.

La doctora Vega acarició su mejilla. Aquella agresión le había traído recuerdos; recuerdos de cuando trabajaba para oscuros intereses, alejada del hospital. Noches de gritos y dolor, días de trabajo agotador. También había sentido una mano en el rostro, y no había respondido. Había huido. Esta vez no tenía a dónde huir. Oyó voces en el exterior del cuarto y salió, dejando a la joven donde se encontraba, cerrando la puerta tras ella.

Un agente de seguridad —alterado, una de sus manos convertida en una garra metálica —la esperaba en el exterior.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

A su lado esperaba el hombre que la había golpeado. No se había dado cuenta de lo enorme que era, de lo pequeña que se sentía su lado. No se trataba sólo de su

presencia física, de su porte. Había algo más. Despedía una sensación malsana de autoridad, de poder incontrolable.

—Nada importante —dijo, sintiendo como los ojos de aquel coloso la atravesaban con el susurro de una amenaza no pronunciada—. Quiero que la habitación de la señorita Boal permanezca bajo vigilancia durante toda la semana. Que nadie entre sin mi permiso.

—Claro —respondió el agente, activando su pad.

El hombre dio un paso hacia ella y se detuvo cuando el agente alzó la mirada.

—Ya veremos —susurró el señor Delhi, antes de volverse y caminar hacia los ascensores con paso lento.

2

—¿Dónde estamos? —preguntó Amadeo, dirigiéndose a Gina.

La joven se encontraba a unos metros de él, en la acera, sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas. A su lado estaba Constantino, vestido con sus ropas de brahmán, en silencio. A su alrededor sólo se veía desolación. Las calles oscuras cubiertas de cristales rotos, papeles de periódico, bolsas de basura, restos de vehículos calcinados, montones de ropa que podían bien ser cuerpos humanos tumbados. Las aceras levantadas, mostrando grietas en el firme como las que provocaría una criatura colosal al caminar sobre ellas; las farolas, dobladas y derribadas como flores marchitas en un campo de hormigón, conviviendo con edificios hundidos de ventanas cegadas con tablones. Amadeo se incorporó y caminó hacia un edificio bajo que quedaba frente a ellos, las plantas superiores truncadas y selladas con hormigón, quebrando a la mitad ventanas y puertas.

—¿Qué es esto? —dijo en voz alta, señalando al cielo— ¿Dónde nos has traído?

—Abajo. Al infierno —respondió Gina sin alzar el rostro—. Al maldito infierno.

Amadeo vio que sobre ellos se alzaba un cielo escalonado, oscuro y gris, construido con hormigón y cemento, apenas a veinte metros de altura en su parte más alta. Los edificios se solidificaban al alcanzarlo, convirtiéndose en enormes columnas que sostenían la bóveda celeste sobre sus cabezas. Atrás había quedado Varanasi. Habían entrado en otro mundo, un refugio en el que el lugar de reposo de los dioses había sido fabricado por el hombre. Gina les había conducido por un laberinto de túneles oscuros y escaleras resbaladizas hasta allí, pero ¿dónde se encontraban? Amadeo no tenía respuestas.

Alrededor del improvisado grupo, repartidos de forma aleatoria por las calles como si fueran piezas de un puzzle que un niño torpe había dejado caer, se descubrían pequeños postes iluminados de formas irregulares que permitían atisbar formas imprecisas en la oscuridad. La mayoría de los edificios que alcanzaba a ver habían sido aplastados y derruidos; algunos, los menos, permanecían en pie entre la desolación, impasibles al destino de sus compañeros, fundidas sus plantas superiores contra la enorme extensión de hormigón que ocultaba el cielo.

—Cuando edificaron Varanasi, lo hicieron sobre los barrios antiguos. ¿No pensaste nunca en ello? —dijo Gina, levantándose.

—No —respondió Amadeo, mirando a su alrededor.

—Claro, nadie pensó en ello. Todos fueron recolocados en otra parte, y los que perdieron su casa tampoco podían protestar —continuó Gina, buscando en sus bolsillos un cigarrillo, que encendió con unas cerillas—. Apenas afectó a unas manzanas, a nadie le importó. Algunos, al cabo del tiempo, volvieron aquí.

Gina dio varias caladas al cigarrillo y golpeó con el pie una lata, lanzándola en

dirección a una de las luces. Al caer a la acera provocó un sonido agudo, que reverberó por todo el lugar. Un rumor de voces les llegó desde una de las casas cercanas, y Amadeo se acercó hasta Gina. Se la veía desvalida, nerviosa. Ver morir a su novio de aquella forma no debía haber sido agradable para ella. Un eufemismo: debía haber sido traumático. Amadeo advirtió que la joven jugueteaba con su pendiente, acunándolo entre sus dedos, y se preguntó cuánto estarían unidas aquellas dos personas, y cuánto le afectaría aquella violenta ruptura. Recordó entonces un rostro moreno, afilado, enmarcado en un pelo negro ensortijado. Recordó unos labios sensuales, un olor a incienso de canela, una mirada que sugería destinos impensables para un hombre como él. Pero todo aquello había quedado atrás, enterrado en las cenizas de una casa de té, consumido por las llamas que devoraban su vida.

—No me dijiste que aquí vivía gente —susurró Amadeo, señalando en dirección a una luz que se había encendido en uno de los pisos cercanos.

—No preguntaste —dijo ella, apartándose de él—. Tampoco te lo hubiera dicho si hubieras preguntado.

Amadeo se acercó hasta donde descansaba el detective Cabero y le apoyó una mano en el hombro. Con sus ropas raídas, la barba descuidada y cubierta de canas, la mirada perdida, no le recordaba en absoluto al hombre que una vez había conocido. Le tendió la mano con recelo, incapaz de comprender cómo había terminado en aquella situación; cómo había vuelto a poner en peligro su vida por ayudar al hombre que se escondía tras aquel deshecho humano. Había pensado una y otra vez en todo lo ocurrido con aquel niño, en todo lo que había debido pasar por la mente de aquel hombre en un momento tan difícil. Pero seguía sin aceptar que la decisión que había tomado tuviera una explicación racional. Se trataba de un acto injustificable producto de un alma mezquina. No, no podía justificarlo achacándolo a una enfermedad mental o a un problema personal. Y, sin embargo, allí estaban de nuevo, juntos, unidos por un vínculo imposible que carecía de sentido lógico.

—Vamos, debemos continuar, detective —dijo, y Constantino tomó su mano para incorporarse.

—¿Por qué haces esto? —preguntó el brahmán.

Amadeo sabía que no existía una respuesta a esa pregunta. Quizá la tuvo, pero la había perdido cuando aquel tipo enorme disparó al cuerpo del chico. Gina había vuelto su rostro para ofrecerles una mirada de odio, consciente de que la respuesta que no llegaría podría explicar de alguna retorcida manera la razón por la que Danny ya no estaba a su lado. Se habían transformado en tres personas sin vínculos. Sólo se tenían los unos a los otros, triste consuelo. Perdidos en un lugar peligroso y perseguidos por un cazador que sólo quería acabar con la vida de sus presas.

—No lo sé —respondió Amadeo, pasando una mano por su pelo—. No tiene sentido, ¿verdad? Supongo que nunca he hecho lo correcto en mi vida, y ahora me

resulta difícil saber qué es lo correcto.

—Palabrería —dijo el brahmán—. Supongo que te resulta más difícil aceptar la razón de tus decisiones.

—Quizá —respondió Amadeo, y se volvió—. Vamos, niña, dinos cómo podemos salir de aquí.

Gina le dedicó un gesto obsceno con el dedo medio levantado.

—Vamos, niña. Mientras estés conmigo estarás a salvo, pero tenemos que ir a alguna parte, y yo no sé a dónde.

—¿A salvo como Danny? —respondió ella, mirándole con dureza.

—Culparme a mí de la muerte de tu novio no nos servirá de...

—Jódete —le interrumpió Gina, y se sentó de nuevo en el suelo.

Algunas luces más se encendieron en los edificios cercanos, y varios rostros se asomaron a las ventanas. Amadeo vio a una mujer anciana observándolos con atención, con las manos engarfiadas sobre el alféizar de la ventana del primer piso. Había más gente en la casa, gente con rostros ocultos bajo telas oscuras que apoyaron manos enguantadas sobre los hombros de la anciana y volvieron a introducirla amablemente en su habitación.

Las luces de las ventanas crepitaban, sombras asomaban sus rostros y volvían a desaparecer en el interior. ¿Quiénes serían aquellas personas? Amadeo pensó que huían de algo, que se escondían en aquel agujero para evitar que otros les encontraran, como ellos mismos. Allí abajo no existían las corporaciones, la Compañía no tenía poder alguno. ¿Eran conscientes de su existencia? Sí, nada escapaba a los sistemas de información de la Compañía. Los motivos por los que permitían que aquella comunidad marginal sobreviviera le eran desconocidos. Inquieto, se volvió hacia la chica.

—Gina, esa cosa que parecía una mujer vendrá a por nosotros —dijo Amadeo.

La luces de algunas ventanas se apagaron, y desde el cielo le llegó el rumor de pasos que descendían escaleras y se acercaban a ellos. Un hombre vestido con un manto negro salió a la calle desde un edifico lateral. Otro, agitando cuatro brazos en el aire que portaban cuatro largas varas, precedió a varios perros, que ladraron con gesto amenazador.

—Gina, necesitamos salir de aquí y encontrar un sitio donde ocultarnos por un tiempo. Necesito que... —dijo Amadeo, pero Gina le hizo callar con un gesto de la mano mientras se incorporaba.

—La madre de Danny está muerta, ¿verdad? —preguntó.

—No lo sé —respondió, observando al gigante de cuatro brazos, buscando su arma—. Quizá. Es evidente que de alguna forma supieron dónde estábamos.

—Ya —respondió la joven, con voz quebrada—. No podemos ir a mi casa, nos encontrarían.

—Claro —dijo, sin prestar atención.

—Iremos a la de Cuatro, os llevaré.

—Bien —dijo Amadeo, y tras ayudar al brahman a incorporarse siguió a la joven, que ya avanzaba por la calle con paso resuelto en dirección al hombre del manto negro.

Mientras avanzaban Constantino prestó atención a los postes de luz. Lo que en un principio había tomado por electricidad no eran más que pequeños fuegos controlados: candiles de alcohol, gasolina o algún producto similar que ardían y dejaban escapar un humo negro. Respirar allí abajo durante demasiado tiempo debía ser por fuerza mortal. Al llegar a la esquina de la calle, el hombre del manto negro les detuvo con un gesto. Ocultaba parte de su rostro bajo una tela negra que había cosido torpemente a un sombrero del mismo color. Era un hombre alto, más alto incluso que Constantino, y su presencia imponía respeto.

—¿Hacia dónde os dirigís? —dijo.

El tono de su voz no era de amenaza. Reflejaba simple curiosidad, o al menos así lo sintió Constantino. El brahman intentó atisbar bajo la tela negra que cubría el rostro, pero no lo consiguió. Fabuló imaginando qué podría ocultar. ¿Alguna cicatriz? ¿Implantes? Recordó había visto aquella costumbre antes, en alguna parte, aunque no podía precisarlo con claridad.

—Vamos hacia la salida, volvemos arriba —respondió Gina.

El hombre del manto negro señaló a sus espaldas. Los brazos desnudos bajo el manto mostraban intrincados tatuajes en la piel, todos de temática hindú.

—Allí tenéis una salida —dijo.

El hombre de cuatro brazos pasó a su lado, los perros ladrando y agitando la cola tras él. Constantino se volvió para ver qué hacía. El alterado se detuvo junto a uno de los improvisados faroles, extendió una de sus varas y la retiró, envuelta en llamas. Después continuó su camino hasta el siguiente farol. Los perros corretearon a su alrededor, saltando y ladrando, intentado alcanzar las varas.

—No podemos volver por allí —respondió Amadeo, ignorando la mirada de reproche de Gina—. Nos persiguen.

—Ya —respondió el hombre—. Entonces continuad por esta calle hasta el edificio de puertas blancas. Entrad en él, arriba está la salida. Lleváis con vosotros a un brahmán, nadie os molestará.

Constantino, al comprender que aquellas palabras iban dirigidas a él, se volvió. El hombre del manto negro le miraba con una mezcla de diversión y respeto reverencial. Pensó que debía existir alguna respuesta adecuada, las palabras tradicionales que confirmaran la suposición de aquel hombre. No recordaba ninguna.

—Gracias —respondió, y el hombre asintió con la cabeza antes de continuar su camino.

Constantino intentó recordar qué significaban aquellos rostros ocultos. Había recibido una visita de un devoto ataviado de forma similar, ahora lo recordaba, cubriendo parcialmente su rostro con la misma tela negra. No recordaba la conversación, por lo que podía afirmar sin miedo que habían tratado banalidades y penurias personales carentes de interés. ¿Cubría su rostro aquel hombre para ocultar su deformidad? No, no lo creía. Sentía que la relación entre los rostros ocultos y los alterados era más que probable, pero no podía recordar a qué se debía. Una secta contra los avances tecnológicos, un movimiento organizado contra los implantes. Todo podía ser.

Avanzaron por una calle mal iluminada, alejándose de las aceras, cubiertas de restos inidentificables que, bajo la penumbra, parecían cuerpos humanos. Vieron decenas de ratas escabullirse a su paso en alcantarillas, acechándoles en su camino con sus pequeños ojos rojos. A lo lejos oyeron ladridos, una voz. Desde las ventanas les observaban rostros sin forma. Uno de ellos gritó algo que no pudieron entender, otro arrojó un cubo de agua sucia que desprendía un olor insoportable pero que no llegó a alcanzarlos. Amadeo sacó su arma en una ocasión, cuando la presencia de las ratas comenzó a resultar preocupante. No llegó a dispararla.

Una niña con un vestido gris y el pelo enmarañado, que llevaba entre sus manos una muñeca con el rostro cubierto por un retal de tela, caminó a su lado durante algunos minutos. De vez en cuando se volvía para mirarles, pero apartaba la vista si ellos le prestaban atención. Gina sonrió e intentó hablar con ella, pero la niña emitió un grito y corrió hasta desaparecer en el interior de una de las casas.

—Debe ser allí —dijo Amadeo, algunos minutos después, señalando la entrada de un edificio cercano.

—Sí, ese es —respondió Gina—. Antes bajamos. Para volver debemos subir.

El teléfono emitió una serie de pitidos, que astillaron el silencio que reinaba en la habitación. Un hombre, vestido con una camiseta sin mangas que dejaba ver los implantes de sus brazos, acudió a coger la llamada desde una sala cercana. Las manos le temblaban, y tardó unos segundos en colocar correctamente el auricular junto a su oreja.

—Diga —gruñó.

Asintió un par de veces, giró la cabeza y buscó con la mirada a otra persona; jugueteó con el cable, después colgó. Abrió uno de los cajones de la mesa sobre la que se apoyaba el teléfono y anotó con letra desigual sobre un papel reciclado algunos números y un nombre. Después desapareció por una de las puertas laterales, en dirección a la sala en la que antes se encontraba. Allí esperó en silencio, sentado en una silla de plástico, junto a una pared azul sobre la que se proyectaban imágenes de un acuario. Una música suave procedente de altavoces ocultos en el techo hizo que cerrara los ojos y se deleitara escuchándola. Dejó que el ritmo se instalara en su

sistema auditivo, amplificado por los implantes que llevaba en el interior del pabellón auricular. Lo hacía a menudo. Desconectar del mundo, olvidarse de sí mismo y meditar.

Sonó el teléfono de nuevo. El hombre se levantó, caminó hasta la sala contigua y levantó el auricular.

—Diga —dijo.

Escuchó sin pronunciar palabra durante varios minutos, mirando las intrincadas vetas que se formaban en el mármol del suelo, vetas que adquirían personalidad propia, transformándose en extraños rostros y extravagantes objetos. Escuchó hasta que terminó la llamada sin pronunciar palabra alguna y después colgó. Volvió a su sitio y se sentó de nuevo, mirando la evolución de los peces en el agua. Permaneció allí, en la misma posición, durante varios minutos, hasta que una luz roja brillante se encendió en el techo. Entonces se levantó y caminó hasta otra sala más amplia a través de varios pasillos. Se detuvo frente a una enorme mesa de madera negra. Tras ella, sentado en un sillón de cuero, ordenando una pila de papeles en diferentes carpetas de colores, se encontraba el señor Delhi. El voluminoso hombre apartó a un lado los papeles que en ese instante tenía entre sus manos y prestó atención al recién llegado.

—Han llamado —dijo, y el hombre asintió.

Extrajo una diminuta caja de metal brillante de un bolsillo de su chaqueta, la conectó a los implantes de su brazo derecho, largos tubos flexibles que encajaron a la perfección en los orificios de la caja diseñados para ello. Después leyó los números de código que había apuntado previamente y los introdujo con su mano libre en el teclado de la caja. Esperó unos segundos, después una voz mecánica habló a través de un pequeño altavoz adosado a la caja.

—Diada —dijo.

El señor Delhi entrecruzó los dedos y dejó descansar su barbilla sobre las manos.

—Te oigo, Diada. Hablas a través de un desencriptador —dijo—. Debería llamar Asap.

Ruido de estática, otras voces mezcladas de fondo. La mujer osaba llamarle desde la calle —quizá una cabina telefónica, quizá desde su propio pad—, sin tomar las debidas precauciones. El señor Delhi se removió incómodo en su asiento. Si cualquiera de los captadores habituales de llamadas de Varanasi intentaba interceptar el contenido del mensaje transmitido, no obtendrían más que un galimatías sin sentido. Sin embargo, al no procesar Diada su llamada a través del encriptador, un pinchazo revelaría el número marcado. Con esa información no sería difícil deducir que él estaba relacionado con lo que había estado sucediendo durante los últimos días en la réplica.

—Asap está muerto. Yo he perdido al objetivo, pero creo que podría encontrarlos

de nuevo. No tienen muchos sitios a donde ir —dijo Diada, la voz perdida en un mar de ruido.

—Hazlo. Si lo pierdes de nuevo, será mejor que tú también te pierdas —dijo el señor Delhi, y le hizo un gesto al desencriptador para que cortara la comunicación.

El hombre desconectó la caja y salió del cuarto. El señor Delhi se mantuvo pensativo durante varios minutos, acariciando la idea de mandar a alguien más. Asap está muerto, había dicho Diada. Si aquello era cierto, los planes no marchaban como había ordenado. Errores y retrasos, una constante en su vida. Sabía que, antes o después, el señor Romero apelaría a su ficticia amistad e intentaría salvar al detective Cabero. Sabía también que tendría que enviar a sus mejores hombres si quería capturarlos vivos. Matarlos era sencillo, pero quería reservarse ese placer para él mismo. Colocó varios folios en el interior de una de las carpetas, la amontonó junto a las otras. Diada podía encargarse de ese trabajo, no albergaba ninguna duda. Tampoco había dudado que ella y Asap volvería juntos, y ahora estaba muerto. Soltó una maldición, golpeó la mesa con el puño cerrado. Ella los encontraría, apreciaba demasiado su vida para fallar en este encargo. Pero temía que, sin la presencia de Asap, perdiera su autocontrol y acabara matándolos. Ya había ocurrido otras veces. Si algo le faltaba a Diada era templanza.

Inquieto, abrió una línea interna.

—Sí, señor —respondió una voz.

—Dígale a nuestro tercer hombre que se encargue de esto. No quiero que nuestra joven amiga cometa un error —dijo el señor Delhi.

—Desde luego, señor —respondió la voz—. Aunque si quiere mi opinión...

—No, sólo haga lo que le he dicho —le interrumpió el señor Delhi, cortando la comunicación.

Ahora debía confiar en otro elemento impredecible, otra pieza incontrolable colocada en una posición incómoda. Además le torturaba el problema de su hija. Debía acudir de nuevo a la clínica para llevársela con él. Podría dejarlo en manos de otros de sus hombres, pero en la situación actual en la que se encontraba su hija no quería que nadie excepto él mismo tuviera contacto con ella. Le incomodaba pensar en su hija, convertida en un trozo de carne insensible, ajena a los sucesos que tenían lugar a su alrededor. Ciega al amor de su padre. Tomó otro paquete de hojas entre sus manos y los hojeó. La lista de artículos y empresas le confundió. No recordaba todo aquello, y no tenía tiempo para leerlo. Muchas veces su chambelán le reprochaba su falta de costumbre con los pads, con las nuevas tecnologías. No podía evitarlo, sentía cierto apego hacia formas tradicionales, como el papel impreso o el empleo de intermediarios como su desencriptador. Le daba una cierta autoridad, una sensación de poder que el contacto directo con el pad o videored le privaba. Siempre había agradecido la regulación de los alterados, la posibilidad de usar cuerpos humanos

como simples objetos pagando la suma que fuera necesaria. El trabajo, un privilegio caro, no un derecho. Un solo cambio que había transformado la sociedad.

Colocó las hojas en una carpeta y las amontonó con las demás. De nada servía preocuparse ahora por el objetivo. Diada le informaría a su debido tiempo, y las noticias serían positivas. No podía fallar, había demasiado en juego. En cualquier caso, desde su posición remota, en las afueras de Varanasi, sólo podía esperar. Esperar, y preparar adecuadamente la recepción para sus invitados.

3

Una luz ambarina procedente de un cartel se filtraba a través de las persianas quebradas que cubrían la ventana. Las bombillas que formaban las letras del cartel se habían fundido en su mayoría, pálidos esqueletos redondeados que nunca habían sido sustituidos. Algunas noches Cuatro deseaba romper las que quedaban, relegando a las tinieblas el mensaje, ya ilegible desde la calle, que mostraban.

Desde el interior de su cuarto, apenas una cama desvencijada de muelles oxidados por el tiempo y una mesa de plástico blanco combada bajo el peso del terminal, Cuatro seguía con atención la evolución de los caminantes. Sostenía ante sus ojos una cámara fotográfica, conectada mediante un puerto de infrarrojos al terminal que descansaba sobre la mesa. El terminal emitía un rumor similar al jadeo de un animal herido cada vez que Cuatro manipulaba la cámara. Recorría con el teleobjetivo las calles cercanas, estrechos caminos de edificios grises y ventanas cerradas. Allí descubría mendigos pidiendo limosna, hombres caminando deprisa con el rostro cubierto por un respirador, niños jugando junto a una fuente sin agua, mujeres en la puerta de los edificios ocultando su sonrisa bajo filtros grises. Después orientaba la cámara hacia los puentes de acceso a Varanasi, ampliando la imagen para perseguir a los rickshaw en su accidentado camino, o encontrar el rostro sereno de un shadu, o descubrir a dos jóvenes abrazados junto a un vendedor de flores. Todos ellos ignoraban aquella intromisión no autorizada en sus vidas. Si lo sospecharan, la imagen capturada por la cámara carecería de valor. Cuatro conocía las miradas, los gestos, los movimientos. Una imagen robada valía mil veces más que una instantánea contaminada por un modelo advertido.

Cada cierto tiempo tomaba una fotografía. A veces se trataba de un niño agachado junto a una farola, atando su zapatilla, un bindi brillando en su frente. Otras se trataba de un grupo de jóvenes reunidos alrededor de una mesa improvisada con tubos y un cartón, jugando una partida de cartas entre gritos y aspavientos. Otras, una mujer portando una cesta con flores, de camino a uno de los templos cercanos, sonriendo al pasar junto a un alterado de rostro taciturno. Cuatro capturaba aquellos instantes cotidianos, atrapando en su cámara escenas a primera vista intrascendentes, pero que una vez volcadas y examinadas detenimiento siempre le asombraban por los detalles inesperados, casi mágicos, que poseían.

Cuatro tomó una instantánea de dos hombres que caminaban apresuradamente hacia uno de los locales de videored. Llevaban traje negro y zapatos caros, poco habitual en aquella zona. Tras tomar la foto se apartó de la ventana, corrió las cortinas —negras, gruesas, infranqueables—, y dejó la cámara sobre la mesa, junto a su terminal. Volcó las fotografías almacenadas en la tarjeta de memoria al terminal y encendió el proyector, iluminando la pared lateral con el logotipo de la Compañía.

Con parsimonia desenrolló su teclado —una membrana transparente de plástico blando— sobre la mesa y comenzó a examinar las imágenes. Aquella tarde había realizado más de trescientas fotos, y estimó que seleccionar las adecuadas para su panel le llevaría más de una hora. Para concentrarse eligió una de las emisoras de música habituales —ritmos marciales, música electrónica, voces sampleadas—, y dejó que los ritmos frenéticos de Feindflug, un grupo de principios de siglo, se filtraran por los altavoces del techo. Observó detenidamente las fotografías, centrándose en los detalles insignificantes, persiguiendo en el interior de las imágenes las pequeñas maravillas que habían pasado desapercibidas para su ojo al tomar la instantánea. En una de ellas descubrió algo que semejaba un cuerpo deslizándose por el río, bajo el puente, en la esquina superior de la imagen. Quizá un cadáver arrojado a las aguas, quizá un nadador desquiciado, quizá un devoto que llevaba al límite sus abluciones. Resultaba perturbador, casi morboso. Decidió imprimirla.

Llamaron, varios golpes rápidos. Carne contra metacrilato. Cuatro apagó el proyector y se levantó. En la pantalla plana que había instalado en la puerta pudo ver el rostro de Chris, sonriendo a la cámara de vigilancia oculta en la mirilla, saludando con la mano. Abrió y le invitó a pasar.

—Adelante —dijo.

—Gracias, Cuatro. He traído el juego —respondió Chris, mostrándole un tablero de cartón plegado y una caja de plástico transparente con piezas en su interior.

—Perfecto entonces —dijo Cuatro, acercando otra silla hasta la mesa para que ambos pudieran sentarse.

Chris desplegó el tablero sobre la mesa mientras Cuatro sacaba las fichas de la caja —pequeñas reproducciones de elefantes, leones y otros animales tallados burdamente en arcilla— y las dejaba a un lado.

—¿Cómo van esos brazos? —dijo Chris, colocando las fichas sobre el tablero.

Cuatro alzó los hombros. Los dos brazos que se había implantado para las representaciones junto al río yacían flácidos a sus costados, y habían adquirido en el transcurso del último mes un desagradable color morado. Desde que su sistema nervioso había perdido el contacto con ellos, poco a poco habían ido degradándose, convirtiéndose en algo inútil que, mucho se temía, tendría que amputar. Sin embargo no había conseguido ahorrar lo suficiente para apuntarse a una compañía médica privada, y dejar la operación en manos de uno de los doctores ilegales de la periferia no le atraía demasiado.

—¿Hasta qué punto son reales? —preguntó Chris, y Cuatro se sintió incómodo.

No solían comentar aquel tema, y la insistencia de Chris no hacía más que obligarle a pensar en lo que le estaba ocurriendo. Había intentado refugiarse en la ignorancia. No prestes atención a lo que te ocurre, no puede ser tan malo como parece. Ya no funcionaba. Los brazos implantados habían perdido toda utilidad, y su

aspecto no invitaba a pensar en nada bueno.

—Depende de lo que entiendas por real —dijo Cuatro—. Desde luego, no están hechos de carne humana, y si temes que se me gangrenen y termine muriéndome entre convulsiones, olvídalo. Ni siquiera están en contacto con mi sistema sanguíneo, así que hazme el favor de olvidarte de todo esto y dediquémonos a lo verdaderamente importante.

Chris sonrió, terminó de colocar las piezas.

—Con lo que están en contacto es con tu sistema nervioso, desde luego —dijo, realizando un gesto con las manos que invitaba a comenzar el juego.

—No recuerdo quién empezó la última vez —dijo Cuatro.

—Bueno, no tiene importancia, yo empezaré esta vez —dijo Chris, girando el tablero para que las fichas blancas quedaran frente a él, y avanzó un peón.

Realizaron varios movimientos mecánicos, sin apenas prestar atención a las acciones del contrario. Habían jugado tantas veces juntos al Chaturanga que, por fuerza, las aperturas tendían a repetirse. Chris jugaba a menudo por videored. Se conectaba durante horas y jugaba una docena de partidas simultáneas mientras recorría los canales de información, sobre todo aquellos centrados en tecnología. Cuatro sabía que Chris se tomaba aquello como algo más que un juego, y sabía que ese entrenamiento exhaustivo, unido a su creciente falta de interés, era el principal motivo por el que perdía partida tras partida. En cualquier caso, ganador y perdedor, ambos disfrutaban del juego. Cuatro se preguntaba algunas veces si Chris, con su mirada triste y sus gestos contenidos, no se aburriría jugando contra un rival tan débil. Imaginaba que algunas otras cosas le enriquecían lo suficiente como para volver una y otra vez. Quizá la conversación, quizá el contacto con otro ser humano, en una época en la que muchos presumían de la belleza de su soledad. Quizá un aborrecible sentimiento de piedad que le conducía hasta la casa de Cuatro para ayudarle a superar su situación.

—¿Has oído lo de Pseudo? —preguntó Cuatro, sopesando un elefante en la palma de su mano y mirando la posición en el tablero.

—Sí —respondió Chris—. Algo muy feo. Profesionales, pero descuidados, como si tuvieran prisa. Me temo que estará relacionado con lo del chico ese del puente Chandika.

Cuatro hizo su movimiento y un segundo después comprendió que se había equivocado. Simuló no advertir el error y se levantó a buscar unas bebidas. Volvió con unos vasos y unas cervezas, y sirvió un poco en cada uno de ellos. Chris había movido su caballo a la posición que esperaba; él también había advertido su error.

—¿Por qué crees que está relacionado? —dijo Cuatro, revisando el tablero, consciente de que tendría que abandonar y empezar una nueva partida antes de lo que esperaba.

—El chico era novio de Gina. Ya sabes, la niña esa que odia su bindi, la amiga de Pseudo. Alguien está buscando algo, y no parece tener muchos miramientos. Además, he oído algo de un tiroteo en el río durante la celebración del Utsavam, y Gina estaba por allí.

—Ya —dijo Cuatro, derribando su rey—. Por hoy lo vamos a dejar, Chris.

Chris alzó las cejas, pero no dijo nada. Recogió con cuidado las piezas y las colocó en la caja. Mientras lo hacía no dejó de mirar a su amigo. Después dobló el tablero, apuró su cerveza, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Cuatro le acompañó.

—La cerveza estaba muy buena. Me hubiera gustado tomar otra —dijo Chris.

Cuatro abrió la puerta, asintió.

—Pásate dentro de un mes, como siempre. Tendré preparadas otras dos bien heladas.

—Claro, no lo dudes. Tengo que ganarte otro centenar de partidas de aquí al próximo Utsavam —dijo Chris, sonriendo, apoyando la mano en el marco de la puerta—. Vendrá aquí, ¿verdad?

—No tiene otro sitio donde ir —respondió Cuatro, encogiéndose de hombros.

—Claro. Mira, cuídate, ¿vale? Me gustaría que, en un futuro, si todo sale bien con lo de tus brazos, volvamos a representar el Ramayana.

Cuatro sonrió y le palmeó el hombro. Chris se marchó, cerrando la puerta. Cuatro se quedó allí varios minutos, mirando al vacío, recordando los momentos que había pasado con aquel hombre en el río, rodeado por la multitud, esperando con la mirada baja los aplausos y las monedas. Después pensó en Gina. Sin duda vendría hasta él. ¿Dónde más podía ir? Aquella chica perdida apenas tenía amigos, y él era uno de ellos. Lamentaba lo de su novio, aunque en realidad nunca le hubiera conocido. Para aquellos temas Gina era muy reservada. Cuatro pensaba que, de alguna forma, ella creía que él se sentía atraído por ella, y no quería desilusionarle. Confundía aprecio con cariño, y sabía que esa confusión haría que viniese a verle. No tendría valor para echarla.

Volvió a su cuarto. Sobre el cabecero de la cama había instalado su obra, la creación a la que había dedicado más de cuatro años. Un panel —gris, metálico— recorría de lado a lado la pared. Cuatro había rellenado la mayor parte con su colección de fotografías, seleccionando sólo aquellas que, de alguna manera, ofrecían una imagen insólita. Se deleitaba mirándolas, buceando en su secreto hasta hallar el elemento que las convertía en algo especial, recordando al instante cómo y cuándo había capturado la imagen. Formaban parte de su memoria, engrandecían sus recuerdos. No como aquellos chips de memoria que les implantaban a los enfermos de alzheimer, que retenían recuerdos aleatorios sin importancia y desechaban los realmente valiosos, los que le dan un sentido a la vida. Tomó entre sus manos la fotografía que acababa de imprimir. Una instantánea del puente de Durga. Dos chicos

sobre el puente, junto al puesto de un vendedor de flores. Un rickshaw circulando sin pasajeros, colores brillantes en los laterales. En uno de los extremos del puente una estatua de Kali, los cuatro brazos sin manos, arrancadas por algún gamberro o un creyente coleccionista de fetiches. Un momento de varias vidas cristalizado, convertido en un instante de memoria. Cuatro vio que, bajo el puente, algo se deslizaba sobre las aguas. La imagen en el río no estaba enfocada: resultaba difícil adivinar las facciones, la silueta. Sin duda era un hombre, pero algo en la imagen hacía pensar en cualquier otra cosa, probablemente algún implante inusual. No se trataba de un cadáver, como había pensado al principio. Aquello, fuera lo que fuese, avanzaba, abandonando la réplica en dirección a la periferia.

—Los recuerdos —dijo Cuatro, como si esperase una respuesta.

Notó un cierto picor en uno de sus brazos implantados, pero no hizo ningún esfuerzo por evitarlo. No quería tocar esa piel muerta y sentir cómo se deshacía bajo sus dedos. Bastante difícil le resultaba ya convivir con ellos. Colocó la fotografía en el panel, perdida entre el resto, rellenando espacios vacíos destinados a albergar recuerdos. Después dio un paso atrás y contempló el resultado. La nueva imagen se fundía con las otras, se perdía en un laberinto de conexiones de memoria. Satisfecho, caminó hasta la ventana.

—Date prisa, niña —dijo Cuatro, mirando al puente de Durga—. Pronto pensarán en mí.

Las luces de las ambulancias brillaban en los rostros de los curiosos. Varios agentes se movían de un lado a otro, preguntando a los presentes acerca del incidente, recogiendo muestras del suelo, apartando a la multitud, acercándose a los templos, atendiendo a los heridos.

—Malditos sefardíes —dijo Raúl, agachado junto a uno de los cadáveres.

—¿Qué? —preguntó el forense a su lado, colocando un lector sobre el dedo anular del cuerpo.

—Los judíos, eso digo. Los sefardíes. Todo el mundo sabe que ellos fueron los que crearon la primera réplica, en Toledo. Que no llegara a funcionar no significa nada. Ellos lo empezaron todo, como siempre. Después vinieron los musulmanes y su Kurtuba del demonio, pero la primera réplica es de origen judío, eso es una verdad como un templo.

El forense parpadeó un par de veces, volvió el rostro.

—Tenemos registro de éste. Daniel Pérez de Andrés, veinticuatro años, varón, blanco. Algunos delitos menores, robos y cosas así —dijo un agente, dirigiéndose a Raúl.

—Ya. Del otro no encontraremos nada, no os molestéis. Fichad el cuerpo y traed un basurero para que se lo lleve.

Raúl se alejó unos pasos del lugar del crimen. La multitud se había dispersado

casi por completo, y quedaban ya pocos curiosos en los alrededores. Atardecía, y la brisa helada que se desprendía del río se le colaba entre los huesos. Tosió un par de veces y acarició su mejilla, en el lugar en el que Amadeo le había golpeado, junto a su implante. Todo aquello tenía relación directa con aquel maldito bastardo. El hombre corpulento debía ser otro de los agentes del señor Delhi, sin duda alguna. Al parecer no confiaba lo suficiente en su gente, y repartía los trabajos entre sus esbirros sin ningún criterio lógico. Raúl sonrió, pensando en cuánto tardaría el señor Delhi en contactar con él y suplicarle su ayuda. Visto como actuaban sus hombres, llamarle sería la mejor solución.

Se dirigió a su coche y activó su pad. Algunos mensajes pendientes, todos referentes al caso Asura, como lo habían bautizado. Pensó en este nuevo caso, buscando similitudes. Las heridas de bala de los fallecidos no ofrecían vínculo alguno, pero sí las heridas de arma blanca que presentaban varios de los hombres tigre. La mayor parte de los testigos afirmaba que se trataba de una mujer con implantes de acero en las manos; otros decían que habían visto por lo menos a tres mujeres, todas ellas armadas con cuchillos. Podría tratarse de otro agente, podría haber sido cualquier otra persona. Quizá ni siquiera tenía una relación directa con su búsqueda. No, no lo creía. Estaban allí buscando algo, muy probablemente lo mismo que buscaba el señor Delhi.

—Tenemos información adicional —dijo un agente a su lado.

Raúl asintió con la cabeza, invitándole a continuar.

—La madre de la víctima ha sido encontrada en su casa, muerta. Alguien se divirtió con ella. Su cadáver presentaba heridas similares a las de los bailarines de la procesión.

—Relaciones conocidas —dijo Raúl.

—Regina Hernández, novia. Joaquín Díaz, alias Pseudo, contacto por drogas. Román Díaz, alias Cuatro, contacto por...

—Envíame las direcciones al terminal del coche. Y mandad a alguien a la casa de la chica —dijo Raúl, entrando en su vehículo.

Sonrió.

Todo empezaba a cuadrar.

Ha salido del agua. La sensación de sentir su cuerpo empapado ha sido sorprendente, agradable. Se ha sumergido varias veces hasta lo más profundo en esas aguas oscuras, hasta sentir el lodo del río entre sus dedos. Allí descansan cuerpos que querían ser olvidados, objetos perdidos arrojados por sus propios dueños, animales muertos que al crecer se convirtieron en una molestia. Los ha tocado, recorriendo contornos, acariciando texturas. En la superficie del agua flotan restos de ceniza, troncos de sándalo, recipientes con flores y velas de cera, porquería y basura. Acaricia los objetos, hunde los recipientes, se apoya en los troncos. Todo a su

alrededor son sensaciones nuevas, inesperadas. Había leído sobre ello, visto imágenes, oído el rumor del agua. Ahora sabe que la experiencia ofrece mil veces más que la simple teoría.

Ha salido del agua, y permanece tumbado en la orilla, sintiendo en su cuerpo el roce de la piedra, de la arena. Mira al cielo negro, oscuro, iluminado en ocasiones por anuncios publicitarios que se despliegan en el aire como bandadas de pájaros, proyectados desde las terrazas de los altos edificios que rodean el río. Oye música, lejana, no sabe de dónde procede. Al otro lado del río, sobre los puentes, la gente se agolpa, dejando caer al agua diminutas ofrendas, comprando flores en los puestos, charlando y bebiendo, cantando y viviendo. En su orilla sólo queda soledad, silencio. Nadie quiere salir de allí, nadie excepto él. Sabe a dónde debe acudir, ha memorizado un mapa. Ellos nunca creyeron que le sirviera de nada. Pensaron que le asaltaba la nostalgia, y le permitieron conocer, saber, revivir recuerdos confusos y formar una realidad coherente en su cabeza. A pesar de ello, no está seguro de poder conseguirlo. Incluso aunque se mueve por la noche, ocultándose, no ha podido evitar ser descubierto en varias ocasiones. Entonces debe matar, y no quiere hacerlo. No quiere hacer daño a nadie.

Sólo desea encontrar a su madre.

Sabe dónde debe buscar, dónde acudir. Evitará caminos principales, avanzará por senderos escondidos. Memorizó una ruta segura que debería permitirle alcanzar su destino con relativa facilidad. Conoce el olor de su madre, y podrá acercarse a ella con el sigilo que requiere la ocasión.

Oye voces cercanas, alguien cerca del río. Oye risas. Gente celebrando la noche, gente que no comparte las fiestas de Varanasi, pero que igualmente disfruta de la alegría nocturna. Sabe que, donde se encuentra, podrían verle. Sólo tendrían que asomarse al río, y lo descubrirían. Pero no se mueve. Espera en silencio hasta que los pasos se alejan, las risas se pierden. No quiere hacerles daño, y si le ven deberá hacérselo. Después se incorpora, mira a su alrededor. El río está en silencio, tranquilo. No quiere marcharse de allí. Quiere disfrutar de esta maravillosa sensación de soledad, disfrutar del contacto de la tierra con su cuerpo, del aroma del río.

No puede hacerlo.

Se incorpora y camina por la orilla, en dirección a una de las escaleras de acceso, oxidada, clavada en el muro. Y mientras lo hace, mira atrás, a los templos, a los ghat, y sabe que, tarde o temprano, volverá allí a reclamar lo que le pertenece.

4

Las llantas ronronearon sobre el asfalto cuando el vehículo se detuvo frente a la entrada del edificio. Ya había anochecido, y destellos de luz procedentes de las farolas más cercanas bailaban sobre la carrocería como fuegos fatuos en un cementerio. Las puertas del edificio se abrieron, y una vaharada de calor procedente del interior acompañó a las dos mujeres que salieron. Vestían de blanco, con rostros serios, y caminaban apresuradamente por la rampa lateral precedidas por una silla de ruedas. Cuando las portezuelas del coche se abrieron y bajaron dos hombres al unísono, se detuvieron frente a ellos y esperaron en silencio.

—Marchaos, aquí nadie necesita vuestra ayuda —dijo uno de los hombres, ayudando a bajar al señor Delhi del asiento trasero.

Las mujeres dieron la vuelta y ascendieron por la rampa. Entraron en el recinto y cerraron la puerta tras ellas sin mirar atrás. El señor Delhi las siguió con la mirada, un gesto evidente de disgusto reflejado en su rostro.

—Me aseguraron que no aparecería nadie en esta entrada —murmuró—. Quiero que habléis con ellas. Explicadles que será mejor que olviden esta visita.

—Claro —respondió uno de los hombres, un alterado con implantes de metal en nudillos y falanges de la mano derecha, adelantándose e internándose tras las mujeres en el edificio.

Tras él caminaron el señor Delhi y su acompañante. En el interior, junto a una máquina expendedora de bebidas, un reloj luminoso marcaba las dos y cuarto de la madrugada. La hora de visitas había terminado hacía mucho tiempo, pero el señor Delhi no pensaba marcharse de allí sin su hija. Se acercó hasta el puesto de información, donde un alterado les esperaba con las manos apoyadas sobre la pulida superficie del mostrador.

—¿Puedo ayudarles en algo, señores? —dijo, con voz tranquila.

Uno de sus ojos había sido sustituido por una microcámara, que el señor Delhi supuso estaría conectada con el sistema de vigilancia interno del hospital. Tendrían que ocuparse de ello más tarde, con discreción. Ahora no podía permitirse montar un escándalo. Había demasiado en juego para estropearlo por un instante de mal humor. Aquel hombre atendería a razones, por algo tenía su precio y había aceptado el pago.

—Necesitamos hacer una visita —dijo el hombre que acompañaba al señor Delhi, dejando sobre el mostrador una tarjeta.

El interno tomó la tarjeta y la introdujo en su terminal. Se le dilataron las pupilas y abrió la boca, después la cerró. Tecleó varias instrucciones, cabeceó un par de veces, volvió a enfrascarse con el teclado sin apartar la vista del monitor. De pronto sentía que la temperatura en el hospital había subido varios grados. Gotas de sudor brotaron en su frente.

—Habrá preguntas —murmuró mientras tecleaba.

—Con lo que se te paga, ya inventarás alguna respuesta —respondió el señor Delhi.

—El enlace de la cámara... —dijo, mirando los datos que se reflejaban en la pantalla, negando con la cabeza.

—Lo borraremos.

El interno asintió con un imperceptible movimiento de cabeza mientras manipulaba la información del registro del hospital y eliminaba las referencias que se indicaban en la tarjeta. Tenía la frente perlada de sudor y los dedos le temblaban, pero continuó con su trabajo hasta que consideró que había terminado. Después repasó varias veces los enlaces y accesos relacionados con las referencias eliminadas. Nada.

—Pueden pasar, utilicen el ascensor del fondo. No deberían tener problemas, la planta estará vacía —dijo el interno.

—Te responsabilizo de lo que ocurra —respondió el señor Delhi, caminando hacia el ascensor—. Si algo falla, vendré a buscarte.

El interno vio como entraban en el ascensor y las puertas metálicas se cerraban con un suspiro. Abrió un cajón de su mesa, se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Los dígitos fueron cambiando mientras el ascensor ascendía hacia la planta en la que, encerrada en su cuarto, dormía la mujer que buscaban. Nunca había hablado, nunca había cruzado la mirada con un médico u otro interno. Temblando, el alterado extrajo la tarjeta de memoria de su terminal y la hizo pedazos con unas tijeras. Cada corte quebró el silencio de la sala con un chasquido, cada corte hizo que se estremeciera. Murmuró algunas palabras sin sentido, aterrado. Había arruinado su trabajo. Debía marcharse de allí ahora mismo. Nada evitaría que, antes o después, descubrieran que todo se había llevado a cabo desde su terminal. Recordó el ingreso que había descubierto en su cuenta. Suficiente dinero para revertir la operación, para arrancar de su rostro aquella monstruosidad de metal que le mancillaba. Para empezar una nueva vida.

Había entregado otra a cambio.

Aprendería a vivir con ello.

Llegó hasta el vehículo de la Compañía y golpeó en el cristal del asiento del conductor con los nudillos. Retrocedió un paso y buscó en sus bolsillos la caja de cerámica en la que llevaba sus pastillas. Del interior del coche bajaron dos hombres, se acercaron hasta él. Una música dulce procedente del vehículo se disipaba en el ambiente como si de niebla se tratase.

—Estábamos esperándole —dijo uno de ellos, frotando sus manos—. Aquí fuera hace frío.

—Ya. Subamos —dijo Raúl—. A ver qué podemos sacar en claro.

Arriba, en el interior del edificio, el frío era más intenso. Las luces de los pasillos

y las escaleras no funcionaban, por lo que tuvieron que subir rozando con la mano las paredes. Mientras ascendían, sintiendo como los escalones crujían bajo sus pies, amenazando con hundirse en cualquier instante, oyeron voces tras las puertas cerradas. Gritos, susurros. El rumor monocorde de la televisión. Al llegar a la tercera planta se detuvieron frente a una puerta abierta.

—Es ésta —dijo uno de los hombres.

—Asombroso —respondió Raúl, entrando en el apartamento.

La puerta había sido forzada, quebrada la cerradura con algún objeto afilado. Raúl hizo una seña a uno de los agentes para que se adelantara. El hombre desenfundó su arma y avanzó en silencio por el pasillo. Las paredes, empapeladas con flores y lámparas, mostraban manchas oscuras en distintos puntos. Un ambiente húmedo empapaba el lugar. De los cuartos más alejados emanaba un olor dulzón, un olor inconfundible que todos identificaron al instante. Raúl siguió los pasos del agente, se detuvo frente a una puerta, la abrió. Una silla rota, la encimera y el fregadero repleto de vasos y platos sucios, cubiertos por una capa de moho. Cajones abiertos y volcados. Muebles quebrados, con las puertas arrancadas de sus bisagras. Junto a una mesa, una mujer. Quizá la madre de la chica. Un disparo en la cabeza, heridas de arma blanca en brazos y torso. Poco profesional, realizado casi con desgana.

—Aquí tenemos otro —dijo uno de los agentes, tomando notas en su pad.

El caos de la cocina no podía haber sido provocado por los visitantes. Algo no funcionaba en aquella familia, pensó Raúl, siguiendo al agente hasta el otro cuarto. Alguien había trazado surcos en las paredes del pasillo, rasgando el papel y cortando yeso y ladrillos. Dudó durante unos segundos entre dos posibles sospechosos, después recordó el disparo en el cuerpo de la mujer.

Encontraron al chico tumbado en el suelo, junto al terminal de videored. Bajo su cuerpo se extendía un charco de sangre. Le habían destrozado la espalda y la nuca con incisiones profundas, desgarrando la piel y cortando los huesos, y alguien había rematado el trabajo disparándole en la cabeza. Uno de los agentes se agachó junto al cuerpo.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó, mirando a Raúl.

—Que manden un equipo de basureros y recojan todo esto. Falta el padre; la mujer estaba casada, localizadle y contadle lo ocurrido —dijo Raúl, la mano apoyada en su nuca—. Yo visitaré al siguiente de la lista.

—¿Tiene relación con el caso actual? —preguntó uno de los agentes.

—Desde luego. Archívalo. Yo lo enviaré a la Compañía.

—Claro —respondió el agente—. Nosotros nos encargamos.

—Cuatro vive en la otra orilla, tendremos que cruzar al otro lado —dijo Gina con voz firme.

—No podremos hacerlo por los puentes, estarán vigilados —dijo Amadeo.

Gina asintió.

—Ya había pensado en ello, saldremos por el túnel —respondió la joven.

Habían salido de nuevo a la réplica por la azotea de uno de los edificios. Gina parecía desenvolverse con naturalidad en todos los lugares de Varanasi, y Amadeo era consciente de que dependían por completo de ella para salir de allí. El detective Cabero no sería de ninguna ayuda. Al parecer había dedicado los últimos años a esconderse de sí mismo, buscando refugio en las deidades hindúes y ofreciéndose como brahmán para cientos de creyentes que ignoraban su pasado. Amadeo se acercó hasta él, le tomó del brazo con cierta rudeza, y siguieron a Gina por las calles de Varanasi.

En su camino se cruzaron con cientos de personas, pero no intentaron ocultarse. Si alguien quería localizarlos en aquella zona, no tendrían posibilidades de evitarlo. Amadeo confiaba en que sus perseguidores se centrarían en puntos concretos, como los puentes de acceso a la réplica y lugares cercanos al río. Esperaba que un poco de suerte les permitiera llegar hasta el túnel que había mencionado Gina, y que ese camino no estuviera vigilado.

—Es por aquí —dijo Gina, conduciéndolos hacia un edificio acristalado.

—Esto parece un hospital —murmuró el detective Cabero.

—No lo es —respondió Amadeo, recordando el lugar.

En los últimos años debían haber cambiado muchas cosas en Varanasi para que edificios como aquellos no dispusieran de vigilancia. Había oído hablar de los centros de memoria, lugares en los que se empleaba a ancianos para trabajos distribuidos. Conectaban a sus sistemas los chips de memoria injertados para controlar el avance del alzheimer o la demencia senil, y los redefinían para sus propias necesidades. Las familias accedían a ello cuando ya no podían seguir cuidando de sus mayores. Como si de vendedores de inmobiliarias se tratara, los comerciales de los centros de memoria captaban posibles candidatos visitando las casas y evaluando las posibilidades económicas de las familias. En muchos casos, su sola presencia bastaba para tomar una decisión, y hombres que todavía podían valerse por sí mismos, pero habían alcanzado una edad demasiado avanzada como para poder mantenerse sin depender de sus hijos o sus nietos, eran entregados a cambio de una importante cantidad mensual y la falsa promesa de que no serían maltratados.

A Amadeo le sorprendía la falta de vigilancia. Aquellos lugares siempre estaban sujetos a riesgos. Los chips de memoria eran un botín muy codiciado por las corporaciones, y algo les debía decir a los ladrones de datos que no debían acercarse a aquel edificio en particular, algo temible.

—¿Aquí encontraremos el túnel? —preguntó Amadeo a Gina.

—Simplemente seguidme y no digáis nada, ¿vale? —respondió ella.

Entraron y la joven se acercó hasta el mostrador de información. Habló durante

varios minutos con un alterado, después le entregó algo que extrajo de su mochila y que Amadeo no pudo ver. La joven había estado muy reservada desde que había descubierto que, en la huida, había perdido un colgante. Parecía concederle más importancia a ese colgante que a la misma muerte de su novio. ¿Se trataría de un regalo de su novio?, pensó Amadeo. Se prometió a sí mismo que, si aquella aventura llegaba a buen término, le regalaría un nuevo colgante a la chica. Gina terminó la conversación y volvió con ellos.

—Nos dejarán pasar. Vamos.

—¿Qué has hecho para conseguirlo? —pregunto el detective Cabero.

Gina sonrió mientras les indicaba el camino.

—Les he entregado los recuerdos del abuelo.

Revisó una vez más los papeles que había sobre su mesa. Tenía la costumbre de imprimir todos los partes pendientes y los informes de tareas de la semana, para poder repasarlos con tranquilidad más tarde. Dejaba esa labor para las últimas horas de su turno, y aquel día se había retrasado. No había conseguido centrarse en su trabajo desde que había leído sus mensajes atrasados. Tras el desagradable encuentro que había sufrido en el cuarto de la paciente olvidada, como la denominaban en el centro, no había podido terminar sus turnos correctamente. La supervisora le había llamado la atención en dos ocasiones, por falta de atención con los pacientes, y ciertamente tenía razón.

Recordó de nuevo el mensaje que había recibido. Habían sido breves, como siempre, ocultando información a todos aquellos que no trabajaban directamente con el sujeto. Un escueto “El sujeto ha desaparecido”. En un principio no había entendido el mensaje. Tuvo que comprobar dos veces el remitente para recordar de dónde procedía. Una vez que estuvo segura de quién le enviaba el mensaje, todos los intentos que había hecho por olvidar el pasado se derrumbaron.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto tiempo desde la última vez que descendió hasta aquel habitáculo infecto en las entrañas de la réplica? Todo había comenzado con una casualidad. Aquellos hombres que se presentaron en su despacho varios años atrás no la buscaban a ella, sino a una de sus compañeras de promoción. Sin embargo, una vez que comenzaron a hablar con ella no se echaron atrás. Buscaban a una mujer con conocimientos en genética y nanotecnología para trabajar en un nuevo proyecto de alteraciones, desde un punto de vista distinto al habitual. Sería trabajo de campo, con una interacción absoluta con el sujeto de estudio. La oferta económica era abrumadora, irresistible, sobre todo para alguien que debía sostener a su familia desde que su padre había perdido su trabajo. Escuchó los detalles —breves, fragmentados— que los visitantes le proporcionaron, y después aceptó acudir a una cita en las instalaciones de la empresa privada que realizaba el estudio.

Pasó la noche en vela dándole vueltas a la oportunidad inesperada que se le había

presentado. Pensó en su compañera, destinada en otro hospital, ignorante por completo de todo lo que se perdía. Pensó en su familia, en la precariedad en la que vivían, dependientes del sueldo de una médico interina. También evaluó los riesgos, los puntos negativos. Podía echar a perder su carrera, podía involucrarse en algo demasiado peligroso y luego no poder salir. Desechó todo de un plumazo: debía aceptar, debía acudir a la cita prevista y responder con un sí enérgico. No tendría otra oportunidad como aquella.

Acudió a la cita, escuchó con paciencia toda la información referente al tratamiento que estaban aplicando. Sintió nauseas cuando le detallaron cómo habían introducido las alteraciones genéticas en el cuerpo del niño, cómo habían implantado la nueva personalidad en su mente, cómo respondía su cuerpo al tratamiento. Le llevaron a las cinco habitaciones que formaban su mundo, le permitieron observar su evolución a través de los cristales. Les preguntó cómo habían conseguido el niño, le respondieron con evasivas: donaciones anónimas, mujeres que rechazan a sus hijos y los abandonan, orfanatos. No era el primero, no sería el último. Todos reaccionaban mal al tratamiento, estaban tratando de controlar los daños colaterales que sufría el organismo.

Daños colaterales.

A pesar de todo, aceptó. Firmó una docena de documentos, por duplicado, por triplicado. Ingresaron en su cuenta una cantidad inicial, que mes a mes se incrementaría de forma exponencial. Registraron su código, activaron un nuevo pad, le proporcionaron un alojamiento dentro del edifico de la empresa. No podría salir de allí mientras durara el experimento, debía formar parte del entorno cercano de los niños. La dejaron acudir una vez a su hospital, solicitar una excedencia indefinida. Ellos le aseguraron que podría volver a su trabajo sin inconvenientes. Ellos se encargarían. Les preguntó cuánto duraría el experimento, le respondieron que eso dependía de la resistencia física de los niños. Por ahora todos fallecían antes de completar el ciclo. Un ciclo completo no debería llevar más de seis años. ¿Todos han fallecido hasta ahora?, les preguntó. No, le dijeron, no todos. Pero no le dieron más detalles.

Pronto pasó a formar parte del equipo. Trabajó desde dentro, en contacto directo con los niños. El primero, de pelo rubio y ojos azules, no soportó los primeros cambios, y sufrió un paro cardíaco al cabo de seis meses. El segundo no aguantó tanto, apenas tuvo tiempo de relacionarse con él. Sin embargo, el tercero había respondido correctamente a las primeras alteraciones, había soportado el dolor sin una queja, sin apartar jamás la mirada, como si supiera algo que todos ellos ignoraban. El tercero había sobrevivido, se había transformado en otra cosa que no podía definir. El tercero, que la había llamado madre.

Le dijeron que su trabajo había terminado, que podía volver a su rutina anterior.

El dinero estaba ingresado, podría hacerlo efectivo cuando quisiera, sin embargo prefirió guardarlo. Necesitaba saber qué harían con el tercero, para qué servirían sus alteraciones. Hasta que no lo supiera, no tocaría las cuentas. Ellos no respondieron a sus preguntas, no tenían por qué hacerlo. Ya lo sabría en un futuro, le dijeron. Ya lo sabría.

Y ahora había escapado. Había soñado cientos de veces con esas enormes manos desgarrando cuerpos, mutilando inocentes por las calles de la ciudad. Con esos dientes cortando carne, con esa mandíbula masticando los restos de los cadáveres. En realidad, no sabía si aquella criatura actuaría así o, por el contrario, sería un asesino silencioso y rápido. Sólo sabía que había sido alterado para matar, y si había escapado es lo que estaría haciendo. Matando.

Y buscando.

Buscándola a ella, a su madre.

Oyó el ruido del ascensor. Alguien se habría quedado más tiempo, como ella. O quizá era el vigilante, realizando su ronda nocturna. Fuera quien fuese, le apetecía salir del despacho y hablar, sentirse acompañada. Se levantó, dejando los papeles tal y como estaban sobre la mesa, y salió al pasillo. No sabía si el ascensor se detendría en su planta, así que se encaminó hacia la sala de espera que había al otro extremo del pasillo. Allí habían instalado la máquina de café, podría tomarse uno para mantenerse despierta mientras terminaba su trabajo. La acompaño el sonido de sus tacones sobre el suelo recién encerado hasta la sala, y el rumor del ascensor ascendiendo y deteniéndose en el mismo piso. Entró en la sala, introdujo su tarjeta de residente en la máquina, seleccionó un café con leche. Oyó los pasos de al menos dos personas que avanzaban por uno de los pasillos laterales. Sintió deseos de asomarse y correr tras ellos, y decirles que compartieran un café con ella. Tomó otro sorbo, se sentó en una de las sillas de plástico. En los monitores emitían anuncios de viajes a otras ciudades, promocionados por mujeres con poca ropa y hombres de sonrisa brillante con el torso desnudo. Tomó otro sorbo, escuchó el sonido característico de una de las puertas de los pacientes al abrirse.

Y pensó que algo no marchaba bien.

Tomó otro poco de café y lo dejó sobre la mesa. Se incorporó. Oyó voces, susurros contenidos que se propagaban por el pasillo. Quizá se trataba de un vigilante haciendo su ronda, pero no tenía demasiado sentido que abriera la puerta de uno de los pacientes, a no ser que hubiera encontrado algo raro. O hubiera oído un grito, o algo inusual. Ella no había oído nada, excepto el rumor del ascensor, y los pasos. Escuchó de nuevo. Susurros, ruedas deslizándose por el pasillo. Alguien estaba trasladando a un paciente.

Salió al pasillo. Desde allí podía ver las puertas del ascensor, abiertas. Habían colocado una barra de metal a la altura de sus hombros para mantenerlas abiertas.

Desde la distancia a la que se encontraba podía apreciar como las puertas temblaban y volvían a su posición, con un chasquido apenas audible. El ruido de las ruedas venía del pasillo izquierdo, y avanzaba hacia el ascensor. Desde donde se encontraba vería perfectamente de quién se trataba.

Y ellos la verían a ella.

Dio un paso hacia su despacho. Se ocultaría allí, llamaría a seguridad. Tenía un terrible presentimiento. Dio otro paso. Un hombre empujando una silla de ruedas surgió por el pasillo lateral. Se volvió, la miró. Se detuvo frente a las puertas del ascensor sin dejar de mirarla. La doctora Vega vio que la paciente que iba en la silla de ruedas era Tatiana Boal.

Entonces apareció el señor Delhi.

—Cógela —dijo, y la doctora Vega ahogó un gemido cuando el hombre soltó la silla y se dirigió hacia ella.

—Usted no puede estar aquí —dijo el hombre, un segundo antes de que los implantes de acero atravesaran su garganta.

Emitió un jadeo, un débil gorgoteo, y cayó de rodillas al suelo cuando Diada lo liberó de su presa, intentando detener la hemorragia con ambas manos. Otro hombre salió de una puerta cercana y la miró con el horror reflejado en el rostro. Retrocedió hacia el cuarto, pero alguien desde dentro cerró la puerta. Diada oyó el chasquido del pestillo, que abandonaba a su suerte a aquel desgraciado.

—Yo... no he hecho nada —balbuceó, mientras un reguero húmedo recorría sus pantalones.

Diada se acercó hasta él, oliendo su miedo, hasta que descubrió su propio reflejo en las pupilas del hombre.

—Dos hombres y una mujer —dijo.

El hombre tembló, tosió. Después habló con voz trémula.

—Entraron en el túnel, pagaron su pase. Debes ir arriba, allí encontrarás el camino.

—Gracias —respondió Diada, y se encaminó hacia las escaleras.

El hombre se quedó allí, de pie, apoyado contra la puerta, temblando, hasta que la mujer desapareció de su vista. Después se volvió y llamó con los nudillos.

—Más te vale que abras ahora mismo —susurró—. Más te vale.

5

—Pasad —dijo Cuatro, mientras abría la puerta.

Los dos hombres y la joven entraron. Cuatro les invitó a sentarse en la cama, después fue hasta un pequeño hornillo sobre el que había colocado una tetera negra.

—¿Os apetece un té? Hindú, desde luego —Cuatro levantó la tetera y sirvió la bebida en pequeños vasos de cristal.

Amadeo miró a su alrededor. El pequeño cuarto que servía de casa a aquel alterado podría ocultarles durante algún tiempo, no mucho. La mujer ya seguía sus pasos, y no tardaría más de unas horas, medio día a lo sumo, en encontrarlos. Si había localizado al detective Cabero al mismo tiempo que ellos, no había duda: utilizaba los mismos informadores. Amadeo sospechaba que aquella mujer debía ser otro agente del señor Delhi. Contratada quizá para vigilarle, quizá para matarle. No lo sabía. En cualquier caso, la precipitación que habían mostrado ella y su compañero en presencia del brahmán indicaba que las cosas no marchaban como esperaban. Todos actuaban con prisas, lo que le proporcionaba una dosis moderada de optimismo.

Tomó el vaso que el alterado le tendía sin devolverle la sonrisa.

—Preferiría algo más fuerte —dijo, tomando un sorbo del té.

—No lo dudo, pero aquí no lo encontrarás. Mis amigos me llaman Cuatro —le respondió el alterado, tendiéndole una de sus cuatro manos.

—Muy original —dijo Amadeo, estrechando la mano con firmeza, consciente de la ayuda que les estaba prestando aquel hombre.

Un lugar donde esconderse, donde descansar, pensar con claridad, planificar una estrategia para salir de allí con vida. Gina sorbía su té entre lágrimas, temblando. Cuatro caminó hasta ella, se sentó a su lado, la abrazó con los brazos superiores. En el otro extremo de la cama el detective Cabero permanecía sumido en sus propios pensamientos, ignorando al resto. Amadeo estuvo tentado de acercarse a él y golpearle en el rostro, preguntarle acerca del pasado, saber por qué hacía lo que estaba haciendo en aquel momento. No lo hizo. Se limitó a mirar por la ventana, hacia el río, mientras tomaba un trago del té que el alterado les había preparado. El detective no tenía la respuesta. El brahmán tampoco. Si quería comprender sus motivos, debía rebuscar en la miseria de su interior, asomarse al abismo. No tenía valor para ello.

Desde la ventana vio los puentes rebosantes de personas que iban y venían, los ghat invadidos por una multitud de devotos y curiosos. Todos ignorando los pecados de sus iguales, todos sumidos en sus propias vidas, tan miserables o más que la suya propia. Llevaba tanto tiempo intentando encontrar un sentido a su vida, que se había dedicado a dignificar y ensalzar cada pequeña acción realizada. Había convertido vulgares reseñas a pie de página en noticias de portada. Se daba cuenta de que no

hacía más que justificar una existencia repleta de errores e incoherencias, una vida tan vulgar y prescindible como cualquier otra. Se volvió. El detective Cabero seguía sentado en la cama, la cabeza baja, las manos cruzadas sobre las rodillas. Cuatro mostraba a Gina sus fotografías, un caos de imágenes redundantes claveteadas sobre la cama, resaltando pequeños detalles que a él le pasarían desapercibidos. ¿Estas personas formaban parte de su destino? ¿Redimiría sus pecados salvándolos? No, jamás podría reparar el daño causado en Kurtuba. El daño que infligió, el daño que le hicieron.

Gina se disculpó y se encerró en el cuarto de baño: una puerta disimulada en la pared, junto a la mesa, que Amadeo no había advertido al entrar. Oyó cómo abría los grifos y brotaba el agua. Sintió una repentina necesidad de limpiar la suciedad que le empapaba, que se adhería a sus ropas y a su cuerpo como una segunda piel. Cuatro llamó su atención con un gesto y le invitó a sentarse con él a la mesa.

—Me gustaría saber cómo están las cosas —dijo, mientras se sentaban.

—Mal —respondió Amadeo—. Arriesgas tu vida con nosotros aquí.

Cuatro tomó la tetera y sirvió más té en sus vasos. Tomó un sorbo, miró a su alrededor.

—No es mucho lo que arriesgo, como puedes ver. Antes hubiera sido distinto. ¿Y tú? ¿Qué haces metido en todo esto?

—No lo sé. No tiene una respuesta fácil —respondió Amadeo, tomando un sorbo de té—. Imagino que, de alguna retorcida manera, le debo algo a ese hombre.

—Ni siquiera sois amigos —dijo Cuatro, señalando a Constantino—. Y parece necesitar mucha más ayuda de la que tú podrías proporcionarle.

Amadeo sonrió.

—Desde luego. ¿Y tú? ¿Por qué nos ayudas?

—Por Gina —respondió Cuatro—. Es mi amiga. Vosotros estáis con ella, así que de alguna manera me siento obligado.

Gina salió del baño. Se había lavado la cara, desprendiéndose del maquillaje y los pendientes, y ahora parecía más joven y desvalida. Una niña perdida en una guerra que no podía ganar. El detective Cabero se había levantado de la cama y había caminado hasta ella para abrazarla, para dejar que llorara la pérdida de su novio sobre su hombro. Amadeo pensó que la pérdida debía ser mayor. ¿De qué otra manera aquélla mujer de dedos afilados podría haberlos encontrado?

—Prepararé algo de comer. Después haré unas llamadas, descansad mientras tanto. Quizá pueda ayudaros a salir de aquí —dijo Cuatro; se dirigió a otra puerta lateral y desapareció en su interior.

Amadeo se sentó en el suelo, bajo la ventana, apoyando la espalda contra la pared. Sentía cómo la adrenalina que le había mantenido despierto y activo desaparecía de su cuerpo. Cerró los ojos. Descansaría sólo unos minutos, se dijo. Sólo

unos minutos.

—Tenemos más información —dijo una voz metalizada que surgía del comunicador del coche.

—Habla —respondió Raúl, sin apartar la vista de la carretera.

—Varios cuerpos en el hospital Soma. Entre ellos la doctora Purificación Vega, relacionada con un caso de modificación genética no autorizada. Parece un trabajo profesional. Estrangulada. Puede estar relacionado con el caso actual.

—Quizá, pero no me llamas sólo por eso, bastaría con habérmelo enviado al terminal —dijo Raúl, girando por una calle atestada de gente, haciendo sonar la sirena para abrirse paso.

—Los demás cuerpos han sido encontrados en una de las entradas laterales. Dos agentes de seguridad, alterados de segundo orden. Un médico interno en turno de noche. Presentaban heridas similares a las de las víctimas del caso Asura. Nos preguntamos si existe una conexión entre ambos casos.

—Lo investigaré —respondió Raúl, deteniendo el coche.

Una procesión de hombres y mujeres cubiertos por velos de colores brillantes, portando grandes velas con representaciones de Kali, avanzaban bloqueando la calle. Tendría que esperar, aunque en su interior deseara acelerar, atropellarlos a todos y continuar su camino. Pensó en dar marcha atrás y buscar un camino alternativo. Decidió no hacerlo, sabedor de que circulara por donde circulara siempre encontraría grupos como aquellos bloqueando el avance. Varanasi ofrecía sus ventajas, no había duda, pero también sus inconvenientes, y las eternas procesiones que desfilaban a todas horas por sus calles era uno de ellos.

No había imaginado que aceptar el soborno del señor Delhi le pudiera colocar en una situación tan comprometida. Ahora dos casos en los que trabajaba, con múltiples asesinatos violentos, se relacionaban con los trabajos que realizaba al margen de la ley. Si la Compañía realizaba una investigación de rutina, cosa que no resultaba inhabitual, ataría cabos, sabría de todos los pequeños arreglos que hacía para salir impune. Descubriría los sobornos con una simple revisión de sus cuentas, no se había molestado en ocultar los ingresos. Aunque, en realidad, ¿por qué deberían investigarle? Quizá se estaba volviendo paranoico, quizá todo aquello le estaba volviendo loco. Poco más podía hacer. Avanzar con el caso y seguir hasta encontrar una solución a todo aquel embrollo. Eliminar algunos cabos sueltos. Después pensaría en una posible solución y, si no hallaba una, llamaría a sus contactos. Ellos le proporcionarían la ayuda necesaria para ocultarse.

La procesión atravesó la calle y Raúl continuó su camino. Quería localizar en primer lugar al brahmán, adelantarse a aquella sanguinaria asesina que se había cruzado en el camino del joven. Pero sobre todo quería volver a ver a Amadeo, y devolverle uno por uno todos los golpes que le había dado. Quería matarlo, pero

hacerlo lentamente, disfrutando del momento. Ya se preocuparía después del cadáver. Primero disfrutaría mutilándolo, haciéndole daño. Las explicaciones al señor Delhi las improvisaría; merecía la pena arriesgarse a soportar su ira sólo por tener entre sus manos el último aliento de aquel tipo.

—Maldito hijo de puta engreído —murmuró en voz alta, activando los sistemas de conducción automática—. Maldito cabrón.

En el mapa del sistema automático un punto rojo que representaba al coche giró por una callejuela. Ya era visible el punto de destino, algunas calles más allá, en un edificio de varias plantas que antaño había sido un hotel. El edificio se levantaba junto al río, al otro lado del puente de Durga, en la periferia de Varanasi. Sin embargo, aquella zona pertenecía todavía a la jurisdicción de la réplica. No le importaba especialmente —saldría de su zona si era necesario para atrapar al cabrón de Amadeo— pero siempre era bueno mantenerse dentro de la réplica. Fuera nadie le ayudaría. Todavía tenía muchas deudas por saldar en el exterior, y mucha gente esperaba con paciencia la oportunidad de echarle el guante.

—Voy para allá, capullo —murmuró, mientras el coche avanzaba hacia uno de los puentes, colapsado por el tráfico—. Más vale que estés preparado.

Luces, voces, multitud a su alrededor increpando, gritando, moviéndose demasiado rápido. Se esconde, no puede permitir que le vean. Atisba tras unos contenedores, temblando. Ve cientos de velas danzando sobre el agua de la fuente, piensa en su significado. Llega gente de todas partes. Gente uniformada, gente vestida de colores, hombres y mujeres con la piel pintada de colores brillantes. Curiosos, otros. Flota en el aire el olor de la muerte, el olor del miedo. Puede captarlo, puede sentirlo hasta en sus ojos, como si se tratara de alguna especia picante. Clava sus dedos afilados en los contenedores de plástico, rasgándolos. Ha descubierto el olor de su madre.

Un hombre vestido con un uniforme blanco habla con otros hombres que le increpan, le empujan, le obligan a darse la vuelta y le esposan. El hombre de blanco grita, le golpean. La multitud se dispersa cuando varios hombres uniformados, alterados como él, muestran sus porras, que emiten su brillo azulado en la oscuridad con sus descargas eléctricas. Algunos gritos, protestas, roce de pies sobre el camino de arena. Aparecen varios hombres portando una camilla cubierta por un plástico dorado, brillante. Siente el olor de la muerte mezclado con el olor de su madre.

Y entonces quiere aullar, saltar sobre ellos, desmembrarlos, hundir su rostro en sus entrañas y devorarlas. Rasga los contenedores con sus garras afiladas, hunde el rostro desfigurado en la tierra para ahogar el lamento que surge de su garganta modificada.

Está muerta.

Ha llegado tarde, ha llegado tarde.

Necesita descargar su rabia, necesita devolver el dolor al que lo ha causado. Alza la cabeza, aspira los olores. Descubre uno característico, un perfume que sólo es un roce en la piel, que procede de las manos del hombre que ha matado a su madre. Varios la tocaron, la sujetaron, la derribaron al suelo. Sólo unas manos que llevaban ese perfume la estrangularon. Un olor característico. Podrá aislarlo, podrá seguirlo. No le llevará mucho tiempo, lo han alterado para hacerlo. Ve los cambios que han realizado en otros, y descubre que no son como él. Quizá antaño lo fueron, cuando él era como ellos, cuando dos mentes convivían en un cuerpo que luchaba por mantener la identidad. Nunca más. Ahora está sólo, y tiene un nuevo objetivo.

Sonríe.

Está deseando encontrarlo.

Amadeo sintió una mano sobre su hombro y despertó, sobresaltado.

—Calma —dijo Cuatro, ayudándolo a incorporarse—. He preparado algo de cenar.

El alterado había dejado sobre la mesa una bandeja con ensaladas y tiras de carne en salsa, y una jarra con algo similar al zumo de naranja, pero que no podía serlo. Constantino y Gina comían como si llevaran una semana sin hacerlo. Le dedicaron una mirada triste, desapasionada, que no invitaba a acompañarlos. Sin embargo hicieron gestos con la cabeza, animándole a sentarse con ellos.

—Vamos —dijo Gina, con la boca llena—. Está bueno.

Amadeo se sentó a la mesa en una banqueta improvisada. Cuatro se sentó junto a él. Todos comieron en silencio. Estaban hambrientos. Ahora que la tensión de la persecución se había disipado en parte y disfrutaban de la ilusión de sentirse a salvo, la sensación en sus estómagos se volvía más acuciante. Amadeo se volvió hacia Cuatro, que sólo se había servido un vaso de zumo y tomaba pequeños sorbos mientras ellos comían.

—¿Qué le pasa a tus brazos? —preguntó.

Cuatro hizo un gesto, como indicando que carecía de importancia, para a continuación responder.

—Implantes baratos, uno de los riesgos que tomamos en la réplica. Pensé que sería una buena idea, no me preguntes por qué. Me equivoqué. Supongo que debería ver a un médico.

—Yo creo que sí —dijo Gina, masticando un trozo de carne.

Amadeo asintió, y Cuatro se encogió de hombros. Su piel, de un fuerte color azul celeste, brilló al levantarse y acercarse a la ventana. Llevaba la cámara fotográfica entre las manos, y descorrió la cortina para tomar algunas fotografías.

—¿Crees que nos encontrarán? —preguntó Gina, y Amadeo advirtió al cabo de unos segundos que la pregunta iba dirigida a él.

La chica parecía mucho más joven que cuando la había conocido. Más animada,

más sonriente, con cierto color en las mejillas. Había recuperado sus pendientes, había aplicado algo de maquillaje a su rostro. Se había cambiado de ropa, y ahora llevaba unos pantalones de deporte negros y una camiseta azul que le quedaba grande. Cuatro debe haberle prestado la ropa, pensó Amadeo, desechando la idea al instante al pensar en sus brazos.

—Sí —respondió Amadeo, lacónico.

—¿Y qué haremos entonces? —insistió Gina.

En sus ojos no había miedo, sólo abatimiento. Amadeo no podía afirmar si aquella sensación era mejor o peor que la otra. Constantino continuaba comiendo en silencio, escuchándoles sin apartar la vista de su plato. Vestía también con unos pantalones de deporte y una camiseta. Mientras Amadeo dormía habían saqueado el armario del alterado. Lamentaba que no hubieran pensado en algo de ropa para él. Necesitaba cambiarse. Y una ducha.

—Saldremos de aquí, nos marcharemos de Varanasi. Después buscaremos un sitio donde escondernos durante un tiempo —dijo Amadeo.

—He hecho algunas llamadas —dijo Cuatro, sin dejar de mirar por la ventana—. Aquí no os ayudará nadie, estáis marcados. En cualquier caso, ya habéis salido de la réplica, estamos en la periferia, al otro lado de la orilla. No se atreverán a exponerse tan lejos.

—Ya —murmuró Amadeo.

—No creo que quieran venir por donde hemos venido nosotros —dijo Gina, levantándose.

—Hay otros caminos, niña. Podrían cruzar el puente, a ellos no los buscan —respondió Cuatro.

Una luz roja se encendió sobre la mesa, parpadeando cada pocos segundos.

—¿Qué es eso? —preguntó Constantino.

—El aviso de un amigo —respondió Cuatro, y se volvió hacia Amadeo—. Alguien ha entrado en el edificio. Creo que ya han llegado.

Amadeo sacó su arma y la dejó sobre la mesa, asintiendo. Gina recuperó su palidez habitual y se encerró en el cuarto de baño. Amadeo tamborileó con los dedos sobre la culata del arma, consciente de que tendría que utilizarla de nuevo.

—Deberíamos marcharnos —murmuró.

—No —respondió Cuatro—. Que sea lo que deba ser. Veremos si Brahma quiere estar presente.

—Eres consciente del riesgo que corres —dijo Amadeo.

—Sí, lo soy. Pero como ya te he dicho, no es mucho lo que arriesgo. Verás, antaño yo representaba obras de teatro en el río. No era un buen trabajo, pero tenía sus momentos agradables. Ya no lo hago. Con el tiempo uno llega a sentir que lo que hace forma parte de su vida, ¿sabes?

—La realización del hombre a través del trabajo —respondió Amadeo, cogiendo de nuevo el arma.

Cuatro sonrió, agitó la cabeza.

—Algo así, algo así. En cualquier caso, ya no formo parte de la divinidad. He recuperado mi condición humana, y a lo máximo que puedo aspirar es a ser un héroe. Poco, sí, sobre todo si consideramos que estamos en una réplica hindú, no griega. Sin embargo, eso es todo lo que me queda. Creo que es una buena forma de realizarse.

Amadeo asintió.

—Es posible. Pronto lo sabremos.

Miró hacia arriba, a las altas ventanas que coronaban el edificio. Pocas estaban iluminadas, no tendría problemas en localizar la adecuada. Podía seguir su rastro, no escaparían esta vez. Sentía dolor en uno de sus brazos, pero podría conseguirlo. Sabía que podía hacerlo.

Repasó mentalmente el trato que había hecho. Encontrar al hombre que respondía al nombre de Constantino Cabero, traerlo con vida. Había investigado, como siempre hacía en cada trabajo. Un asesino, un enfermo. Habría otro hombre involucrado, un señuelo, otra víctima. Amadeo Romero. Había trabajado en un caso en Kurtuba, había causado la muerte de gente inocente por su incompetencia. También lo querían con vida. El resto de personas que se cruzaran en su camino eran prescindibles. Ni siquiera le habían exigido discreción. La única incomodidad la había representado el gorila que la acompañaba, y al final le debía la vida. Sonrió ante la ironía, una sonrisa de lobo plagada de dientes afilados. Al sonreír, sintió como el dolor cruzaba sus mejillas, allí donde la habían golpeado. Todo su cuerpo estaba cruzado por ráfagas intermitentes de dolor, pero no permitiría que aquello la detuviera.

Dejó que los implantes metálicos surgieran de sus dedos, que rozaran su carne, y los hundió en la pared de ladrillo. Miró de nuevo al cielo gris, al edificio que se recortaba contra la Nube. Sabía que se ocultaban allí, que no la esperaban. Ignorando el dolor de su costado, subiría hasta ellos. Escalaría hasta el cuarto en el que se ocultaban, y allí haría lo que debía.

Acabaría con las vidas de los sujetos prescindibles.

Acabaría con todos.

6

—Silencio —susurró Cuatro, y las luces se apagaron.

Envueltos por el manto de la oscuridad, Cuatro y Amadeo se deslizaron tras la cama, parapetándose tras ella, dejándola entre ellos y la puerta de entrada. Amadeo llevaba su arma en la mano. El alterado había buscado en un cajón de su armario y había encontrado una barra corta de descargas eléctricas, como las que los agentes empleaban para disuadir a los participantes más activos en las manifestaciones de alumnos universitarios. Ambos sabían que sería difícil que pudiera llegar a utilizarla.

—Lo haremos juntos, por la niña. No debe pasarle nada —susurró Cuatro.

Amadeo apoyó una mano en el hombro del alterado. Aquel hombre estaba arriesgando su vida por ellos. Podía haberlos entregado, sin más. No hubiera sentido ningún rencor hacia él si hubiera tomado esa decisión. O, al menos, podía haber permanecido oculto en el cuarto de baño, junto a la chica y el brahmán. Apartarse de una muerte segura, y confiar en Amadeo. Quizá no confiaba lo suficiente. Quizá le resultaba difícil dejar su vida en otras manos.

Amadeo había pensado que podría contar con el detective Cabero en estos momentos, en los que un hombre versado en armas y con sangre fría se hacía imprescindible. Cuando advirtió el temblor de sus manos y su mirada aterrorizada, se convenció de que lo mejor que podía hacer ese hombre destrozado era permanecer oculto. Además, no disponían de más armas. De poca ayuda les serviría su presencia en el conflicto.

Aquel era el momento idóneo para plantearse preguntas y obtener respuestas. La cercanía de una muerte inevitable lo propiciaba, y la complicidad del silencio y la oscuridad no hacía más que encender la llama. Amadeo se preguntó acerca de la serie de circunstancias que le habían conducido hasta su actual situación. Situar el origen en el caso que compartió con el detective Cabero, en el caso que terminó con la muerte de Ricardo Boal y su hijo, carecía de sentido. Aquel suceso no había sido más importante que una gota de rocío en el caudal desbocado en el que se había convertido su vida. Sin amigos, sin familia, sin apenas conocidos con los que compartir una charla. Demasiado alejado de todos para comprender el efecto que sus adicciones marcaban en su cuerpo. En su mente. No, cuando decidieron que acompañaría al detective Cabero en la investigación, su vida ya caminaba cuesta abajo, deslizándose por un acantilado de autocompasión y rencor.

¿Cómo si no podía entenderse lo ocurrido en Kurtuba? Tantas vidas perdidas. Tanto dolor. La sonrisa de Maryah, grabada para siempre en su memoria. Su rostro cubierto de sangre. Había perdido su última oportunidad de redención. Sólo le quedaba esperar al último acto, la bajada del telón. Y ahora volvía a sentir la cercanía de la guadaña. Una vez más, no existían posibilidades aparentes de que aquello

pudiera resolverse bien para todos. Pensó en Cuatro. Notaba su respiración agitada, su miedo. Sin embargo, reunía su valor y se enfrentaba a sus miedos sólo por una fugaz amistad. Buscó en su pasado. No pudo encontrar ese sentimiento. El aprecio que mostraba hacia el detective Cabero era fingido, un ansia desesperada por crear vínculos, aunque fuesen tan débiles como los obtenidos. Pensó en Gina, en su pérdida. Los motivos por los que seguía con ellos también resultan un misterio. Quizá todos se dejaban llevar, arrastrados por las circunstancias incontrolables que los rodeaban. Troncos de sándalo derivando en un río de lágrimas que desembocaba en la muerte.

Oyó un roce en la puerta de entrada, como si alguien se hubiera arrepentido un segundo antes de tocar la hoja con los nudillos. Recordó un instante similar, escondido en una mezquita, escuchando palabras prohibidas que no debe repetir. Aquella vez no se encontraba armado, aquella vez murieron inocentes. No lo permitiría de nuevo. Un golpe seco en la puerta llamó su atención. El golpe se repitió, y los cristales de la ventana tras ellos saltaron en pedazos. Tardó unos segundos en comprender que alguien estaba disparando a través de la puerta, con un silenciador en su arma.

—Mantente agachado —susurró al alterado.

Amadeo se incorporó y disparó varias veces contra la puerta, quebrando el silencio. Oyó un grito sofocado, quizá de Gina. Los impactos habían abierto pequeños agujeros en la hoja de la puerta, y finos hilos de luz, del grosor del calibre del arma, la atravesaban.

Escuchó con atención.

Un susurro contenido, un golpe. Pasos.

Silencio.

Se preguntó quién habría venido hasta allí buscándolos. Desde luego, no se trataba de la mujer. No la imaginaba disparando a través de la puerta, ni haciendo gala de su cautela. Le había demostrado en el Ganges que no tenía ningún reparo a la hora de exhibir sus implantes y arriesgar la vida para conseguir su objetivo. ¿Quién podría ser entonces? ¿El otro hombre que la acompañaba? Recordaba haberle alcanzado varias veces, no creía muy probable que hubiese sobrevivido. Y aunque lo hubiera hecho, no estaría en pie ahora, intentando matarles. Bastante tendría con agonizar en una cama de hospital si la mujer había decidido ayudarle.

Sólo un nombre acudía a su mente. Raúl, el sicario del señor Delhi. Debía estar desesperado para presentarse así. Siempre había procurado ocultarse, evitar los momentos de peligro, mandar a otros en su lugar. Si había llegado hasta aquí, las cosas no debían marchar bien. Eso les proporcionaba cierta ventaja. Siempre resultaba más sencillo escapar de un cazador desesperado, más cuando ellos no representaban su papel de presa herida.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Cuatro, deslizándose hacia la pared.

—Esperar. Todavía no ha terminado —respondió Amadeo, sujetándole del brazo.

Permanecieron apoyados contra la cama, esperando. Amadeo podía oír el llanto de Gina a través de la puerta del servicio. También la voz del detective Cabero, un susurro entrecortado, quizá consolándola. Tenía las manos empapadas de sudor. Se las secó en la colcha de la cama, cogió de nuevo el arma. Intentó atisbar en la oscuridad, sombras inmóviles que componían un escenario irreconocible, atravesadas por hilos de luz. ¿Cuál sería el siguiente paso? ¿Cuánto debían esperar? No se encontraba cómodo tomando decisiones, arriesgando la vida de los que le acompañaban. No tenía todas las respuestas y no podía prever todos los movimientos de su perseguidor.

—Deberíamos encender las luces —susurró Cuatro.

—No —respondió Amadeo.

Todavía no, pensó. Muy probablemente Raúl evaluaba la situación, como ellos, y buscaba vías alternativas para acceder sin arriesgarse. Amadeo pensó en la ventana, pero se encontraban a más de diez metros del suelo, no lo creía probable. De todas maneras, estudió aquella posibilidad. ¿Podría alguien sorprenderles entrando por la ventana? Habían bajado las persianas, por lo que estaban ciegos. Los cristales se habían quebrado al recibir el impacto de las balas, no resultaría difícil acceder al interior tras levantar las persianas. En cualquier caso, llegar hasta allí implicaba un riesgo enorme. Raúl no podría escalar hasta ellos, la idea en sí misma era absurda. No, Raúl esperaría su oportunidad para abrir fuego de nuevo.

Quizá no.

Quizá los disparos que Amadeo había efectuado le habían alcanzado. Lo imaginó tendido en el pasillo, intentando evitar la hemorragia que surgía de su cuello, las manos empapadas de sangre suplicando ayuda al silencio que reinaba en el corredor.

—He oído algo —dijo Cuatro.

Amadeo prestó atención. Susurros desde el cuarto de baño, sus respiraciones, agitadas. Incluso creía percibir los latidos de su corazón acelerado.

—Yo no... —empezó a decir, pero Cuatro le interrumpió.

—Escucha.

Oyó un chasquido. Se repetía a intervalos regulares. Lo había confundido con el sonido de un reloj analógico, pero Cuatro no tenía ninguno. Eran objetos destinados a gente con dinero. Entonces, ¿de qué se trataba? Los chasquidos mantenían el ritmo, pero el volumen parecía aumentar. Como... si estuvieran más cerca.

—No es posible —murmuró.

Entonces la ventana saltó en pedazos, proyectando trozos de cristal y persiana al interior. La mujer saltó al interior del cuarto, desplegando sus armas metálicas, abalanzándose sobre ellos. Cuatro se interpuso en su camino, cayeron al suelo.

Amadeo fue consciente de que estaba gritando con todas sus fuerzas. Se levantó, disparó al aire. La mujer había atravesado el pecho del alterado con sus extensiones de acero. Cuatro sangraba, gritaba, pero no liberaba su presa.

Oyó un silbido, una sensación de dolor le abrasó el hombro. Cayó al suelo, se golpeó el rostro contra la pared. Mientras todo a su alrededor se oscurecía, oyó los gritos de Gina y una voz de hombre, autoritaria. Luego, gritos de asombro, de dolor. Varios disparos.

Después, silencio.

Constantino escuchó con atención. El rumor del agua deslizándose por las tuberías modificaba los demás sonidos, dotándolos de una consistencia inusual. Gina, sentada en el interior de la bañera, sollozaba. El pánico había podido con su aparente resistencia, y ahora se mostraba como la niña asustada que en realidad era. Constantino se acercó hasta la puerta, colocó las manos y la oreja sobre la hoja. En el exterior no se oía nada. Quizá yo debería estar ahí fuera, ayudando a esos dos hombres, pensó. Desechó la idea con rapidez. No, no les debía nada. Amadeo había conducido a sus perseguidores hasta él, aunque ahora se arrepintiera y pretendiera ayudarlo. Y Cuatro, al fin y al cabo, no era más que un implantado de la periferia, un desecho humano que no podía ser tomado en consideración. ¿Cómo podía tomarse en serio a un alterado que se identificaba tanto con su cambio como para modificar también su nombre? Absurdo.

Constantino intentó pensar en la persona que estaría detrás de todo aquello. No podía imaginar quién deseaba su muerte con tanta perseverancia. Había cometido tantos errores en el pasado que cientos de fantasmas se le aparecían como posibles candidatos. Lo más inaudito era la presencia del agente Romero. Desde luego, ya no trabajaba para la Compañía. Para quién lo hacía todavía permanecía oculto. O bien no quería compartirlo, o bien no lo sabía ni él mismo.

Oyó un susurro. Se alejó de la puerta en el mismo instante. Todavía podía reconocer el sonido de un arma disparada con silenciador. Gina le miró, ahogó un gemido. Varios disparos acababan de quebrar el silencio tácito que habían establecido en el interior del cuarto de baño. Se acercó hasta ella, se sentó en un taburete junto a la bañera.

—Me temo que hasta aquí hemos llegado —susurró, y colocó una mano bajo su rostro, acariciando su barbilla.

Ella sollozó, dejó que acariciara su rostro. Cientos de imágenes asaltaron la mente de Constantino, cientos de recuerdos y de anhelos, muchos de ellos cumplidos. Maldijo en silencio a su mujer, maldijo su decisión de apartarle de la niña. Si al menos se hubiese marchado sólo ella, si no se hubiera llevado consigo a la niña. Si ella estuviera viva. Sintió el tacto cálido de la piel del cuello de la joven bajo la palma de su mano. No, no había cambiado tanto como esperaba. En su interior seguía

escondido el mismo ser que le había conducido hasta Varanasi.

Oyó un estrépito, Gina se sobresaltó y se incorporó.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo, y de pronto la puerta del baño se abrió.

—¡Salid! ¡Ahora! —gritó una voz.

Obedecieron. Junto a ellos, un hombre herido empuñaba un arma. En el otro extremo del cuarto, la mujer de los implantes metálicos luchaba con Cuatro, enzarzados, sangrando por diferentes heridas, formando una deidad sin forma que se resistía a morir. El hombre que les había ordenado salir disparó contra ellos, sin importarle a quién alcanzaba. Ambos contendientes retrocedieron, sus cuerpos ensangrentados cayeron contra la ventana y desaparecieron por ella.

—Vamos —dijo el hombre, con voz temblorosa, apuntándoles con el arma—. Esto ha terminado.

Varios metros más abajo, en el suelo, Diada intentó incorporarse apoyando sus manos sobre el cuerpo de Cuatro, pero su cuerpo quebrado no se lo permitió. Tosió, escupió sangre. Todo a su alrededor daba vueltas. Sintió de pronto un escalofrío, y un dolor inesperado sacudió todo su cuerpo. Comprendiendo que la agonía de la muerte se cernía sobre ella, intentó hundir sus implantes metálicos de nuevo en el rostro de Cuatro. Sorprendida, comprobó que habían desaparecido, como la mayor parte de su mano derecha.

Después, sólo quedó la fría oscuridad.

Dos hombres en la puerta. Trajes negros, ojos ocultos tras gafas oscuras. Piensan que pueden engañarle, ocultando sus alteraciones. Para él son como libros abiertos, puede leer en sus gestos todos los implantes de sus cuerpos. Sus ojos, sus brazos, sus piernas. A pesar de todo, no los considera rivales. Podría saltar sobre ellos y destrozarlos antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Pero teme que, de alguna manera, puedan alertar al resto. Además, debe atravesar la entrada, y desconoce cuáles son los sistemas de seguridad que la guardan. Por ello espera y observa. Observa y espera.

El tiempo transcurre, dos hombres abren las puertas. Vienen a sustituir a los anteriores. Charlan con ellos, bromean. Uno de ellos enciende un cigarro, ofrece a los demás. Sólo uno de ellos lleva un filtro, sólo él rechaza el ofrecimiento. Alguien hace un chiste, los demás ríen. Valora sus posibilidades. Las puertas permanecen abiertas, la seguridad quizá desactivada. Sabe que debe tomar una decisión, arriesgarse ahora o esperar otra oportunidad.

Recuerda las sensaciones al encontrar el cuerpo sin vida de su madre.

Los hombres hablan entre ellos, parecen a punto de despedirse. Uno de ellos deja caer al suelo su cigarro, lo aplasta con el pie. Estrecha la mano de su compañero, sonríe. Entre ellos se respira un ambiente de camaradería que sólo es posible hallar

entre hombres que se consideran iguales.

Recuerda el cuerpo sin vida de su madre, el olor de su asesino.

Sale de su escondite, se muestra tal como es. En un primer momento los hombres no le advierten. Después es tarde. Salta sobre ellos, cortando, desgarrando, mutilando. Uno de ellos, consciente de su deber hasta el final, intenta cerrar las puertas de entrada. Quizá ya haya avisado a los del interior. No le importa. Secciona su tráquea casi con indiferencia, entra en el edificio. El olor de la sangre le marea, le excita. Ese olor no consigue enmascarar el del hombre que persigue. Está allí, cercano, lo siente en su piel.

—Asura —murmura, y su voz suena como un ronroneo en el vestíbulo.

Tiene un nombre. Sabe quién es.

Pronto lo sabrán los demás.

Vuelta a casa

¿Quién es el miserable que en vano trata
de escapar de mí en la tierra, cielo e infierno?
Visravan, Indra Vishnu y aquel
que rige la muerte deben reverenciarme;
Pues ni siquiera el más poderoso de todos ellos
puede desafiar mi voluntad y seguir viviendo...
Con irresistible influencia puedo
hacer morir a la misma muerte.

Ramayana

Habiendo enfermado en el camino,
mis sueños
merodean por páramos yermos.

Bashoo

1

Intentó mover los brazos, pero las cuerdas que ataban sus muñecas se lo impidieron. Las cuerdas laceraban su carne, la sangre se deslizaba por sus brazos. Tosió, y un látigo de fuego recorrió su espalda. Se encontraba atado en una posición incómoda, brazos y piernas estirados sobre estrechos tablones de madera, y el dolor que cruzaba de lado a lado su brazo derecho le hizo pensar que estaba roto. Movió la cabeza a un lado, intentando ampliar su campo de visión. Le habían golpeado en el rostro, y tenía problemas para ver por el ojo izquierdo, hinchado y amoratado. Una bruma oscura le cubría la vista, y tuvo que parpadear varias veces, ignorando el dolor, para poder centrar las imágenes.

Una habitación mal iluminada, olor a sangre y orina flotando en el aire. Parpadeó de nuevo, sintiendo gotas de sudor deslizándose por sus párpados, por su cara. Intentó hablar, pero sentía la garganta seca, dolorida. Dejó escapar un gemido de dolor, tosió, y de nuevo le invadió una llama eléctrica. El dolor del brazo surgía desde el hombro y recorría sus músculos hasta las falanges de los dedos. El hombro le ardía, como si le hubieran aplicado un atizador al rojo sobre él.

—Jesús —murmuró.

—No está aquí —respondió una voz.

Amadeo buscó entre las brumas de oscuridad y descubrió al detective Cabero, sentado a los pies de la cruz griega donde le habían atado. Junto a él descansaba Gina, tumbada en el suelo, quizá inconsciente. No parecía herida, aunque no podía ver su rostro desde la posición en la que se encontraba. Prestó atención de nuevo al detective. Un corte en el rostro, una herida superficial en su brazo. Le habían quitado la ropa, dejándole desnudo por completo. A ella, sin embargo, no. ¿Pudor en una situación como aquella? Comprobó que su ropa seguía donde esperaba, sobre su cuerpo herido y magullado.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró Amadeo, la garganta ardiéndole.

—Perdimos —respondió Constantino—. Supongo que debería sentirme algo decepcionado.

Amadeo cerró los ojos, concentrándose en la situación. Los habían atrapado y los habían trasladado a alguna otra parte. Quizá a la torre del señor Delhi, quizá a otro lugar. ¿Por qué no habían acabado con ellos en ese mismo instante? Evidentemente, el señor Delhi quería divertirse un rato. Hacerles pagar por sus pecados. Amadeo no comprendía cuáles eran esos pecados. Sólo el detective lo sabía, pero no se lo diría. ¿Pagarían con sus vidas por la muerte de aquel niño? ¿Por qué ahora? No lo sabía. Intentó pensar en cómo escapar de allí, aunque la sombra de la derrota se había abatido ya sobre su espíritu. Poco podía hacer, atado como se encontraba.

—Desátame —murmuró.

El detective Cabero le miró con tristeza. Se incorporó, apoyó una mano contra el rostro de Amadeo para alzar su cabeza y mirarle a los ojos.

—¿Para qué? No podemos salir de aquí.

—Joder, hazlo y ya está —gimió Amadeo.

Todo a su alrededor se había desmoronado de nuevo. Se prometió a sí mismo no volver a permitir que ocurriera algo como aquello, y había fracasado. Parpadeó, gimió de dolor al mover la cabeza y liberarse del contacto con el detective.

—¿Dónde han llevado al alterado? —preguntó, consciente de pronto de que Cuatro no se encontraba entre ellos.

—Está muerto. Se lanzó por la ventana. Al menos arrastró con él a uno de ellos, a la mujer de las garras metálicas —respondió Constantino.

Amadeo descubrió parte de la antigua personalidad del detective en el tono de rencor de su voz. Movió la cabeza, miró alrededor. La habitación no tenía mobiliario, sólo cuatro paredes blancas y su cruz. Oyó una música lejana, suave, procedente de otro cuarto. No logró identificarla, pero tuvo la extraña sensación de que no era adecuada su situación actual.

—¿Qué pasó con aquel niño? —preguntó.

Constantino, que había vuelto a su posición original en el suelo, se acercó hasta él. No parecía sentirse incómodo con su desnudez, como si su vida de brahmán le hubiera liberado de ciertos prejuicios. Tomó entre sus manos las cuerdas que le aprisionaban la muñeca derecha. Las retorció, intentó partirlas, y al hacerlo la sangre de Amadeo se deslizó entre sus dedos.

—¿Qué paso, detective? —preguntó, y Constantino soltó las cuerdas.

—Es difícil de explicar... —comenzó el detective Cabero, pero se detuvo.

Una puerta acababa de abrirse, y un hombre delgado había entrado en el cuarto.

—Deje eso y venga conmigo —dijo, con voz grave.

Amadeo abrió los ojos, intentó enfocar la visión. No pudo. Sentía un dolor agudo en el rostro, le ardía la frente. Prestó atención a la voz. Le resultaba familiar, la recordaba de su anterior visita a la torre del señor Delhi. Creía que podía tratarse de su chambelán. Estaba casi seguro. Si eso era cierto, ya sabía dónde se encontraban. Y no tenía esperanza alguna de salir de allí con vida.

—Espera... —murmuró, pero el detective ya salía del cuarto.

—No se preocupe —dijo el chambelán, dirigiéndose a él—. Alguien vendrá a por usted.

Después la puerta se cerró, dejándole a solas con Gina.

Luces brillantes por todas partes, repartidas por las paredes como si se celebrara una fiesta. Habían colgado guirnaldas, cestas con frutas, marionetas de papel. Las paredes se habían cubierto con telas blancas, y proyectores ocultos irradiaban imágenes de dibujos infantiles sobre ellas. En el techo danzaban luces de colores, y

una música absurda llegaba hasta sus oídos.

—¿Qué demonios es esto? —dijo Raúl, apretando los dientes.

Aquel maldito cabrón le había dado bien. Tenía un agujero que atravesaba de lado a lado su antebrazo, y contenía la hemorragia con dos parches especiales que una alterado le había aplicado y un torniquete apresurado. Allí nadie parecía preocupado por su estado. Sólo le habían dicho que tuviera cuidado y evitara manchar de sangre la casa. Sabiendo dónde se encontraba, asintió en silencio y siguió por uno de los pasillos al hombre que le precedía.

—Un cumpleaños. Uno muy especial —respondió el hombre, sin mirarle.

Raúl caminó tras él, nervioso. Había algo especial en todo aquello, desde luego. Algo morboso y malsano, incluso para él. El espectáculo infantil y los prisioneros formaban una extraña mezcolanza. No alcanzaba a descubrir los elementos ocultos que los relacionaban. Tampoco preguntaría. Nunca se había permitido una excesiva curiosidad, una pregunta de más que hiciera peligrar sus tratos. Desde que había llegado a la torre no había parado de hablar y maldecir. La adrenalina bullía en su cuerpo, le obligaba a mantenerse tenso, activo. Había hablado demasiado, aunque nadie se lo había reprochado. Ni siquiera había visto al señor Delhi. No le importaba. Sólo necesitaba salir de allí con el trato cerrado. Cuanto antes cobrara su dinero, antes se largaría.

El hombre que le indicaba el camino se detuvo frente a una puerta abierta, le invitó a pasar.

—Aquí atenderán su petición —dijo, franqueándole el paso.

Raúl dudó. Su brazo no dejaba de sangrar, iba a necesitar un médico de un momento a otro. Sintió un ligero mareo, tropezó contra la jamba de la puerta al entrar, susurró una maldición. Cuando había llamado para que vinieran a recogerlos, después de haber afirmado tres veces que todos estaban en su poder, sanos y salvos, había pensado en acudir a un hospital, pero sabía que ponía en peligro su recompensa. Así que había decidido esperar, controlando la hemorragia lo mejor posible. La chica había entrado en una crisis histérica, y había tenido que dejarla inconsciente golpeándola con fuerza en la cara. Cuando despertase tendría un horrible morado en su mejilla, pero seguiría con vida. Ya era más de lo que podía decirse de su amigo de cuatro brazos. No se había sentido con ánimo para matarla. Se estaba ablandando. Un par de años antes ni lo hubiera dudado. El detective Cabero había acudido junto a Amadeo y había realizado una primera cura de su herida en el hombro. Después se había ofrecido a mirar su antebrazo, pero Raúl se había negado. No podía permitírselo. Tomarse ciertas familiaridades con un hombre al que vas a entregar para ser ejecutado, fuera o no un santón hindú, no le beneficiaban en nada.

—Si lo desea avisaré a un médico —dijo el hombre, advirtiendo que Raúl se había tambaleado.

—No. Pero llame a un rickshaw. Cobro y me largo de aquí —respondió, entrando en el cuarto.

—Desde luego.

En el interior del cuarto —paredes grises, metalizadas; el interior de una caja fuerte— un alterado esperaba sentado frente a una mesa. Sobre ella descansaba un terminal, del que surgía un grueso cable de conexión que terminaba en un implante gris modificado adaptado a su cuello. Descartando la mesa y la silla en la que se sentaba el alterado, no habían introducido ningún otro mueble en la habitación. La decoración que festoneaba el pasillo brillaba por su ausencia, aumentando la sensación opresiva que el cuarto provocaba. El alterado alzó la mirada, y sus ojos blancos, sin pupila, cegados a todo aquello que no fuera una conexión neural, parecieron mirarle durante una eternidad.

—Ha venido por el pago —dijo, sin mover los labios, su voz surgiendo de los altavoces del terminal.

—Puedes jurarlo —respondió Raúl, inquieto.

El alterado empleó un teclado holográfico para introducir las cifras, después consultó algunos datos en el terminal. Raúl meditó acerca de la necesidad de la alteración que mostraba. No, no era necesaria, desde luego que no. Una extravagancia que condenaba a aquel hombre a aquella silla para toda su vida. ¿Disfrutaría de días de permiso? ¿Se llevaría el terminal con él? ¿Hasta qué punto podría seguir considerándolo como un ser humano? Debía tener una familia, amigos. No estar encadenado a aquel cuarto, convertido en una pieza más del mobiliario, tan prescindible como una silla o una mesa.

—Tome esta tarjeta. Podrá hacerla efectiva en cualquier entidad bancaria. Si lo desea, puede comprobar el saldo en el terminal —dijo el alterado, tendiéndole una tarjeta.

—Gracias, no será necesario —respondió Raúl, deseando salir del cuarto, alejarse de su mirada lechosa, volver a la seguridad de la réplica.

Una vez en el ascensor, mientras descendía hacia la planta baja, suspiró. En la calle le esperaba su rickshaw. Sonrió. Todo había salido bien, todo marchaba como debía. Sentado en el asiento acolchado, disfrutó del viaje de vuelta hacia el puente de Durga, jugueteando con la tarjeta entre sus dedos. No pudo controlar sus carcajadas nerviosas cuando dejaron atrás la ciudad y entraron en la réplica.

—¿Dónde me llevan? —preguntó el detective Cabero.

—No haga preguntas y vístase —respondió el alterado—. Elija lo que considere adecuado.

Constantino entró en el vestidor. Los cristales de las paredes reflejaban su cuerpo delgado y magullado, devolviéndole una imagen desecha, fragmentos reflejados de una derrota interior. Buscó entre la ropa que encontró colgada en uno de los armarios.

Una decena de pantalones de vestir, negros, recién planchados, todos de su talla. Varias camisas blancas, algunas corbatas de diferentes colores. La ropa interior la encontró en uno de los cajones inferiores, pulcramente doblada y ordenada. En la puerta del vestidor el alterado esperó durante todo el proceso inmutable, sin pronunciar una palabra. Constantino se vistió con tranquilidad, disfrutando del roce de la tela contra su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no llevaba ese tipo de ropas, desde que dejó la Compañía. Desde la muerte de aquel niño. Empezaba a comprender por qué estaba allí, y disfrutaba de aquellos últimos momentos como el condenado a muerte que pide una última cena copiosa.

Eligió unos zapatos negros recién lustrados, estudió su reflejo unos segundos. Impecable. Salió del vestidor ajustándose la corbata.

—Estoy listo —dijo.

El alterado le acompañó el resto del camino. Recorrieron un pasillo repleto de imágenes infantiles en las paredes. Casas de nueve trazos negros, árboles con niños moviéndose entre ellos, un tren esquemático lanzando nubes de humo a un cielo azul. Miró a uno y otro lado, escuchó la música. Del techo colgaban piñatas en forma de unicornio, de libélula, de caballito de mar. Las imaginó rellenas de filtros baratos, de respiradores, de tarjetas de memoria. El pasillo terminaba en una puerta de dos hojas. Habían colgado un enorme muñeco de cartón de una de ellas, un astronauta de blanca sonrisa con ojos azules y guantes grises.

—Entre —dijo el hombre, y se hizo a un lado.

Constantino sintió el frío del pomo en su mano. Lo giró. Abrió la puerta.

—¡Felicidades! —dijo una voz al otro lado.

Constantino entró en la habitación.

—Dios mío —susurró, y del techo de la sala cayeron globos de colores.

2

Luces.

Un escenario vacío. El telón recogido a ambos lados, sostenido contra altos postes de madera mediante gruesas cuerdas doradas. Una gran pantalla blanca de cine, una película se proyecta en ella. El rumor del proyector es el único sonido que se percibe en la sala. Las luces están encendidas. Diminutos candelabros con bombillas en cada uno de sus brazos, repartidos por las paredes de la sala. La película apenas puede apreciarse desde la distancia, sombras granuladas que van de un lado a otro a demasiada velocidad. Gina se encuentra en mitad del pasillo, de pie, mirando al frente. Intenta adivinar de qué película se trata. Hace tanto tiempo que no entra en una sala de cine que ver las imágenes la trastorna, la hace sentirse incómoda. Sale del pasillo, camina entre las butacas. Son de plástico, calientes al tacto, recubiertas de un acolchado negro, espeso, que se deshace entre sus dedos. Camina entre las filas de butacas vacías. No hay nadie. Sin embargo, encuentra restos de palomitas, vasos de plástico tumbados sobre las butacas, la mitad del contenido derramado. Coge uno de los vasos, toma un sorbo. La bebida sabe a arena, dulce, empalagosa.

Las luces se apagan.

Instintivamente se sienta, buscando refugio, ocultándose. Las puertas de la sala permanecen cerradas, la única luz visible es la de la cabina de proyección, por encima de su cabeza. Vuelve a mirar la película. Picado sobre calles oscuras, mal iluminadas. Gina reconoce el barrio. Los edificios grises, olvidados por todos. Hombres y mujeres en las calles, sentados en el suelo, escudillas en sus manos, tristeza en sus ojos. Mira hacia la cabina de proyección, la luz no le permite ver en el interior. Quiere que detengan la película. No quiere ver el resto, sabe que no será agradable. La cámara se dirige hacia las balaustradas de los ghat, a través de los puentes.

—¡Pare! —grita, pero vuelve la vista a la pantalla, ávida de imágenes.

Flotan en el aire las cometas, una procesión recorre el río. Gina tiembla, no puede controlar las lágrimas.

—¡Pare ahora! ¡Pare! —grita.

Pero la película no se detiene, y enormes elefantes avanzan por la margen del río. Gina decide entonces marcharse, huir de los recuerdos que las imágenes despiertan. Las lágrimas resbalan por su rostro, siente su sabor salado en los labios. Oye un rumor sordo que va creciendo por toda la sala. Aterrada, se levanta de la butaca.

Las luces se encienden.

Una mano sobre su hombro la detiene.

Y al mirar el rostro demacrado del dueño de esa mano, al ver sus heridas, su sangre deslizándose hasta el suelo enmoquetado, grita.

Gina despertó gritando. Todo su cuerpo estaba empapado de sudor. Desorientada, sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba, retrocedió arrastrándose hasta una de las paredes y allí se quedó, ocultando el rostro entre las rodillas. Lloró varios minutos, incapaz de contener el temblor de sus manos y sus piernas. Sentía que las lágrimas que vertía por Danny llegaban tarde. Había intentado refugiarse en una quimera, olvidar lo ocurrido involucrándose en una huida cuyo final trágico, cada segundo que pasaba, era más evidente. Ahora, cuando todo se había perdido, lloraba por él, por la mayor de las pérdidas. Sollozó pensando en sus manos, en su voz, en su sonrisa. Notaba el frío de la pared recorriendo su espalda. No se apartó. Necesitaba la sensación de seguridad que le proporcionaba. La estabilidad aparente de un muro, un anclaje sólido a una realidad que no quería volver a visitar.

—Gina —murmuró una voz, y la joven tembló.

No levantaría la cabeza. Se quedaría allí, en silencio, inmóvil, hasta que su madre viniera a buscarla. Ella debía saber lo que había ocurrido, debía haberlo oído. Vendría a por ella, la sacaría de allí. Quizá la acompañara su padre. Quizá todo volviera a ser como antes entre ellos. O quizá no. Lo sabría su hermano, lo habría visto en videored. Lo ocurrido durante el Utsavam debía haber sido un foco brillante de noticias, un reclamo para informadores ávidos de sucesos. La tragedia convertida en espectáculo de feria. Decenas de personas fallecían a diario en la réplica, pero nadie en su sano juicio interrumpiría la celebración del Utsavam. Nadie. Tendrían que haber retransmitido la noticia por todos los canales.

Quizá su madre no viniese. Todavía podía confiar en la madre de Danny. Ella sí vendría, en cuanto supiera lo que le había ocurrido a su hijo. Lo que le había ocurrido a ella. Aquella mujer la quería, confiaba en ella, esperaba que su relación con Danny fuera duradera y funcionara bien.

Su relación con Danny.

Su relación había terminado para siempre, y parte de la responsabilidad era suya. Tendría que haberle obligado a quedarse junto a ella, en el ghat. Alejados de aquel hombre, alejados del río. ¿Vendría a buscarla después de lo ocurrido? ¿Vendría a buscar a una de las responsables de la muerte de su hijo? Una sensación terrible recorrió su cuerpo, provocándole un escalofrío. No recordaba cómo se llamaba la madre de Danny.

—Gina, por favor —murmuró de nuevo la voz, y Gina alzó la mirada.

Se secó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano. Habían levantado una cruz en el centro del cuarto, una cruz griega, y habían atado a ella al hombre que había causado la muerte de Danny. Sollozó de nuevo, se levantó. Las piernas apenas podían sostenerla. Miró al suelo, y vio que estaba descalza. Sentía la suavidad del suelo enmoquetado en la planta de sus pies.

—Gina —dijo Amadeo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —gritó ella, mirándole.

Vio las heridas de su rostro, de su cuerpo. Uno de los disparos le había alcanzado en un hombro, después debía de haberse golpeado al caer al suelo. Cuando aquel otro hombre derribó la puerta del cuarto de baño y la sacó, arrastrándola por el pelo, vio a Amadeo tendido junto a la cama, muerto. Después supo que no lo estaba, que sólo estaba inconsciente. Cuatro no estaba allí. Vio cristales rotos en la ventana, lloró mientras se debatía, intentando liberarse del hombre que la sujetaba por el pelo. El brahmán no se movía. El hombre la golpeó en la cara. Una, dos veces, tres. Perdió el sentido.

Cerró los ojos, los abrió. Tocó con las manos su mejilla. La notaba hinchada, quizá por el golpe. Acarició su frente. Notó la inflamación que le recorría todo el rostro. Nada podía hacer para arreglarlo. Y Amadeo seguía allí, atado a la cruz, sangrando. Se acercó hasta él.

—Dios, estás horrible —murmuró mientras luchaba con las cuerdas que ataban sus muñecas.

—He estado peor —gimió Amadeo, recordando otro lugar enterrado en sus recuerdos, fracasando en el intento de mostrar una sonrisa que tranquilizara a la joven.

—Cállate, no debes hablar —dijo Gina, quitándose uno de sus afilados pendientes en forma de avión.

Con él comenzó a cortar las cuerdas. Amadeo creyó que tardaría horas, pero en escasos segundos su brazo derecho quedó libre. Una ráfaga de dolor le recorrió el antebrazo al liberarse. No pudo evitar que las lágrimas brotaran, que un gemido escapara de sus labios.

—Joder —gruñó.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no nos han matado? —preguntó Gina, cortando la cuerda que oprimía su otra muñeca.

—Justicia... poética —dijo Amadeo.

—Dios mío —dijo Tino, mientras una lluvia de globos de colores inundaba la habitación.

Habían decorado todo el cuarto como si fuera una enorme carpa de circo. A su alrededor, en todas las paredes, se proyectaban imágenes que le traían recuerdos de su infancia. Animales salvajes encerrados en jaulas, dominados por el poder del látigo. Elefantes realizando increíbles movimientos de equilibrio sobre hermosas mujeres vestidas con seda y lentejuelas. Un enorme coche rojo conducido por payasos, lanzando agua al público desde una manguera instalada en la parte superior. Oyó risas, aplausos. Varios malabaristas lanzaron diminutas bolas de colores al aire, las recogieron, las cruzaron. Los trapecistas volaban en el cielo, saludaban al público alzando su brazo. Del techo continuaban cayendo globos holográficos, que

atravesaban su cuerpo y simulaban rebotar contra el suelo en su caída, hasta que se detenían y desaparecían.

A pesar de aquel caleidoscopio de imágenes inesperado, la sorpresa que había manifestado tenía otra fuente de origen. No había podido contener la exclamación al descubrir a la mujer que, sentada frente a él, parecía no advertir que alguien había entrado en el cuarto. La habían peinado y maquillado de una forma que no le era familiar, pero no le había resultado difícil reconocerla. Tatiana Boal. La mujer de un asesino. La madre de una víctima inocente. Permanecía inmóvil, la mirada baja, las manos cruzadas sobre las rodillas. La silla sobre la que descansaba, advirtió el detective, era metálica, con ruedas, de las que se utilizaban en los hospitales para trasladar a los enfermos. Quizá sufría algún tipo de invalidez, quizá algo más grave y profundo se había instalado en su cuerpo torturado. ¿Qué le habría sucedido a aquella mujer desde la muerte de su hijo?

Desde el asesinato de su hijo.

Dio un paso hacia el interior del cuarto. La música del circo lo llenaba todo. Oyó las risas cristalinas de los niños, los bramidos de los elefantes, los aplausos contenidos. Alguien gritó entre el público cuando uno de los payasos le lanzó un cubo de agua, que resultó estar lleno de confeti. Del techo brotaron falsos abucheos, carcajadas desatadas. Tatiana no alzó la mirada. Sus manos no se movieron, su cuerpo no reaccionó de manera alguna a las escenas que se proyectaban. Durante un instante pensó que ella estaba muerta, dejada allí para que su sentimiento de culpabilidad aflorara al recordarla, al recordar a su hijo.

Al recordar el asesinato de su hijo.

Retrocedió. Su espalda quedó apoyada contra la puerta cerrada.

—Bienvenido a la fiesta, señor Cabero —dijo una voz a su lado.

Una puerta lateral se había abierto, el señor Delhi y el chambelán habían entrado en el cuarto.

—¿Qué celebramos? —preguntó Constantino, mordaz, controlando la mezcla de terror y repugnancia que pugnaba por brotar de su boca.

El chambelán extrajo una vara negra de su chaqueta, caminó hasta él. Con un movimiento de muñeca extendió la vara hasta el doble de su longitud original, acercó uno de los extremos al cuerpo del detective. Constantino sintió una descarga eléctrica que recorrió su cuerpo y le hizo caer al suelo de rodillas. Alzó una mano, protegiéndose. El chambelán golpeó de nuevo su cuerpo —esta vez en el muslo, manteniendo el contacto— con la vara, y Constantino ahogó un gemido, retorciéndose en el suelo de dolor. Miró a Tatiana, pero la expresión de la mujer no había variado. Otra descarga en sus piernas hizo que gritara y buscara protección adoptando una posición fetal.

—Estamos celebrando un cumpleaños, señor Cabero —dijo el señor Delhi con su

voz suave—. El cumpleaños de un niño que usted asesinó, el cumpleaños de un niño que no lo celebrará nunca más.

Constantino, temblando de rabia y dolor, intentó incorporarse. El chambelán lo evitó golpeándole en la cadera con la vara. El detective gritó de nuevo. El sudor empapaba su cuerpo, sus ropas.

—No se levante, no es necesario. Quiero que permanezca tumbado, que disfrute de la fiesta —dijo el señor Delhi, y se volvió hacia Tatiana—. Feliz cumpleaños, hija. Éste es tu regalo.

Amadeo cayó al suelo al cortar Gina la cuerda que sostenía su brazo izquierdo. Sus piernas seguían atadas por los tobillos, y quedó en una posición tan incómoda como dolorosa. Gina se apresuró a liberar sus tobillos y, tras unos instantes de agonía, Amadeo quedó tendido en el suelo, jadeando. Sintió torbellinos de dolor en sus ojos, en sus muñecas.

—Debemos salir de aquí —dijo Gina.

El contacto del suelo bajo su cuerpo le tranquilizaba. No quería moverse de allí. Podría dormirme y olvidarme de todo lo que me está ocurriendo, pensó Amadeo. El dolor de su cuerpo remitía, dejando en su lugar un agujero negro que devoraba sus esperanzas. No podrían salir de allí, no al menos como esperaba Gina.

—No hay nada que hacer —respondió Amadeo, con los ojos cerrados.

Sintió un golpe en el rostro, se incorporó. La chica le había abofeteado. Vio lágrimas en los ojos de ella, y una expresión mezcla de abatimiento y fría resolución. Ella no quería morir allí, haría cualquier cosa para salir de aquella situación con vida. Amadeo se frotó la mejilla, acarició su ojo hinchado con cuidado. Movió las muñecas, caminó unos pasos. Se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared. Gina le ayudó a mantenerse en pie.

—Debemos salir —repitió ella, y lloraba, aunque no era consciente de ello.

—Claro —respondió Amadeo.

Una niebla de dolor y desorientación se había instalado en su cabeza. Controló una arcada, intentó olvidar las punzadas de dolor que se clavaban en su nuca y en sus ojos como afiladas esquirlas de hielo. Podría andar, guiarla hasta la salida. Rezaría para no encontrase con nadie en el camino. Sabía que no podría enfrentarse a una pelea, ni siquiera podría correr. Quizá ella tuviera una oportunidad. Lo intentaría. Por ella.

—¿Y el brahmán? —preguntó Gina, que había advertido en aquel instante su ausencia.

Amadeo negó con la cabeza. ¿Qué podía responderle? ¿Qué se lo habían llevado, desnudo, para dispararle y lanzar su cuerpo muerto al río? Ni siquiera sabía si eso era lo que pretendía el señor Delhi. Ni siquiera sabía por qué le habían traído hasta aquí. ¿Venganza? Sí, quizá se tratara de eso. Venganza por la muerte de un niño inocente.

No, no lo matarían entonces; no al menos tan rápido como sería deseable. El señor Delhi habría preparado un retorcido método tortura, algo suficientemente abyecto como para tranquilizar su odio. En el fondo de su alma, sintió que tampoco le importaba demasiado. Lo único que le importaba en aquel momento era ayudar a Gina. La joven no se merecía compartir su destino.

—Vamos —dijo, y apoyó las manos en la puerta.

El metal le devolvió un contacto frío. Los dedos le hormiguearon. Buscó alguna forma de abrir la puerta desde dentro. No había pomo, no había bisagras. Debía deslizarse hacia el interior de la pared, aunque no sabía en qué sentido. Probó a empujarla hacia un lado, después hacia el otro. Intentó derribarla golpeándola con el hombro, pero se encontraba demasiado débil para que no resultara ridículo. Gina golpeó la puerta con los puños, con los pies desnudos. No se abrió.

—Así no lograremos nada —dijo Amadeo, apartándose de la puerta.

—¡Pues algo tendremos que hacer! —gritó Gina, y pasó dos dedos por su bindi en un acto reflejo.

Amadeo golpeó la pared. Atrapado de nuevo, esperando. La última vez que se había encontrado en la misma situación, las cosas habían terminado muy mal. Aún no comprendía cómo había podido salvar la vida. O quizá sí lo sabía, pero quería ocultarlo en lo más profundo de su mente. Recuerdos perturbadores. Había tomado una decisión equivocada, terrible. Había salvado su vida. Había perdido la de ella. Miró a Gina. No permitiría que volviera a ocurrir.

La puerta se abrió, deslizándose en la pared. Gina corrió hacia ella, pero se detuvo en el umbral.

—Salid —dijo una voz autoritaria.

Amadeo se acercó a la puerta y, tomando a Gina del brazo, salió al pasillo. El hombre que había hablado —un alterado, el rostro convertido en una parodia, cruzado por cables que se hundían en uno de sus ojos y en un orificio practicado en su cuello— les encañonó con un arma y les indicó que caminaran delante de él, por el pasillo. Amadeo y Gina obedecieron, sin apartar la mirada de las paredes, inundadas de imágenes infantiles repletas de colorido. Caminaron lentamente, escuchando la música procedente de los altavoces, presintiendo la presencia del alterado tras ellos.

—Oh, está frío —dijo Gina, y Amadeo se volvió hacia ella sin soltar su brazo.

—¿Qué?

—El suelo, está frío —dijo Gina, y la voz del alterado les ordenó detenerse.

Amadeo miró al suelo. Alguien había extendido un plástico transparente sobre el suelo enmoquetado, justo bajo sus pies. Justo donde se habían detenido.

—Joder, Dios... —murmuró, y el sonido de un disparo cortó la música.

El cuerpo de Gina cayó al suelo mientras Amadeo se daba la vuelta para enfrentarse a su asesino. Amadeo sintió cómo el brazo de Gina se separaba de su

cuerpo y resbalaba hasta quedar apoyado en la pared, en una posición extraña. El disparo la había alcanzado en la nuca, y al caer su rostro había quedado oculto, mirando al suelo. Dio gracias por ello, no podría soportar encontrarse con su mirada de reproche.

—Tengo órdenes de entretenerme contigo —dijo el alterado, apuntándole a la rodilla derecha—. Pero no siento nada especial contra ti. Si me lo pides, terminaré con rapidez.

Algo se movió tras el hombre, algo grande que surgió de una de las paredes, entre los dinosaurios sonrientes y los árboles de colores. Algo que había estado allí pero que no habían visto. Algo imposible de ignorar, enorme, amenazador. La imagen de pesadilla que había surgido de la pared avanzó en silencio, abriendo su boca, mostrando sus largas garras. Amadeo ahogó un grito, retrocedió.

—Como prefieras —dijo el alterado, disparándole a la rodilla.

Amadeo cayó al suelo, gritando, llevándose las manos a la pierna. Lo que había surgido de la pared dobló la cabeza en un ángulo inexplicable, estiró los labios en una mueca perversa, formando una sonrisa imposible. Entonces susurró algo, y el alterado se volvió. No llegó a completar el movimiento. La criatura se abalanzó sobre él, desgarrándole el pecho, mordiendo su rostro. El alterado intentó gritar, pero la criatura había seccionado su tráquea, y borbotones de sangre cayeron al suelo y mancharon las paredes. Amadeo pensó lo triste e inadecuado que resultaba que la muerte hubiera ocurrido fuera de la zona en la que habían extendido el plástico.

—¿Qué... eres? —balbuceó, sintiendo como la sangre empapaba la pernera de su pantalón, allí donde había impactado la bala.

La criatura avanzó hasta él, se acuclilló doblando sus rodillas de forma extraña, como si dispusiera de articulaciones inimaginables en un cuerpo humano. Le miró con ojos sin pupila, inyectados en sangre. Movió la cabeza a un lado y a otro, valorándolo. Después se incorporó.

—Asura —pronunció, y continuó caminando por el pasillo, evitando el cuerpo de la joven, rodeado de árboles y coches abstractos y largas torres de madera que se combaban al alcanzar el cielo azul, ignorando la mirada de terror que el hombre caído le dedicaba.

3

—Demasiado tiempo —dijo el señor Delhi, colocándose tras Tatiana, apoyando sus enormes manos en los hombros de la mujer.

Constantino, tumbado en el suelo, dejó que los globos holográficos atravesaron su cuerpo, su rostro, convirtiendo su visión en un alocado caleidoscopio que le provocó nauseas. A su lado, el chambelán sostenía con ambas manos la vara, apoyándose sobre ella como si se tratara de un bastón. Constantino había comprendido que no podría levantarse. No ya por el temor a una nueva descarga, sino porque sus piernas se negarían a sostenerle. Las notaba dormidas, como si las hubiera sumergido en un bloque de agua helada.

—¿Entiende el motivo por el que está usted aquí, señor Cabero? —preguntó el señor Delhi.

Constantino gritó cuando el chambelán le aplicó una nueva descarga en la espalda. Todo su cuerpo se convulsionó, y un hilo de saliva brotó de su boca. Sentía los dedos de la mano derecha entumecidos, agarrotados. ¿Qué tipo de descargas le estaban aplicando? Intentó responder, pero sólo pudo emitir un gruñido. Tosió, se dobló sobre sí mismo, intentando controlar el dolor.

—Imagino que ya habrá comprendido que lo que le hizo a aquel niño no ha sido olvidado. Imagino también que a estas alturas ya sabrá que los vínculos que me unen a Tatiana son lo suficientemente fuertes para haber planificado todo esto y haberlo llevado a cabo —dijo el señor Delhi, acariciando el pelo de la mujer, avanzando hasta una de las paredes, dándole la espalda —. Usted asesinó a mi nieto, señor Cabero. Y no pagó por ello.

Los elefantes se alzaron sobre sus patas traseras, un coro de aplausos y admiraciones se desplegó por el cuarto. El reflejo de las proyecciones le otorgaba al cuerpo del señor Delhi —vestido con un traje blanco, elegante, corte clásico— una consistencia pegajosa, como si fuera a disolverse y después volver a reconstruirse. En las paredes los malabaristas lanzaban antorchas encendidas al cielo y las recogían bajo la mirada atónita de cientos de niños. Constantino buscó entre los rostros el de aquel niño que tuvo que morir, pero no lo halló. Tampoco pudo descubrir el de su hija.

—Hija, sé que de alguna manera estás aquí con nosotros —dijo el señor Delhi, que se había arrodillado frente a su hija, tomando sus manos entre las suyas—. Éste es el regalo de cumpleaños que te prometí. Aquí y ahora. Sólo la sangre vertida de su asesino reparará el daño que se le hizo.

El señor Delhi se incorporó torpemente y caminó hacia el detective. Portaba en la mano una espada curva, brillante, que atravesó los globos y los deshizo en un cúmulo de luces multicolores. ¿De dónde había surgido? Quizá siempre había estado en su

mano, pero Constantino no lo había visto. Pensó en lo que iba a ocurrir, pensó en cómo sería su muerte. De alguna manera creía haber recorrido el camino adecuado, haber alcanzado un final correcto. Un final que no podía ser distinto. El señor Delhi llegó a su altura, alzó la espada. Un estruendo repentino le detuvo. Miró al chambelán, éste se encogió de hombros. La puerta del cuarto por la que había entrado Constantino tembló con un nuevo golpe, y una herida se abrió en su hoja.

—Pero, ¿qué...? —dijo el señor Delhi, y la puerta saltó en pedazos.

Una criatura enorme, de largos y delgados brazos terminados en garras, entró en el cuarto. Abrió su boca, distendiendo de forma imposible las mandíbulas, mostrando sus dientes afilados, y emitió un grito desgarrador, que hizo que Constantino sintiera como se le helaba la sangre en las venas.

—Dios mío —murmuró el señor Delhi, retrocediendo, dejando caer la espada.

La criatura avanzó un paso, miró a su alrededor, permitió que los globos rozaran su piel y desaparecieran a sus pies. Aspiró el aire del cuarto, sus ojos sin pupilas se fijaron en el voluminoso cuerpo del señor Delhi. La criatura aulló de nuevo, abrió los brazos, y se abalanzó sobre su víctima. En ese mismo instante, el chambelán saltó sobre ella, y ambos cayeron al suelo, un amasijo de brazos y piernas luchando, cortando, desgarrando. Constantino se arrastró hasta una esquina, junto a un grupo de payasos que perseguían un coche de bomberos, y se quedó allí, agazapado, sintiendo como la sangre volvía a correr por sus piernas. Vio que Tatiana no había realizado ningún gesto. Permanecía ajena a la lucha que se desataba a sus pies. La criatura aulló cuando sus garras arrancaron el brazo derecho del chambelán, cortándolo a la altura del hombro. Constantino vio un amasijo de cables azules y grises bañados en un líquido anaranjado surgiendo de la herida, y supo que ninguno de los contendientes se ajustaba a la definición común de ser humano.

—Dios mío —repitió el señor Delhi, que había retrocedido hasta una puerta lateral, y salió corriendo por ella.

El chambelán hundió su vara eléctrica —quebrada, inútil— en el rostro de la criatura, que se convulsionó y saltó contra la pared. Desplegó entonces sus garras y las hundió en el cuerpo del chambelán, que se contorsionó como si fuera un muñeco, gritando de dolor. Constantino siguió los movimientos de la criatura, con la boca abierta en un grito mudo, mientras quebraba las costillas del alterado y abría su torso de lado a lado, desgarrando la piel como papel. El chambelán ya había muerto cuando seccionó su cuello por la mitad y lanzó su cabeza ensangrentada contra un grupo de trapecistas. Después, sin prestarles atención ni a él ni a Tatiana, corrió hacia la puerta por la que había huido el señor Delhi.

No le resultaba difícil seguir el rastro. Aquí y allá la sangre manchaba las ilustraciones infantiles que poblaban las paredes, aquí y allá grandes líneas irregulares quebraban el yeso y el metal y se hundían en los árboles y en las casas. Se

tambaleó, se apoyó en una de las paredes. Su mano quedó junto al rostro mutilado de una mujer, pintada con varios trazos gruesos de colores. Sonrió, tosió. Examinó su pierna con apatía. La sangre empapaba su pierna, se deslizaba por la pernera de su pantalón, dejando un río quebradizo en el suelo. Sonrió de nuevo. Echaba de menos un plástico transparente que evitara las manchas.

Amadeo dio varios pasos más, llegó a un cruce en el pasillo. Los rastros que la criatura había dejado en la bifurcación indicaban que debía seguir hacia la derecha. Dudó. ¿Qué es lo que estaba persiguiendo? De pronto advirtió que sostenía en su mano izquierda un arma. Debía haberla recogido cuando la criatura se marchó. Y tendría que enterrar a esa chica, claro. El alterado no había sobrevivido. Nadie podría haber sobrevivido al ataque de esa criatura. Examinó una de las ilustraciones de la pared. Recordaba haberla visto antes. Quizá se habían acabado los dibujos antes de conseguir empapelar todo el edificio. Pero no eran papeles, sino proyecciones.

Agitó la cabeza. No conseguía mantener la concentración. Había perdido mucha sangre. Pensó en el dolor que debía estar sintiendo ahora mismo, en las heridas. No sentía nada. Algo no iba bien. Al menos se encontraba de pie, no como la chica. ¿Por qué le había disparado el alterado? ¿Qué culpa tenía ella de todo lo ocurrido? No tenía respuestas. Ajustó de nuevo el torniquete improvisado que rodeaba su pierna. La sangre empapó sus manos, el arma, pero el arma ya estaba empapada de sangre, de la sangre del alterado.

Amadeo giró en una nueva bifurcación. Al final de aquel pasillo vio el hueco de una puerta abierta. Por ahí había entrado esa criatura. Debía seguir ese camino, seguir a la criatura, aunque no comprendiera el motivo. Debía obedecer a su instinto. La criatura buscaba a alguien, la criatura le guiaría hasta los demás. En su bolsillo había descubierto una estampilla. Debía haberla comprado en la réplica, no lo recordaba. Representaba a un demonio, representaba a aquella cosa que había visto en el pasillo.

Asura.

Se dirigió hacia la puerta abierta. Allí encontraría a los demás.

Y cuando los encontrara, haría realidad la esencia de la justicia poética.

Enormes árboles con rostro se burlaron de él; hombres de piernas extremadamente largas, piel amarilla y cuatro dedos en cada mano le señalaron al pasar. El señor Delhi gritó al tropezar con una mesa y derribarla, haciendo trizas un jarrón que descansaba sobre ella. Cayó al suelo, se volvió. Había cerrado la puerta tras él, había cerrado todas las puertas en su alocada carrera. Sin embargo, las garras de la criatura hacían trizas la madera y el metal ante sus ojos, demostrándole que a cada segundo acortaba las distancias. No tenía salvación. Se incorporó torpemente, gritó de nuevo, la garganta dolorida. Echó a correr.

Sentía la orina caliente deslizándose por la pernera de su pantalón, el sudor frío que recorría su espalda y empapaba sus ropas. En su camino se había cruzado con dos

de sus hombres, dos alterados que la criatura había destrozado como si fueran pajaritas de papel. Nadie podía ayudarle. Aquella cosa no se detendría. Si hubiera tenido un instante para pensar y valorar a su cazador, el señor Delhi se hubiera admirado de la fría determinación de la criatura. Pero un terror absoluto le embargaba, un pánico incontrolable que sólo le permitía avanzar a ciegas, alargar unos segundos más su vida.

Entró en un cuarto de paredes grises. Los proyectores se habían apagado, o la decoración que había impuesto no había llegado hasta allí. Al otro lado del cuarto no había puerta. El señor Delhi aulló, desesperado, y se dio la vuelta. En la entrada del cuarto estaba la criatura, arañando las paredes con sus garras, torciendo su enorme cabeza en un sesgo inverosímil, mostrando sus dientes afilados en un remedo de sonrisa.

—¿Qué eres? ¿Qué demonios eres? —gritó, mientras la criatura avanzaba hacia él.

El señor Delhi retrocedió hasta sentir contra su espalda el frío contacto de la pared. La criatura se detuvo dejando su mandíbula a escasos centímetros de su rostro, mirándole con sus ojos negros sin pupila. Alargó su mano —una garra demente de largos dedos afilados— y acarició la mejilla del hombre rasgando la piel como si fuera cera caliente, haciendo brotar la sangre de la herida. El señor Delhi gritó, agitó la cabeza a un lado y a otro, intentó huir. La criatura lo agarró por la garganta, lo alzó en el aire. El señor Delhi intentó gritar, pero la presión de la garra de acero que le atenazaba el cuello y le mantenía en al aire no se lo permitió. Golpeó con sus manos el brazo de acero de la criatura, golpeó con sus piernas su torso. La criatura, ignorando sus fútiles agresiones, abrió de forma desmedida su enorme boca, desgarró su brazo a la altura del codo y escupió el trozo de carne arrancado al suelo.

En su delirio de dolor, el señor Delhi huyó y se refugió en una fantasía propia, ignorando las mutilaciones progresivas a las que la criatura le sometía. Se imaginó sentado junto a su hija el dolor del brazo al ser arrancado, los huesos triturados escuchando su voz, sintiendo cómo ella le perdonaba por su silencio. Ella comprendía las motivaciones garras atravesando su estómago, desgarrando la carne que le habían llevado a cortar los lazos, a alejarse progresivamente y perder la relación cuando decidió casarse con aquel agente de la Compañía. Ella le sonreía, le amaba le sangre brotando de su tráquea triturada, pérdida de visión en uno ojo, temblores.

El señor Delhi cayó al suelo, muerto.

La criatura comprendió que no podría causarle más dolor, pero no se detuvo y se ensañó con su cuerpo hasta que quedó agotada.

—Tatiana —dijo Constantino, arrodillado frente a la silla.

Ella no le miró. Seguía con la mirada fija en sus manos, entrelazadas sobre las piernas. Las falanges de sus dedos se habían quedado blancas por la presión que

ejercían sus manos. Constantino colocó una mano sobre la rodilla derecha de la mujer. La habían vestido con un traje de noche negro que le dejaba la pierna derecha descubierta hasta la altura del muslo. Sentir el tacto de la piel de la mujer bajo la palma de su mano le trajo viejos recuerdos, sensaciones que creía haber ocultado en lo más profundo de su mente.

—Tatiana —repitió, moviendo los dedos, acariciándola.

La mujer no respondió. El chambelán yacía junto a ellos, los ojos en blanco. Su pecho se movía como si siguiera respirando. No parecía probable que siguiera con vida después de su encuentro con la criatura, pero aquellos movimientos parecían desmentirlo. El detective estuvo tentado de acercarse hasta su cuerpo, comprobar si todavía albergaba en su interior un resquicio de vida. No lo hizo. No quería romper el contacto mágico de su mano sobre la rodilla de la mujer. No quería alejarse de ella.

—¿Puedes oírme, Tatiana? —preguntó Constantino, pero la mujer no le respondió.

Apoyándose en las piernas de la mujer, en los brazos de la silla de ruedas, el detective se incorporó. Sentía punzadas de dolor en todo el cuerpo, como si un médico chino hubiera llevado la acupuntura un paso más allá. A su alrededor el circo daba vueltas, rugía, reía, cantaba. Caminó hasta una pared, donde un equilibrista ponía el corazón de los presentes en un puño, balanceándose a varios metros de altura sin red de protección. Se apoyó contra la pared, temblando. Resbaló hasta quedar sentado en el suelo.

—Tatiana —repitió—. Tatiana.

Oyó un ruido en la entrada, se volvió. Amadeo estaba en la puerta. Presentaba un aspecto desalentador, como si un camión le hubiera atropellado. Varias veces. Constantino estuvo a punto de echarse a reír, tan cómico le resultaba el aspecto del recién llegado. Sonrió, abrió la boca. Dejó escapar una risa nerviosa, distorsionada. El público respondió estallando en aplausos. Amadeo trastabilló, entró en el cuarto. Constantino no pudo reprimir las carcajadas.

—Santo Dios— susurró Amadeo, caminando por el cuarto, mirando a las paredes.

Amadeo se acercó hasta el detective. Vio las lágrimas en sus ojos, oyó su risa delirante. Retrocedió. La música, los aplausos, las risas. Todo giraba a su alrededor. Se tambaleó. Dejó caer el arma al suelo. Constantino redobló sus carcajadas, le señaló con el dedo. Amadeo se llevó las manos al rostro.

—Santo Dios—repitió, viendo el cuerpo destrozado del chambelán a sus pies.

Cerró los ojos.

Los abrió. El detective, el brahmán, el asesino, había dejado de reír. Observaba en silencio a la mujer, a Tatiana. Amadeo también la miró. Se había levantado de su silla, había cogido el arma que Amadeo había dejado caer al suelo. Apuntaba a un hombre, a otro, los ojos cubiertos de lágrimas. Incluso en aquella situación se la veía

hermosa, aunque una nube de odio recorriera su rostro. Apuntó con el arma al detective, apuntó de nuevo a Amadeo.

—Tatiana —susurró el detective Cabero, incorporándose—. Era lo más justo.

Al oír sus palabras, los ojos de Tatiana se dilataron. Amadeo creyó que comenzaría a aullar como una loca, que les dispararía hasta vaciar el cargador.

No lo hizo.

Antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar, colocó el cañón del arma bajo su barbilla, inclinado para no errar en su propósito, y disparó.

—Dispárale —dijo el alterado a su compañero.

El hombre sostenía un arma entre sus manos temblorosas. Miró al cuerpo del señor Delhi, o a lo que quedaba de él. Tiras de carne y hueso astillado recubrían el suelo del cuarto. Las paredes se habían cubierto de una película bermellón, y en una de ellas quedaban restos de ropa y carne. La criatura, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, sostenía entre sus garras la cabeza mutilada del señor Delhi. Le habían extraído los ojos, le habían rasgado el rostro, arrancando su mandíbula y lanzándola contra la pared. La criatura permanecía inmóvil, absorta en la contemplación de su obra, ignorando a los recién llegados.

—Dispárale, joder —repitió el alterado.

—¿Y si se levanta? —preguntó el otro.

—Si quisiera levantarse ya lo habría hecho.

El hombre apuntó su arma. La criatura eligió aquel momento para girar su cabeza, abrir la boca, sonreír como sólo él sabía, con su sonrisa verdadera.

—Sé quién soy —dijo, y los dos hombres gritaron mientras disparaban una y otra vez contra su cuerpo.

Epílogo

Si te ves obligado a hacer frente a alguno de ellos
que se revuelva contra ti, no se te pase por alto
la firme solidaridad que les une a todos.
Y si temes no ser lo bastante fuerte,
retírate con las gentes en quienes tengas más confianza
y con tus servidores a alguna comarca extrema
de las que hice fortificar para ti,
y medita lo que harás en adelante si descuidaste
de pensar en lo hecho hasta entonces.

al–Mansur Muhammad ibn Abi 'Amir

Vivimos separados
haciendo cosas distintas,
pero nuestro destino es el mismo.

Bashoo

1

—Alguien te está buscando —dijo una voz a su espalda.

El detective alzó la mirada, no había nadie tras él. Miró a su alrededor, no vio a nadie cerca. Dos alterados hablaban entre ellos junto a uno de los coches, otro agente recogía muestras de piel de uno de los cuerpos. El detective se acercó hasta los cadáveres —dos, una mujer y un niño, cubiertos por una sábana blanca—, se acuclilló al lado del agente.

—Toma muestras también del niño, aunque no figure en los registros —dijo, y el agente asintió con un movimiento de cabeza.

Después levantó parte de la sábana que cubría el cuerpo del niño y tomó una de sus manos. Raúl se incorporó y caminó hasta su coche. Para ello tuvo que cruzar la cinta que habían instalado para controlar a la multitud y atravesar la muralla de carne y sudor que la rodeaba. Le hicieron algunas preguntas, hubo incluso quien le puso la mano encima, pero se deshizo de ellos a empujones y llegó hasta el vehículo. Una vez allí, se sentó en el asiento del conductor, cerró la portezuela y buscó en la guantera una de sus pastillas tranquilizantes y una botella de agua. Llevaba tomándolas algo menos de un mes, desde que concluyera su trabajo para el señor Delhi, desde que empezaron las voces.

—No me vais a coger, cabrones —murmuró mientras se tragaba la pastilla con ayuda de un trago de agua.

Una luz de aviso se encendió en su terminal.

—Muéstrame los mensajes nuevos —dijo Raúl, y en su pad se desplegaron varios mensajes.

Abrió el primero de ellos, marcado con prioridad urgente. Información de otro asesinato, en la periferia de la réplica. El segundo había sido enviado por un canal privado, por medio de un desencriptador. Raúl lo leyó con inquietud. Una sola frase: alguien te está buscando.

—Venid a por mí, capullos —dijo al terminal, golpeándolo con el puño—. Venid a por mí. Os estoy esperando.

En el exterior los agentes se afanaban cubriendo los cuerpos con bolsas doradas y conduciéndolos hasta una de las ambulancias apostadas junto al edificio. Raúl observó sus movimientos calculados, sus gestos precisos, autómatas realizando labores que ningún humano en su sano juicio querría realizar. Sin embargo, muchos de ellos lucharían hasta la extenuación para salvar aquel denigrante puesto de trabajo. Con un profundo sentimiento de vergüenza supo que él tomaría la misma decisión. ¿Cuánto podría durar en la réplica sin un trabajo? ¿Qué podría hacer? Se vio a sí mismo desnudo, sentado en uno de los escalones más elevados de un ghat poco privilegiado, sosteniendo su escudilla, suplicando limosna. No, pensó mientras

arrancaba el coche y se alejaba, antes se suicidaría.

Dejó que transcurriera el resto del día conduciendo, deteniéndose sólo para comer algo en un restaurante de la periferia. No había vuelto por el Buda Sonriente desde el enfrentamiento con Amadeo. No soportaría las miradas por encima del hombro y los cuchicheos. Allí todos eran habituales, todos se conocían. Maldijo en voz baja, alimentando su odio hacia el hombre que le había robado, poco a poco, toda su vida.

Había oído noticias de lo ocurrido en el edificio del señor Delhi. La sangre alimenta a la multitud. Somos vampiros emocionales que se revuelvan en la tragedia de los demás para sentirse más vivos. Por ello las noticias de la masacre que allí había tenido lugar se extendieron por la réplica con rapidez. Los rumores hablaban de una criatura monstruosa, una bestia que había acabado con más de una decena de hombres. Mencionaban a una mujer que se había suicidado de un tiro en la cabeza. Raúl imaginó que debía tratarse de Gina, pero no pudo confirmarlo. Un velo de oscuridad se había tejido sobre lo ocurrido. Al parecer no iban desencaminados los que hablaban de un demonio convertido en hombre. La Compañía había tapado el caso, ocultando la mayor parte de la información a los medios. No querían que se supiera lo que realmente había ocurrido, y aquello preocupaba a Raúl. ¿En qué lío se había metido? ¿Cuánto tardarían en venir a por él? Las amenazas llegaban hasta su terminal a diario. No podría soportarlo mucho más. No comprendía por qué no le habían apartado del cuerpo. Estaban esperando algo, un evento que ignoraba y que le obligaba a mantenerse alerta.

Tras varias horas conduciendo, dejó que el vehículo le llevara hasta su casa, un edificio oscuro cercano al río, ocupado en su mayoría por ancianos. La mayoría de ellos vivían acompañados, jóvenes sin trabajo que accedían a compartir sus achaques y sus días malos por un plato de comida caliente y un sitio donde dormir. Raúl no se relacionaba con ninguno de ellos, no tenían nada que aportarle. Ni los jóvenes ni los viejos. Aparcó junto a la entrada, entre dos contenedores repletos de bolsas de basura. Llevaban varios días esperando la recogida, pero reajustes laborales habían suspendido el servicio en varias manzanas. Salió del coche, cerró la puerta. Suspiró pensando en cuántos voluntarios se encargarían de la recogida por un plato de comida caliente. Entró en el edificio y subió las escaleras hasta su piso en completo silencio, mirando de vez en cuando hacia atrás, por si alguien pudiera estar siguiéndolo. Sabía que no era así, y sin embargo no podía evitar volver la cabeza. No, la Compañía no actuaba de aquella manera. Si pensaban acabar con él, lo harían de forma directa y expeditiva, sin emplear absurdos subterfugios. No los necesitaban.

Buscó las llaves en el bolsillo del pantalón. Las manos le temblaron y las dejó caer al suelo.

—Mierda, maldita sea —murmuró mientras las recogía.

El rumor de música electrónica llegaba hasta sus oídos procedente de una puerta

cercana. Intentó tranquilizarse concentrándose en el ritmo, tarareando la música, buscando en su mente el nombre del compositor. Silbó la melodía, cerró los ojos. No recordaba el nombre, lo tenía en la punta de la lengua. Introdujo la llave magnética en la cerradura, escuchando el chasquido familiar que precedía a la apertura de la puerta. Entró en el apartamento tarareando. Nada más cruzar el umbral advirtió un olor diferente, un perfume inusual. En un acto reflejo accionó el interruptor de la luz. Amadeo, de pie junto a la ventana, con un arma en su mano, le sonrió. En la sonrisa sólo había tristeza.

—Qué injusticia —susurró Raúl, la música flotando en su cabeza.

Amadeo le disparó. Raúl sintió un dolor repentino en el pecho, cayó hacia atrás, gritó. Mientras caía al suelo, Amadeo le disparó una vez más, en el abdomen. Después, sin prisa, caminó hasta él, y le disparó de nuevo en el pecho. Raúl se convulsionó, escupió sangre. Durante una fracción de segundo su mente divagó, y pensó que la sangre empaparía la moqueta verde del suelo, y la mujer que había contratado para que limpiara su piso tendría demasiado trabajo, y quizá se negara a volver. Se vería obligado a contratar a otra chica, una como aquella joven de ojos bonitos que se llamaba... ¿Cómo se llamaba la chica que acompañaba a...?

Amadeo le disparó tres veces más, dos de ellas en la cabeza.

Después arrojó el arma al suelo y se marchó.

No había sido fácil salir de allí.

Cuando encontró los restos del señor Delhi temió que los dos hombres que esperaban allí le dispararan, pero no lo hicieron. Ni siquiera le prestaron atención. Sólo tenían ojos para los restos desparramados por todo el cuarto, resbalando por las paredes, empapando el suelo. Allí la decoración infantil había desaparecido, por lo que la escena, aunque perturbadora, no se revestía del aire morboso que impregnaba todo el edificio. Amadeo vio que habían disparado contra aquella cosa que se llamaba a sí mismo Asura, y que yacía muerta junto a parte de lo que había sido la cabeza del señor Delhi. La criatura sostenía la piel del rostro de su anfitrión entre sus dedos afilados, un alfiletero de carne humana cubierto de sangre. Sintió que debía decirles algo a aquellos hombres, que debía justificar de alguna manera su presencia en aquel lugar. No lo hizo. Retrocedió unos pasos y recorrió el camino de vuelta por el pasillo en dirección al cuarto en el que le habían encerrado. Había improvisado un vendaje alrededor de la herida, había reforzado el torniquete de su pierna. La sangre resbalaba por la pernera de su pantalón, creciendo tras él a cada paso que daba como un río desbordado.

—Asura —murmuró, sosteniendo la estampilla entre sus dedos manchados de sangre—. Bonito nombre.

Soltó una carcajada, tosió, se apoyó contra la pared. A su alrededor enormes elefantes de colores daban vueltas y vueltas, persiguiendo a una manada de globos

azules. El cuerpo de Gina descansaba algunos metros más adelante, en el pasillo, sobre el plástico transparente que previamente habían tendido. Amadeo tosió de nuevo, siguió avanzando. Pasó junto al cuerpo de Gina intentando no prestar atención. La sangre se extendía bajo ella formando un charco pegajoso que no pudo evitar pisar.

—Joder, joder —dijo, y cientos de pequeños dibujos animados corretearon a su lado entonando canciones infantiles, canciones que le traían recuerdos de su infancia, de sus padres.

Un hombre con el torso desnudo y un implante que cubría por completo su antebrazo pasó a su lado sin dirigirle la mirada. Tras él caminaba una joven de piel azul, portando una bandeja metálica con un trapo rojo sobre ella. Parpadeó al cruzarse con el antiguo agente de la Compañía, indiferente a las heridas que presentaba. Amadeo decidió continuar hasta el cuarto en el que había despertado, atado a la cruz. Al llegar a él continuó por el pasillo hasta llegar a un cruce. Una alfombra roja se extendía sobre el suelo de madera como una lengua viscosa.

—Los malditos ascensores —murmuró, sintiendo que la cabeza le daba vueltas, caminando hacia las puertas metálicas que se abrían a su izquierda.

Una vez en el interior, pulsó el botón de bajada. Las puertas se cerraron con un chasquido y el ascensor descendió. Amadeo se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una de las paredes, cubierta por un espejo. Todas las paredes estaban cubiertas por espejos. Estudió su reflejo, un cuerpo atormentado y desvanecido en multitud de fragmentos. Tembló.

Saldría de allí.

Nadie iba a detenerle.

Oyó la música que, dulcemente, impregnaba el ascensor. No reconoció el tema. Sintió una arcada, un mareo. La herida de la pierna ya no sangraba tanto.

Abrió los ojos.

El ascensor estaba detenido en la planta baja. Dos hombres se acercaron hasta él, le tomaron por las axilas y le incorporaron. Amadeo jadeó de dolor, intentó decir algo.

—Cálmese —dijo uno de los hombres—. Vamos a sacarle de aquí.

Todo a su alrededor se desvanecía, atrapado por las sombras que crecían en las esquinas. Creyó ver varios pares de ojos, ojos rojos que le miraban y le amenazaban y ocultaban tras ellos sonrisas de dientes afilados. Otros hombres entraron en su campo de visión, portando armas, señalando a todas partes.

—¿Raúl...? —murmuró, pero nadie le escuchaba.

Raúl.

Tendría que encontrarlo.

Hablar con él.

Y después...

Y después...

Cuando despertó se encontraba en un hospital de la Compañía. Recordaba el lugar: había estado allí varias veces, examinando cadáveres, atendiendo a testigos que no recordaban lo que debían. Incluso había estado durante el caso de Ricardo Boal. Le explicaron que había pasado una semana inconsciente. Le explicaron todas las operaciones que le habían realizado en la pierna para salvarla. No supo qué responder. Se recluyó en un aislamiento voluntario, respondiendo con silencio a sonrisas y atenciones. Pronto dejaron de prestarle atención. Le trataron como a un interno más, sirviéndoles su comida fría, tomándole muestras de sangre, acompañándole a la sala de rehabilitación.

Durante todo ese tiempo, algo más de dos semanas, no hizo preguntas. Intuía que la Compañía corría con todos los gastos, que de alguna forma aquellas atenciones compensaban el sufrimiento que había padecido en Varanasi. En Kurtuba. No, apenas representaba una fracción infinitesimal de lo que la Compañía le debía. Y ellos lo sabían.

Por ese motivo no le extrañó cuando vinieron a visitarle dos agentes. Cerraron la puerta de su cuarto al entrar, se sentaron junto a su cama.

—Hoy podrá marcharse de aquí —dijo uno de ellos.

—Le hemos traído todo lo que necesita —dijo el otro.

Le tendieron una caja de madera, la tomó entre sus manos. Estudió los rostros de sus visitantes, pero permanecían impasibles, esperando a que abriera la caja. Lo hizo. En su interior encontró una llave magnética y un arma. Bajo el arma, un papel con un nombre y una dirección. Miró a los dos hombres con un gesto interrogativo en el rostro.

—Es un obsequio —dijo uno de ellos.

—Sabemos que lo encontrará apropiado —dijo el otro, y ambos se levantaron y abandonaron la habitación.

Amadeo leyó de nuevo el papel. El nombre, la dirección. Recordó el rostro de Cuatro, severo, aceptando lo que les deparase el destino. Recordó el rostro de Gina, sonriente, imaginando una vida nueva en un lugar mejor. Leyó el papel, lo dobló, lo guardó en la caja. Extrajo el arma, sintiendo su confortable peso en la palma de su mano derecha.

Sonrió.

Aquello compensaba buena parte de su sufrimiento.

Cuando todo terminó pensó que lo más adecuado sería volver al lugar que, de alguna manera, había representado un punto de inflexión en su vida.

El cuerpo de Tatiana yacía a sus pies, ríos color púrpura brotando de su cabeza. Constantino intentó sentir pena, lástima por ella. No lo consiguió. En su interior solo

albergaba un profundo vacío de sensaciones, algo que le había acompañado desde su infancia como un estigma. Siempre se había sentido ajeno al sufrimiento de los demás, a su dolor. Su aportación fingida no había sido recibida más que con frialdad y distanciamiento. De alguna manera, aquello representaba una amenaza para los demás, aquello que sólo podía definir como un defecto genético, una falla en su alma irremediable. Constantino se acuclilló junto a Tatiana, tomó una de sus manos —fría, sin vida— entre las suyas.

—Lo siento —dijo, pero no era cierto.

Amadeo había salido por una puerta lateral, tras los pasos de la criatura. No creyó que fuera adecuado seguir tras él. Decidió salir de allí. El olor de la sangre y los fluidos que abandonaban el cuerpo del chambelán empezaba a marearle. Salió por la puerta por la que había entrado, caminando entre ilustraciones infantiles, escuchando canciones de cuna mientras recorría el pasillo. Descubrió el cuerpo de Gina en el suelo, sobre un plástico transparente. No se detuvo. Algunos pasos más delante la criatura se había ensañado con otro de los agentes del padre de Tatiana. Descuidado, pero eficaz, pensó mientras se internaba por otro de los pasillos laterales. Llegó hasta una puerta auxiliar que conducía a unas escaleras de servicio. Grises, oscuras. No vio a nadie.

Salió del edificio con impunidad, sin encontrar a nadie en su camino. Fuera hacía frío, y quedaba un largo camino hasta casa.

Desde una de las balaustradas dedicó una mirada nostálgica al templo de Sarasvati. Varias mujeres lloraban y rasgaban sus saris, arrodilladas frente a la entrada. Buscaban un consuelo que nadie les concedería, no al menos en un breve lapso de tiempo. La mujer de Javier Villanueva buscaría un nuevo brahmán, abriría de nuevo el templo. No podía permitir que el ghat continuara sin servicios religiosos mucho más tiempo. La gente se marcharía, se asentaría en nuevos ghat y ella perdería su poder, su medio de vida. Algunas tiendas de flores habían cerrado, y dos pequeñas barcas que servían ofrendas evitaron el muelle y continuaron su camino río abajo. La afluencia de gente, la multitud que invadía los escalones, todavía representaba una fuente de ingresos considerable, pero sin una comunidad de devotos el ghat no sobreviría.

—¿Le gustan las cometas? —dijo un joven a su lado, y Constantino negó con la cabeza.

—No. No es un espectáculo agradable —respondió, marchándose hacia los Templos Altos, borrando su pasado cercano y sumiéndolo en el pozo de la memoria marchita.

Cerró la caja de cartón y la selló con cinta aislante. En su interior había guardado todas las fotos excepto una, que había colocado sobre la cama. Una instantánea del

río, una mancha oscura flotando en el agua, deslizándose hacia la orilla. Si no hubiera visto con sus propios ojos a la criatura nunca hubiera imaginado de qué podría tratarse.

Llamaron a la puerta.

Constantino se levantó trabajosamente y acudió a abrir. En el exterior, un hombre pequeño borró la sonrisa de su rostro al encontrarse con el antiguo detective de homicidios de la Compañía.

—Tú no eres Cuatro —dijo.

—No, desde luego —respondió Constantino—. Pero ahora vivo aquí. Cuatro ha muerto. Entra si quieres.

Chris dudó. Sabía que Cuatro había muerto, todo el mundo en Varanasi lo sabía. Sólo había vuelto a su casa por una razón: un informador le había dicho que alguien se había instalado allí. La curiosidad había vencido a la prudencia, y había decidido acercarse para comprobar con sus propios ojos que lo que le habían contado era verdad. No temía encontrarse con su asesino, más bien esperaba hallar el lugar saqueado por las ratas de la réplica. La presencia de aquel hombre no terminaba de encajar en su análisis previo.

—¿Es eso que llevas en la mano un tablero de ajedrez? —preguntó Constantino, señalándolo con la mano.

Chris le miró, negó con la cabeza. Aquel hombre tenía el aspecto de un enfermo terminal que ha pasado seis meses en coma y, como si fuera un milagro, se ha recuperado de su enfermedad. No se sentía con ánimos de enfrentarse a él, de exigirle que abandonara aquel lugar. Al fin y al cabo, ¿quién iba a reclamar aquella propiedad? ¿Le hacía algún mal a la memoria de Cuatro hablando con aquel hombre?

—No, es para jugar al Chaturanga —respondió, y mostró una media sonrisa antes de preguntar—. ¿Conoces el Chaturanga?

—Claro —afirmó Constantino, sonriendo, dejándole entrar—. Si te parece bien, jugaremos unas partidas.

Agradecimientos

Esta obra nunca hubiera sido concebida sin la ayuda de María Jesús, que mantuvo intacta su paciencia y su cariño; sin Raúl Gonzálvez, que vio una historia más allá de una anécdota; sin J.A. Fernández Madrigal, que conoce el secreto dentro del secreto; sin Daniel Pascual, que inmortalizó en imágenes más de mil palabras; sin Francisco Ruiz, que me recordó quién soy y lo que significa; y sin in strict confidence, que ofrecieron el marco musical adecuado para componer este drama.



SANTIAGO EXIMENO (Madrid, 1973), ha publicado novelas como *subcontratado* (Ediciones Efímeras, 2005) o *Asura* (Grupo AJEC, 2004), libros de relatos como *Bebés jugando con cuchillos* (Grupo AJEC, 2008) u *Obituario Privado* (23 Escalones, 2010), libros de ficción mínima como *¿Quién es el Cruciforme?* (Saco de Huesos, 2010), ilustrado por Pedro Belushi, o *Capriccio* (23 Escalones, 2010) y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas.

Ha sido traducido a varios idiomas y ha ganado varios premios, entre ellos cuatro veces el Premio Ignotus, concedido por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT), y el Premio Xatafi-Cyberdark, por sus relatos y antologías.

Mantiene una página con información actualizada sobre su obra: www.eximeno.com

Notas

[1] A.S.A.P. As Soon As Possible, tan pronto como sea posible. <<